



**MISTERIO
EN LA
ALDEA**

Enid Blyton

Lectulandia

Mientras Roger, Diana y Chatín pasan una temporada en la Aldea de las Campanas, su viejo amigo Nabé hace auto-stop con su mona «Miranda» para reunirse con ellos. Nabé no tiene ningún lugar donde quedarse así que decide dormir en el Ayuntamiento de las Campanas que ahora es un museo. Pero comienzan a pasar cosas misteriosas, campanas que tocan solas, ruidos procedentes de un pasadizo secreto tapiado...

Lectulandia

Enid Blyton

Misterio en la aldea

ePub r1.0

Gand 19.11.13

Título original: *The Ring O' Bells Mystery*

Enid Blyton, 1951

Traducción: C. Peraire Molino

Ilustraciones: Gilbert Dunlop

Editor digital: Gand

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Capítulo I - Chatín, Diana y Roger no pueden volver al colegio

—Yo creía que los niños iban a volver hoy al colegio —dijo el señor Lynton—. ¿Por qué no han bajado a desayunar puntualmente?

—Oh, Ricardo... qué contrariedad... Chatín y Diana no están bien —replicó su esposa—. Los dos tienen fiebre... y no puedo enviar a Roger por si Chatín y Diana tuvieran algo infeccioso. En ese caso no le admitirían en la escuela.

—¡Dios nos asista! —exclamó el señor Lynton exasperado—. Después de cuatro interminables semanas de vacaciones, en las que en esta casa no ha habido más que ruido y alboroto, con ese perro «Ciclón» siempre entre mis piernas... y ahora nos esperan dos o tres semanas por el estilo.

—Oh, Ricardo, no podemos evitar que caigan enfermos —dijo la señora Lynton—. Chatín debe encontrarse realmente mal... porque no ha sido capaz de comerse ni

una salchicha para desayunar, y ya sabes cuánto le gustan.

—No le haría ningún daño ayunar una semana entera —repuso el señor Lynton de corazón—. No voy a malgastar mi compasión en Chatín. Nunca vi a nadie que coma como él. ¡Estoy seguro que en el colegio no obtienen ni un céntimo de beneficio con él! Esto es un castigo.

Y recogiendo sus papeles se fue a coger el tren con aspecto abatido. Había estado esperando poder disfrutar de un poco de paz mientras los tres niños estudiaban en el colegio pero ahora desaparecía aquella posibilidad, por lo menos durante otra semana o tal vez más.

La señora Lynton subió a ver a Chatín, quien al verla entrar lanzó un gemido.

—Me encuentro muy mal, tía Susana. ¿Y no podrías volver a echar a «Ciclón»? No cesa de jugar y no puedo soportarlo. Está tan pesado esta mañana... me quita las sábanas, araña las alfombras, y...

—Lo sé, lo sé —dijo su tía tratando de calmarle y ordenando las ropas de la cama—. ¡Qué me vas a decir de «Ciclón» que yo no sepa! Ahora trata de dormir un poco antes de que venga el médico. Voy a ver a Diana.

Diana también se encontraba mal, y la señora Lynton tocó sus manos ardientes.

—Creo que los dos tenéis la «gripe» —dijo—. ¡Qué lástima que la hayáis pillado precisamente ahora, cuando terminan las vacaciones!

Roger todavía estaba bien, aunque a su vez estaba en cama, pues tenía algo de fiebre, pero había conseguido desayunar un poco.

El doctor llegó a las diez y media y en la escalera tropezó con «Arenque», el gato.

—Cuánto lo siento —dijo la señora Lynton—. ¡Debiera haberte advertido! «Arenque», si vuelves a hacerlo, haré que «Ciclón» te persiga.

—Dios mío, ¿quién es «Ciclón»? —preguntó el médico, que lo supo inmediatamente al ver a «Ciclón» que bajaba corriendo la escalera tras el gato.

Era un doctor simpático y alegre a quien los niños querían mucho, aunque aquel día Chatín y Diana sólo consiguieron esbozar una ligera sonrisa cuando hizo uno de sus chistes.

—¡Ah! ¡Supongo que esto es un truco para no ir al colegio! —exclamó cogiendo la mano de la niña para tomarle el pulso—. ¡Conozco estas martingalas! ¡Venía casi decidido a ordenar que os levantarais en seguida!

—Yo no podría ponerme en pie —dijo Diana con voz débil—. Anoche me levanté para beber, y apenas podía sostenerme.

—Bueno, no te preocupes —repuso el doctor en tono alegre—. Sólo tienes un poco de gripe..., de esa maldita gripe que se extiende por todas partes. Pronto te pondrás completamente bien.

—Bueno, menos mal que es sólo «gripe» y no la escarlatina o algo por el estilo —dijo la señora Lynton cuando el doctor bajaba de nuevo por la escalera.

—Pero es una «gripe» bastante maligna —repuso el doctor buscando sus guantes—. Vaya... ¿dónde los habré puesto yo?

—¡«Ciclón»! ¡Los tienes tú! —gritó la señora Lynton al perro—. ¡Suéltalos! ¡Eres muy malo!

Al fin el doctor recuperó sus guantes.

—Bueno, como le iba diciendo —continuó—, es una gripe bastante mala. Téngalos en cama hasta que yo le diga que puede levantarlos... y entonces, temo que no puedan regresar al colegio durante unos diez días. ¡Queda una tan débil! Lo mejor sería llevarlos al campo.

—Veré lo que puedo hacer —replicó la señora Lynton—. Bien, gracias, doctor. Hasta mañana entonces.

Roger no tardó en encontrarse tan mal como Chatín y Diana, y por toda la casa se oían quejas y lamentos. Tal vez el más desgraciado de todos fuese «Ciclón», el «cocker» de Chatín. Claro que él no estaba enfermo..., pero no podía comprender por qué los tres niños quedábanse en cama sin desear para nada su compañía.

—Es horrible —se quejaba Diana—. Si le dejo entrar se pone como loco, y no puedo soportarlo, me duele tanto la cabeza... y si no se lo consiento, empieza a arañar la puerta y a gemir hasta que lo consigue. ¿Es que Chatín no puede tenerle en su cuarto? Es su perro.

—Él tampoco lo quiere —repuso la señora Lynton—. Esta tarde le enviaré a dar un largo paseo con el hijo del panadero. Lo quiere mucho y le encantará llevárselo.

—«Arenque» no me molesta tanto —dijo Diana—. No arma tanto alboroto como «Ciclón», pero no me gusta que se tumbe encima de mi estómago y empiece a acariciarme con sus pezuñas. ¡Oh, mamáita..., qué mal me encuentro!

—Pobrecita —la consoló su madre—. Pronto te pondrás buena. ¡No te preocupes!

Cuando Chatín cayó enfermo, la señora Lynton había puesto a Roger en otra habitación, con la esperanza de que no se contagiara, pero ahora que también había pillado la «gripe» volvió a trasladarlo al dormitorio de su primo. ¡Estaban tan abatidos que seguramente no tramarían ninguna diablura por el momento!

La enfermedad siguió su curso, y a los pocos días todos se encontraban mucho mejor.

—¡Si no tuviera las piernas tan flojas! —decía Chatín—. Parecen de gelatina. ¿Crees que volveré a tenerlas como antes, tía Susana?

—Claro que sí. No seas tonto —repuso su tía—. De todas maneras, sé que estás mucho mejor, porque esta mañana me pediste una salchicha para desayunar. Mañana probablemente querrás tres.

—Guau —ladró «Ciclón» que siempre conocía la palabra «salchicha» en cuanto la oía, y poniendo una pata encima de la cama de su amo, le contempló con tristeza. Durante aquellos últimos días no había comprendido a Chatín... que no se alegraba

de verle... ni gritaba y reía como de costumbre... ni siquiera se animó cuando le llevó un hueso a medio roer.

Chatín acarició la sedosa cabeza de «Ciclón», y sus negras orejas gachas.

—Ahora ya me encuentro mejor, «Ciclón» —le dijo—. Pronto podremos volver a pasear.

—¡Guau! —ladró «Ciclón» muy excitado subiéndose de un salto encima de Chatín, pero eso era más de lo que el niño podía soportar aún y pronto fue expulsado severamente del dormitorio por la señora Lynton.

—Creo que a los niños les conviene un cambio de aires —dijo aquella noche la señora Lynton a su esposo—. Están mucho mejor, pero yo también me siento cansada. Podría avisar a la señorita Pimienta, mi antigua nodriza, para que se cuidara de ellos una temporadita. Les quiere mucho y los trataría bien.

—Buena idea —replicó el señor Lynton calurosamente—. Sé cómo se puso Chatín después de pasar un fuerte resfriado..., ¿te acuerdas? Parecía mucho más travieso y descarado. No creo que pudiera soportarle después del tiempo que lleva aquí.

—Sí... fue entonces cuando consiguió subirse al tejado, ¿no es cierto?... y vació un cubo de agua por la chimenea —dijo la señora Lynton—. Recuerdo el susto que me llevé. Bueno... telefonaré a la señorita Pimienta para ver qué opina. Sabe manejar muy bien a los tres y no les consiente ninguna tontería.

La señorita Pimienta dijo que sí... que se llevaría a los tres niños con el mayor gusto. Hacía mucho tiempo que no les había visto... ¡desde que estuvieron en Rockingdown con ella y corrieron tan extraordinarias aventuras!... ¡y tan peligrosas!

—Ya procurará que no vuelvan a hacer de las suyas, ¿verdad? —le dijo la señora Lynton preocupada—. Ya sabe usted cómo son... testarudos, inquietos y atrevidos, y necesitan una mano firme.

—No se preocupe —respondió la señorita Pimienta—. ¿Y a dónde piensa enviarles? ¿A la playa?

—Pues, no —contestó la señora Lynton—. El médico dice que les lleve al campo, pero a un sitio alto... y cálido. No quiere que chapoteen, ni se bañen, ni nada por el estilo, de momento. ¿No puede indicarme algún lugar apropiado que usted conozca bien?

Hubo una pausa, y al fin la señorita Pimienta respondió dudando:

—Pues... conozco un sitio. Tiene un nombre muy bonito, pero el pueblo no lo es tanto. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de la Aldea de las Campanas?

—Sí... ¿no es un villorrio muy antiguo que está cerca de Lillinghame? —dijo la señora Lynton.

—Ése es —replicó la señorita Pimienta—. Allí vive una prima que tiene una pequeña casa de huéspedes... y estoy segura de que le encantaría tener a los niños

una corta temporada.

Estuvieron hablando de ello durante un rato. La Aldea de las Campanas le pareció muy bien a la señora Lynton. Allí cerca habían unos establos donde los tres niños podrían alquilar caballos y montar por el campo. Podían hacerse excursiones por las colinas y los bosques, y el aya estaba segura de que el aire les sentaría bien.

—Conforme —dijo la señora Lynton satisfecha por haberlo solucionado todo tan fácilmente—. ¿Querrá telefonar a su prima, señorita Pimienta, para quedar de acuerdo? Los niños pueden hacer el viaje esta semana, según dijo el doctor..., de manera que los meteré en el coche, pasaremos a recogerla... y luego les conduciré hasta la Aldea de las Campanas. La verdad es que es un nombre precioso... y tan apacible...

—Sí —repuso el aya, preguntándose si sería tan apacible cuando estuvieran allí «Ciclón» y los tres niños. Gracias a Dios que no estaría allí aquel extraño amigo suyo, que trabajaba en un circo... ¡Se refería a Nabé y su monita, «Miranda»!



Capítulo II - La Aldea de las Campanas

—¡La Aldea de las Campanas! —exclamó Diana entusiasmada al conocer la noticia—. Oh, mamá... qué bien suena. Me gustará mucho ir allí. Parece un nombre sacado de una canción de cuna.

—¿Es que allí hay campanas? —preguntó Chatín que iba recuperándose, aunque todavía estaba muy pálido, cosa que hacía resaltar sus rojos cabellos. Incluso sus pecas daban la impresión de haber desaparecido—. Me gustaría hacer sonar las campanas de la iglesia... ya sabéis... tirar de las cuerdas y hacerlas entonar una canción.

—No es tan sencillo —repuso su tía—. Bien, celebro que os guste el proyecto. De todas maneras podréis montar a caballo, y eso os gusta mucho. Creo que la Aldea de las Campanas es un pueblecito antiguo muy interesante además, con toda clase de historias y leyendas.

—¡Bien! —exclamó Roger—. Me agradan los lugares así. Nunca se sabe cuándo puede tropezarse con algo misterioso.

—No quiero que vayáis buscando misterios, ni nada parecido —dijo su madre—. Sólo deseo que os repongáis lo bastante para volver al colegio lo más rápidamente posible, para no perder más días de este curso, que tanta falta os hace.

La escuela no atraía gran cosa a los niños en aquellos momentos.

—Creo que si ahora tuviera que asistir a la clase de matemáticas me desmayaría, tía Susana —dijo Chatín con aire que quiso ser trágico. ¡Le habían gustado tanto los mimos de su tía! No tenía padres, y su tía Susana era para él lo más parecido a una madre.

—Es mucho más probable que quien se desmayara fuese tu profesor —replicó su tía—. Seguramente estará dando gracias a su buena estrella, por no haber tenido que soportarte aún este curso, Chatín.

—Me temo que este año no voy a tener muy buenas notas, tía Susana —dijo el niño todavía con aire de tragedia—. Quiero decir... que si por casualidad trajera algún suspenso, tú lo comprenderías, ¿verdad?

—No sería por casualidad —repuso su tía—. ¿Es que ya has olvidado las notas que tuviste el curso pasado? ¿Quieres que te las recuerde?

—No —apresuróse a responder Chatín, recordando de pronto lo malas que habían sido, y cambió de tema—. ¿Cuándo nos iremos? Vaya, será divertido volver a montar, tía Susana... aunque no sé si ahora seré capaz de subirme a un caballo. Mis piernas están tan raras.

—Bueno, en ese caso deja que monten los demás, y tú espera a que tus piernas te permitan hacerlo —le dijo su tía secamente, y Chatín suspiró comprendiendo que se habían terminado los mimos. ¡Bueno, fueron tan agradables mientras duraron!

Se marcharon un día después del desayuno. Los tres niños estaban pálidos, pero animosos. Resultaba divertido emprender la marcha hacia un lugar desconocido, y Diana pensó compadecida en sus compañeros que tenían que ir al colegio. Casi valía la pena haber tenido aquella horrible «gripe», para poder hacer aquel viaje inesperado.

La señora Lynton conducía el automóvil, y Diana sentóse a su lado. Detrás iban Roger, Chatín y «Ciclón», por supuesto, a quien le encantaba viajar sacando la cabeza por la ventanilla.

—Ve más de prisa, tía Susana —apremiaba Chatín—. Quiero ver lo que hace «Ciclón» cuando el viento le levante las orejas.

—No distraigas al conductor —le dijo Diana—. Y no dejes que «Ciclón» se asome mucho. Va a pillar un resfriado.

—No —repuso el niño—. Nunca se resfría, y ni siquiera le hemos contagiado la «gripe».

Por el camino recogieron a la señorita Pimienta, y entonces Diana fue a sentarse detrás con los dos niños. Todos se alegraron de ver a aquella mujer alta y pulcra,

cuyos ojos brillaron como siempre tras los cristales de sus lentes. Tenía una sonrisa muy simpática y cambiaba totalmente la expresión de su rostro, que resultaba un tanto austero con sus largos cabellos grises, peinados muy tirantes hacia atrás.

—Los tres pequeños no están tan revoltosos como de costumbre —le dijo la señora Lynton—, pero supongo que eso no le importará. Temo que «Ciclón» esté igual que siempre... si acaso tal vez un poco más loco porque «Ciclón» es incurable.

«Ciclón» estaba encantado de ver a la señorita Pimienta, y poniendo las patas encima de su respaldo empezó a olfatear su cuello cariñosamente. Luego quiso quitarle el sombrero que ella se apresuró a sujetar.

—¿Todavía tiene tanta afición a llevarse los cepillos y esconderlos? —preguntó.

—¡Sí! —contestaron los niños a coro—. Y ahora además las toallas, señorita Pimienta.

El aya lanzó un gemido, tomando nota mentalmente de que debería esconder su toalla en un cajón, y no dejarla colgada junto al lavabo. Le gustaba «Ciclón», pero realmente era una dura prueba, y preguntóse qué tal lo soportaría su prima. ¡Oh... no se le había Ocurrido pensar en eso!

Fue un largo viaje hasta la Aldea de las Campanas. Comieron por el camino, y luego, por la tarde, los tres pequeños se durmieron en la parte posterior del coche. Empezaban a cansarse, pero mientras «Ciclón» sacaba la cabeza cuanto podía por la ventanilla, disfrutando inmensamente.

—Ya estamos llegando —dijo el aya mirando el mapa que tenía en su regazo—. ¿Veis esas colinas? Pues la Aldea de las Campanas está detrás, en la parte sur, por eso es tan cálida, a pesar de su elevación.

Rodearon las faldas de las colinas, y pudieron contemplar el antiguo villorrio. Las cosas estaban construidas con piedra blanca, y parecían más sólidas. Los niños se despertaron al entrar en la aldea que estaba situada en la ladera de una gran colina.

—Ya casi hemos llegado —les dijo la señorita Pimienta volviéndose hacia ellos—. Mirad... ésa es Casa Hubbard. Cuando yo era niña, pensaba que vivía en ella Mamá Hubbard. Y allí está un museo muy antiguo que antes era el ayuntamiento de la Aldea de las Campanas... en sus tiempos fue una mansión construida en el siglo XVI, y ahora se exhibe al público con gran parte de los muebles primitivos, y además tiene un pasadizo secreto.

—¿De veras? —exclamó Diana con entusiasmo—. ¿Y también permiten verlo, señorita Pimienta?

—Sí, si se pagan dos pesetas —dijo la señorita Pimienta—. Recogen mucho dinero durante el verano porque vienen de todas partes a ver la Aldea de las Campanas y a escuchar sus viejas leyendas. En el Bosque de las Campanas hay una o dos casas en las que podría haber vivido realmente Caperucita Roja.

—La Aldea de las Campanas... El Bosque de las Campanas... —dijo la niña—.

Mamá Hubbard... Caperucita Roja... un pasadizo secreto... ¡Vaya..., resulta emocionante!

—Os aseguro que son cosas corrientes para las gentes que viven aquí —dijo su madre—. Mirad... ahí están los establos. ¡Me parece que estaréis más aquí que en ninguna otra parte, ayudando a cuidar de los caballos, y ensuciándoos más que nunca!

Los establos tenían un aspecto atrayente, y también parecían antiguos y un poco destartalados, pero los caballos que se dejaban ver en la dehesa eran lustrosos y cuidados. Los niños sintieron renacer sus energías.

Al fin el automóvil enfiló un camino que partía de la carretera principal, y se detuvo ante una casa de piedra antigua y de sólido aspecto. Era bastante grande, y por la parte de atrás se extendía en un par de alas de forma extraña, y con algunas dependencias exteriores. Por el jardín correteaban las gallinas, y se oía el graznido de los patos. Un perro salió ladrando a darles la bienvenida.

—Es un «spaniel» rubio —dijo Chatín encantado—. Eh, «Ciclón»... te presento a un primo tuyo. ¿Sabe usted cómo se llama, señorita Pimienta?

—Sí... «Tirabuzón» —replicó el aya riendo, y todos soltaron la carcajada. «Ciclón» y «Tirabuzón»... vaya un par de nombres... ¡y vaya un par de perros!

«Tirabuzón» parecía prácticamente tan loco como «Ciclón» a juzgar por su manera de saltar, ladrar y subirse encima de todo el mundo. ¡Cualquiera hubiese dicho que eran viejos amigos suyos! La prima de la señorita Pimienta salió a saludarles, muy sonriente. Se parecía a ella, pero era más baja y gruesa, y su sonrisa no era tan amplia y simpática. Sin embargo, los niños la encontraron muy agradable... y sobre todo tenía un perro muy bonito que sería un buen compañero de «Ciclón».

Pronto estuvieron en el interior de la casa sentados ante una espléndida merienda compuesta de pan casero, bollos y pasteles, con mermelada y miel. La señora Lynton vio con satisfacción que los tres niños parecían haber recobrado de pronto su enorme apetito. A Diana se le empezaron a colorear las mejillas y charlaba tan de prisa como los niños.

«Ciclón» y «Tirabuzón», se sentaban impacientes primero al lado de un niño y luego junto a otro, esperando que les arrojasen algún pedazo de pastel, y de cuando en cuando se olfateaban mutuamente como signo de amistad, aunque «Tirabuzón» gruñía si daban a «Ciclón» algún pedazo que consideraba debía haber sido para él.

—Y ahora —dijo la señora Lynton cuando hubieron terminado todos—, vosotros tres... a la cama en seguida. Ha sido un viaje muy pesado y fatigoso, y veo que las piernas de Chatín se están volviendo otra vez de gelatina.

Los tres protestaron..., pero no muy calurosamente. En su interior estaban deseando verse entre las sábanas. A Chatín le sorprendió desear semejante cosa, y se preguntó preocupado si es que se estaba haciendo viejo.

No tardaron en acostarse, y Diana cerró los ojos casi en el acto. Aquella noche compartía una habitación con su madre, pero la señora Lynton tenía que marcharse a la mañana siguiente muy temprano para regresar a su casa, y entonces Diana tendría el dormitorio para ella sola. Los dos niños dormían juntos... con «Ciclón», naturalmente. Nunca consentía separarse de Chatín, ni siquiera de noche.

—¿No tienes una alfombra vieja o cualquier otra cosa para ponerla sobre los pies de la cama de Chatín? —preguntó el aya a su prima—. Es sólo para que su perro no estropee tus colchas blancas, ¿sabes? Me temo que dormiré encima de la cama del niño. Espero que no te importe.

—El año pasado me hubiera incomodado —replicó su prima sacando una alfombra vieja de una cómoda—. Pero desde que tengo a «Tirabuzón» he aprendido muchas cosas. No le permito dormir encima de mi cama..., pero insiste en tumbarse en mi diván. Aquí tienes... llévasela a Chatín. ¡Vaya un nombre!

—Le llaman así debido a su nariz —repuso el aya escapando con la alfombra. Chatín ya estaba dormido. Diana también. Roger abrió un poco los ojos para darle las buenas noches, quedando dormido en el acto, y su madre se asombró al ver que el aya colocaba la alfombra encima de la cama de Chatín, para que «Ciclón» pudiera tumbarse.

—Espero que lo paséis muy bien y descanséis —les dijo—. No creo que aquí ocurran muchas cosas, ¿verdad?

—No, nada —repuso la señorita Pimienta—. Es un lugar de ensueño, remoto y semiolvidado. ¡No hay emociones fuertes!

No debiera haberlo dicho. ¡Fue como pedir que ocurrieran, naturalmente!



Capítulo III - La casita de Mamá Hubbard

Por primera vez, ninguno de los tres pequeños se despertó temprano, y la señora Lynton se había marchado ya antes de que «Ciclón» hubiera abierto los ojos. Ni siquiera oyeron el ruido de su automóvil al ponerse en marcha, ni el cacareo de las gallinas, ni los ladridos de «Tirabuzón», ni el graznido de las cornejas que volaban por el cielo.

Chatín se despertó debido a la insistencia de «Ciclón» que estaba cansado de oír a la gente despierta y de verse encerrado en un dormitorio con dos niños dormilones. Empezó a arañar la puerta, pero nadie le hizo caso, y al oír ladrar a «Tirabuzón» lanzó un fuerte ladrido de respuesta.

Chatín despertó sobresaltado, pero Roger continuó durmiendo tranquilamente con la cabeza debajo de las sábanas. Chatín incorporóse para ver qué hora era. ¡Las nueve y veinticinco! ¿Cuándo se había visto nada semejante? Saltó de la cama sin acordarse de probar la resistencia de sus piernas como solía hacer desde que adquirieron aquella propensión a parecer de gelatina. No obstante, respondieron muy

bien, y no se doblaron siquiera mientras se dirigía a la ventana seguido de «Ciclón», que no cesaba de lamerle meneando el robo a una velocidad increíble.

Era una mañana radiante de primeros de mayo. El dormitorio de Chatín daba al jardín posterior de la casa, y había mucho que ver. Docenas de gallinas escarbaban el suelo por todas partes, y tres gansos de gran tamaño graznaban en un rincón. Los patos nadaban en una balsa redonda que había fuera del jardín, sumergiéndose de cuando en cuando con su rapidez característica.

Un gato tomaba el sol encima de una tapia, con un ojo abierto para vigilar a «Tirabuzón», pues daba siempre la impresión de poder subirse a cualquier sitio. No podía, pero el temor constante de él era que lo lograra. Alargó una pata en el aire, para comenzar su lavado matutino.

—Vaya... ésta es la clase de lugar que me gusta —dijo Chatín frotándose las manos—. Hay mucho movimiento. ¿No es una oveja lo que veo junto a la balsa de los patos... y dos cabritillas? Y aquello es un pollino gris. Hoy mismo pienso montarlo.

—Guau —ladró «Ciclón» intentando por todos los medios asomarse también a la ventana, y Chatín le cogió en brazos para que pudiera ver a «Tirabuzón» que estaba abajo olfateando algún aroma desconocido, y al verlo casi se tira. Sus ladridos despertaron a Roger.

—¡Vamos, Roger, levántate! —le dijo Chatín—. Es tardísimo, y éste es un sitio estupendo. Hay toda clase de animales y cosas. «Tirabuzón» está abajo esperando que «Ciclón» vaya a reunirse con él.

—Bueno, pues deja que se vaya —repuso su primo apartando a «Ciclón» que había empezado a lamerle—. ¿Es que no puedes enseñarle a que deje de lamer a todo el que quiere? Estoy ya chorreando. ¡Basta, «Ciclón», guárdate la lengua dentro de la boca!

Chatín abrió la puerta del dormitorio, y el perro salió como una exhalación, bajando la escalera casi de un solo salto; patinó con sus cuatro patas sobre el brillante suelo de la entrada, esquivando una mesita que allí había, y dio un susto terrible a la señorita Pimienta que llegaba del jardín. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, «Ciclón» saltaba excitado junto a «Tirabuzón» que no tardó en imitarle.

—Vaya un par de locos —se dijo el aya interiormente—. Supongo que eso significa que los niños ya están todos despiertos.

Y a juzgar por el ruido que se oía arriba, así era. La señorita Pimienta gritó a su prima:

—¡Ana! Los niños al fin se han despertado. Sacaré la leche de la nevera. Les gusta tomarla muy fría.

—¡Ooooh! —exclamó Chatín, que a los dos minutos apareció vestido en el comedor, mirando la mesa con alegría—. ¡Jamón y tomates! ¿Y esto qué es?

¡Panecillos con salchichas calientes! ¡Para desayunar! Vaya... ¿es que van a cebarnos, como dijo el médico? Le oí decir a tía Susana que nos hartara bien.

—Sí..., vais a hartaros como tú dices —replicó la señorita Pimienta sonriendo—. Espero que a mí no me ocurra lo mismo... al término de los pocos días que vais a pasar aquí.

—¡Ja, ja... qué chiste! —rió Chatín, tomando asiento—. No es preciso que espere a mis primos, ¿verdad?, ¿puedo empezar por el potaje?

—Empieza —dijo el aya sirviéndole un buen plato—. ¡Y toma mucha crema..., mucha! Es orden del médico. Has adelgazado y no me gustas así.

—¡Troncho! ¿De veras puedo tomar toda la crema que quiera? —preguntó el niño acercando un gran jarro de porcelana cubierto de un dibujo de flores—. ¡Toda la vida me han estado diciendo que tuviera cuidado con la crema!

Ana Pimienta apareció al cabo de un rato para ver si todo iba bien, y le alegró ver a los tres niños desayunando con buen apetito.

—No tardarán en volver a engordar —dijo a su prima que estaba tejiendo junto a la ventana—. Pero no permitas que el perro tome crema. Ya está bastante gordo.

—Sólo lame la que tengo en los dedos —replicó Chatín—. Hola, ahí está «Tirabuzón». ¿Quieres lamer un poco, «Tirabuzón»?

Pero la crema no representaba una golosina para aquel perro, y la despreció. Se puso a olfatear el hocico de «Ciclón» para adivinar qué otras cosas había comido. ¡«Tirabuzón» estaba dispuesto a dar la bienvenida a «Ciclón», pero no a darle más de lo que fuera justo!

—¿Podemos ir a echar un vistazo por el pueblo, señorita Pimienta? —preguntó Diana cuando ya no pudieron comer más—. No es necesario que nos acompañe —agregó apresuradamente pensando que sería más agradable explorarlo solos—. ¿Y hay algún libro que hable de la Aldea de las Campanas en la casa, y que pudiéramos leer? ¿Una guía o algo por el estilo?

—No. Pero os aseguro que la mujer que cuida de esa vieja mansión que os enseñé ayer... y que llaman Antiguo Ayuntamiento... podrá contaros lo que deseáis saber —repuso la señorita Pimienta—. ¿No es cierto, prima?

—Sí, es cierto —repuso ésta que ahora estaba recogiendo los platos del desayuno—. Es una lástima que no sea nativa... en realidad es una forastera que ha leído todo lo referente a esta antigua aldea, y que ocupó el empleo de cuidadora y guía del Antiguo Ayuntamiento, cuando decidieron exhibirlo al público. Sin embargo, conoce toda la historia del lugar, y la explica muy bien... mejor, si cabe, de lo que pudiera hacerlo cualquiera de los lugareños.

—Iremos a echar un vistazo —dijo Roger, sintiendo la caricia del sol en pleno rostro al asomarse a la ventana—. Voy a disfrutar mucho durante estas vacaciones inesperadas. ¿Puede venir con nosotros «Tirabuzón», señorita Ana?

—Oh, sí —replicó la buena mujer agradecida—. Llevároslo. Siempre anda entre mis pies, y no cesa de arrastrar las alfombras de un lado a otro. ¡Asomaros a la ventana... y veréis que esta mañana ha cogido la toalla de alguien!

Chatín tuvo el presentimiento de que era «Ciclón», y no el otro perro el responsable de la repentina aparición de la toalla y se levantó de un salto para recogerla, encontrando a «Ciclón» que corría por el recibidor arrastrando otra toalla.

—¡«Ciclón», ésta no es tu casa —le riñó Chatín en voz baja—, sino la de otras personas! Si empiezas a arrastrar toallas, te echarán. ¿Me has oído? Y entonces jugaremos con «Tirabuzón», y no contigo.

«Ciclón» escondió el rabo entre las patas, adoptando su expresión más triste. Chatín fue a llevar las dos toallas a su sitio, y al volver a bajar encontró a «Tirabuzón» que tiraba de una estera que sin duda había cogido del comedor, donde habían varias para cubrir el antiquísimo suelo de madero.

Chatín no se metió con «Tirabuzón». ¡Que hiciera lo que quisiese! No era cosa suya. ¡Y de todas maneras, cuantos más estropicios hiciera «Tirabuzón», menos notarían los de su perro!

Los tres niños salieron juntos, echando a andar por el camino soleado que ya perfumaban las primeras flores de mayo. Las amapolas abundaban en los campos cercanos, y las belloritas bordeaban los lados de la carretera. El azul brillante de la espuela de caballero se destacaba junto a las cercas. ¡Qué lugar tan encantador era la Aldea de las Campanas!

Llegaron ante la casita de piedra blanca que la señorita Pimienta había llamado Casa Hubbard. El nombre estaba escrito en la puerta, y los niños se detuvieron para contemplarla. Era de suponer que Mamá Hubbard hubiera vivido en alguna parte durante su vida... ¿y por qué no allí?

La puerta se abrió en aquel momento, y apareció una mujer con un chal rojo, y una falda rayada, manejando un plumero. Se parecía tanto a Mamá Hubbard que los niños la miraron encantados y ella les sonrió.

—¿Sois forasteros? —les dijo con acento irlandés—. ¡Habéis traído el buen tiempo!

«Ciclón» arañó la cerca, pues deseaba entrar. Aquella buena mujer parecía ser de las que dan buenas golosinas, y el perro introdujo el hocico entre dos tablas para mirar a través de ellas.

—Ah... ahí está «Tirabuzón» —dijo la anciana—. Iré a buscarle un hueso... y también otro para el otro perro.

—Realmente podría ser Mamá Hubbard —dijo Diana excitada—. Quisiera saber si tiene perro. Se lo preguntaremos.

Y abriendo la puerta de la cerca echaron a andar por el caminito de piedras planas, bordeado de primaveras y alhelíes, yendo a detenerse ante la puerta donde

aguardaron. Asomaron las cabezas para atisbar el interior de la casita, pero estaba sumida en la penumbra y apenas pudieron distinguir nada.

—Pasad —les gritó una voz, y entraron con sumas precauciones ya que sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra del interior, después del radiante sol de mayo.

La puerta daba directamente a una estancia reducida, y Mamá Hubbard, como ellos la llamaban, estaba en otra contigua. Diana se cogió sorprendida del brazo de Roger susurrando:

—¡Mirad... esa alacena! ¡Tiene una alacena!

Mamá Hubbard se hallaba de pie ante la alacena abierta que estaba empotrada en la misma pared de piedra de la casita. ¡Pero no estaba vacía! Sino llena de sartenes, platos y jarros de todas clases... era, en realidad, una despensa metida en la fría piedra. De allí sacó dos huesos para los perros.

—¿No tiene usted perro? —le preguntó Diana de pronto cuando la anciana volvió a salir a la sólita.

—No, pobre de mí —replicó Mamá Hubbard pareciendo sorprenderse ante su pregunta—. Por lo menos mío, si es eso lo que quieres decir. He vivido con mi bisabuelo casi toda mi vida, y a él no le gustan los perros, ni nunca le gustaron. A mí sí... y por eso siempre guardo algún hueso por si pasa alguno. A mi bisabuelo no le importa, mientras no vayan a molestarle al jardín donde está siempre.

Era asombroso oír que «aquella anciana Mamá Hubbard» tuviera realmente a su bisabuelo en el jardín.

—¿Podríamos verle? —preguntó Roger—. Supongo que debe ser muy interesante, ¿no es cierto? Debe recordar cosas que ocurrieron hace muchos años.

—Pues, él dice que tiene más de cien años —replicó Mamá Hubbard—. Ahora está dormido, mirad... venid a hablar con él cualquier otro rato. Sabe muchas cosas de la Aldea de las Campanas... más que esa mujer que está en el Antiguo Ayuntamiento... por más que haya leído, puedo asegurároslo.

Aquello era muy interesante y Roger exclamó:

—¡Desde luego que volveremos! ¡Y muchísimas gracias por los huesos!



Capítulo IV - El Antiguo Ayuntamiento de las Campanas

Cuando los niños salieron de la curiosa casita de «Mamá Hubbard» atisbaron por encima de la pared de piedra del jardín, para ver si descubrían al «Bisabuelo».

Y vieron un anciano diminuto durmiendo en una silla cubierta de almohadones. Una de sus manos arrugadas sostenía una larga pipa de arcilla. Tenía un ligero plumón blanco alrededor de su cabeza, que era calva y sonrosada. Su nariz era un mero botón, pero en cambio sus cejas eran muy pobladas y blancas y se unían casi ocultando sus ojos cerrados.

—Tiene un aspecto fiero, aunque su nariz desentona —dijo Diana en voz baja—. Mirad su boca con el labio inferior prominente, y esa curiosa barbita blanca. ¿Suponéis que pueda tener cien años?

—Y doscientos —replicó Chatín—. Baja, «Ciclón», no seas tonto. Te advierto que el abuelo no iba a consentir ninguna tontería de un estúpido como tú. Sujeta a «Tirabuzón», Di..., parece dispuesto a saltar la tapia.

—Volveremos para hablar con él —exclamó Roger—. ¡Cien años! ¡Las cosas que recordará! Es una especie de historia viviente.

Continuaron el camino y no tardaron en llegar al Antiguo Ayuntamiento. Era un gran edificio de aspecto lúgubre, construido con sólidas piedras grises, que ni una bomba hubiera conseguido mover.

Tenía dos torres, una cuadrada y otra redonda, cosa que extrañó a los niños. Un sendero empedrado llevaba hasta la gran puerta de entrada que estaba adornada con clavos de hierro, y abierta.

Los niños entraron con los perros y una voz desagradable les recibió diciendo:

—No se permite la entrada a los perros. Haced el favor de atarlos fuera.

—¡Pero ladrarán como locos! —protestó Chatín.

—Entonces no entréis vosotros —dijo la voz.

Al principio no pudieron distinguir quién hablaba, porque el gran vestíbulo estaba oscuro, iluminado únicamente por el resquicio de una ventana del fondo, y la escasa luz que penetraba por la puerta abierta.

Luego vieron que a un lado del vestíbulo había una mujer que tejía sentada ante una mesa. Iba vestida muy pulcra y sencillamente de negro, y sus cabellos peinados hacia atrás y recogidos en un moño dejaban al descubierto su rostro pálido. Sus manos parecían muy grandes y huesudas mientras movía las agujas de tejer.

A los niños no les agradó su rostro. Su boca parecía querer sonreír, pero sus ojos negros tenían una expresión dura cuando miraron a los niños y los perros. ¿Cuántos años tendría? Según Diana hubiera podido tener cualquier edad. Desde luego mucha.

—Queríamos visitar el ayuntamiento —dijo al fin la niña—. ¿Está permitido?

—Sí, pero sin perros —replicó la mujer—. Está prohibido, como ya os dije. Aquí se conservan muebles de gran valor y no se permite la entrada a los animales que pudieran causar daños.

—Bien, supongo que es justo —repuso Roger sacando a «Ciclón» y a «Tirabuzón» al exterior, cosa que a ellos no les importó porque a ninguno de los dos les agradaba aquel vestíbulo oscuro, ni aquella mujer menuda y seca. Roger les ató a un poste dejándoles los huesos al lado con la esperanza de que no ladrasen.

Pagaron la entrada a la encargada, que dejando su labor de punto ovilló la lana, y anotó los ingresos en un gran libro de contabilidad que estaba abierto ante ella sobre una mesita.

Luego se puso en pie, y los niños la fueron siguiendo por toda la mansión, que les pareció un lugar muerto y olvidado que contrastaba con aquella espléndida y cálida mañana de mayo. Diana se estremeció. Aquello no le gustaba mucho.

La mujer iba recitando largos párrafos de sucesos referentes a aquel antiguo edificio, pero no les parecieron muy interesantes.

—En mil seiscientos cuarenta y cinco Hugh Dourley vivió en este edificio, y fue

el primer causante de que esta aldea fuese llamada de las Campanas —recitó.

—¿Por qué? —preguntó Chatín interesándose al fin.

—Tenía un grupo de campanas en la torre sur —explicó la mujer—. Y las hacía sonar siempre que quería celebrar algo, pero una noche tocaron solas, según se dice... y tampoco fue por un motivo de alegría. Su hijo mayor había sido asesinado y él lo ignoraba, pero las campanas tocaron en el preciso momento de su muerte.

Aquello era fantástico, y los niños estaban entonces al pie de la torre sur, que era cuadrada, y a la que se ascendía por medio de una pequeña escalera de caracol. ¿Les permitirían subir por ella?

—Sí, subir, si queréis —les dijo la mujer—. Arriba veréis las campanas. Dicen que son las mismas que hizo poner Hugh Dourley, pero eso es absurdo.

Los niños comenzaron la ascensión por la estrecha escalera, tan retorcida que era difícil no resbalar.

Arriba había una pequeña plataforma, y cuando los niños alzaron la cabeza vieron un grupo de campanas que colgaban silenciosas de unas gruesas cuerdas.

Chatín contempló las campanas con el deseo de hacerlas sonar, ya que siempre le encantaba todo lo que fuese hacer ruido.

—¿Podemos hacerlas sonar? —preguntó sabiendo muy bien cuál sería la respuesta.

La mujer pareció sobresaltarse.

—Claro que no —repuso—. ¿Qué pensaría la gente?

—No lo sé —replicó Chatín—. Pero podríamos tocar las campanas y averiguarlo.

—No hay cuerdas para tañer las campanas —dijo Diana, y era cierto que no colgaba cuerda alguna a la altura de la plataforma donde se encontraban. Las campanas pendían de sus correspondientes sogas cortas y no había medio alguno de hacerlas sonar.

—No volverán a sonar jamás —dijo su guía—. La gente dice que sólo sonarán cuando se acerquen enemigos a la Aldea de las Campanas, pero eso es una tontería. ¿Cómo es posible que suenen si no hay nada con que hacerlas tañer?

—¿Y qué enemigos pueden venir a este lugar tan pequeño y apartado? —exclamó Diana—. Roger, ¿verdad que es un torreón muy curioso con esta diminuta escalera de caracol, y las campanas olvidadas que no pueden volver a sonar?

—Eres muy pesimista —repuso su hermano—. ¿Quieres que tire una piedra y verás como suenan?

—Vamos, vamos —dijo la mujer en tono seco—. No habléis así u os tendré que pedir que os marchéis.

—Hablaba en broma —replicó Roger sonriendo—. ¿Qué más hay que ver?

La historia de aquel lugar estaba llena de aburridos recitales de diversos personajes que habían vivido en la casa. Los niños iban siguiendo a la guía entre

bostezos, pero una de las cosas les hizo aguzar el oído.

—Lady Poulet hizo construir una cámara secreta en esa chimenea que veis ahí —recitó la mujer mientras les introducía en una pequeña estancia en la que había una chimenea enorme. Todas las habitaciones las tenían de gran tamaño y forma anticuada, y en algunas los niños cabían de pie aunque la cabeza y los hombros les quedaban dentro del tiro de la chimenea, en el que no había hollín porque hacía muchos años que nadie habitaba en el Antiguo Ayuntamiento.

—¡Una cámara secreta! —exclamó Roger—. ¿Dónde? —contempló la gran chimenea sin adivinar dónde podría estar el escondite.

—Mirad hacia arriba —les dijo su guía—. Veréis un par de escalones cortados en la pared. Si los subís y extendéis la mano, percibiréis una cavidad lo bastante grande para que pueda esconderse un hombre.

—¿Podemos subir a verlo? —preguntó Chatín imaginando una estancia muy reducida tal vez con una mesa y un banco, y oscura como boca de loco.

—Si queréis —dijo la mujer sacando una linterna que les entregó. Roger subió el primero, iluminando con la linterna la amplia chimenea, y no tardó en ver los dos escalones labrados en la piedra. Una vez arriba comenzó a palpar en busca de la cavidad encontrándola en seguida. Más bien era un agujero de gran tamaño por el que no le costó trabajo introducirse.

¡Pero eso fue todo lo que pudo hacer! ¡No había espacio para nada más que su cuerpo! No era propiamente una cámara secreta donde poder ocultarse, sino un agujero lo bastante grande para albergar a un hombre... ¡aunque pobre de él si por casualidad estuviera encendido el fuego! ¡Qué mal lo pasaría!

«Moriría asfixiado o asado», pensó Roger bajando de nuevo y entregando la linterna a su hermana a quien luego ayudó a subir. A Diana no le gustó aquel agujero cuando lo iluminó y, por tanto, no se metió en él por si las moscas.

—¡Uf! ¡Es horrible! —exclamó—. Y además está sucio. ¡Cualquiera se mete ahí! ¡Si apenas hay sitio para una persona mayor!

A continuación subió Chatín, que naturalmente, no iba a dejar de meterse dentro y revisarlo a conciencia por si había algo más que descubrir. Pero no era así. Era tan sólo lo que parecía... un escondite temporal para quien estuviera en peligro. Chatín comprobó que también podía sentarse en su interior, y los otros se impacientaron y empezaron a gritar:

—¡Chatín! ¡Baja! Te vas a poner perdido.

Roger se había ensuciado mucho sin darse cuenta. Y en cuanto a su primo cuando al fin saltó al suelo de piedra y apareció ante los otros, apenas pudieron dar crédito a sus ojos. ¡Parecía la bolsa de un aspirador!

—Vaya... la señorita Pimienta va a tener que reprenderte —dijo Diana—. No te acerques, por amor de Dios. Estás hecho un asco... y además hueles mal. Es muy

propio de ti ensuciarte más que nadie. ¡Te he dicho que no te acerques!

Chatín, contrariado al verse cubierto de polvo, procuró sacudirse y al mirar a su guía vio en su rostro una expresión de contento.

«¡Esa antipática! —pensó—. Nos ha animado a que nos metiéramos en ese agujero sólo porque sabía que saldríamos negros, y nos reñirían al llegar a casa».

Y acercándose a ella se sacudió violentamente para quitarse el polvo y el hollín y mancharla.

—Será mejor que os marchéis a casa y os lavéis —les dijo con una mirada de disgusto.

—¡Oh, no! —replicó Chatín en el acto—. ¡Oh, no! ¡No hemos visto lo más interesante... el pasadizo secreto! ¿Dónde está? Queremos verlo.



Capítulo V

El pasadizo secreto

—No... iros o casa y asearos —les dijo la mujer enojada—. Ya estoy cansada de vosotros, y ahora me mancharíais todas las habitaciones.

—Bueno, ha sido culpa suya —replicó Chatín sacudiéndose con fuerza y haciendo volar el polvo—. Debía usted saber que aquello estaba sucio. Vamos... le pagaremos otras dos pesetas cada uno si nos enseña el pasadizo. ¿Dónde está?

—Volved mañana cuando os hayáis lavado y os lo enseñaré —contestó la mujer, pero Chatín sabía ser testarudo cuando se lo proponía.

—Si no nos lo enseña me pasearé por todo el edificio sacudiéndome el hollín —le amenazó golpeándose el pecho de tal manera que todos tosieron a causa del polvo.

La mujer frunció el ceño y no dijo más, sino que yendo hasta el vestíbulo cogió un manajo de llaves que estaba colgado de un clavo y cuando hubo escogido una, les

llevó a una estancia reducida cuyas paredes estaban recubiertas de paneles de madera.

—El pasadizo secreto fue construido en el año mil setecientos cuarenta y ocho —dijo—. O por lo menos eso dicen las crónicas. Esta habitación fue construida entonces y la entrada al pasadizo está escondida detrás de los paneles. Sigue paralelo a ellos un corto trecho y luego desciende hasta los cimientos de la casa.

—¿Llega a los sótanos? —preguntó Roger.

—No. Les rodea, y termina bruscamente —replicó el guía.

—¿De qué servía entonces si no conduce a ninguna parte? —preguntó Chatín—. ¡Qué lástima!

—Probablemente lo usaban sólo como escondite —dijo la mujer—. Cabe más gente que en la pequeña cavidad de la chimenea. Vamos... ¡a ver si alguno de vosotros lo descubre!

Los niños miraron a su alrededor. La luz era bastante escasa, debido a que las ventanas estaban muy adornadas y no eran muy grandes. Además la hiedra que crecía en el exterior apenas dejaba penetrar la claridad.

Chatín comenzó a golpear los paneles, y al fin lanzó un grito de triunfo.

—¡Esto suena a hueco! Vosotros, golpead ahí, y luego aquí. ¿No notáis la diferencia?

Sí. Uno de los paneles sonaba a hueco, y los otros no. Pero Chatín no consiguió descubrir cómo se entraba al pasadizo por más que estuvo oprimiendo el panel por todas partes. Al final se volvió a la encargada.

—Díganos dónde está exactamente. Está muy bien escondido.

—Mirad —dijo la mujer acercándose a un enorme tapiz que había sobre la chimenea, y los niños la siguieron.

—Pero aquí no suena a hueco —protestó Chatín—. Lo hemos probado.

La mujer no dijo nada y alzó la mano hacia el sombrío rostro del antiguo tapiz, y que llevaba un yelmo, alzado sobre la frente, para apretar un botón que allí había bien oculto.

El gran tapiz fue corriéndose silenciosamente hacia un lado... cosa de unos diez centímetros... lo suficiente para dejar al descubierto un panel de madera algo distinto de los otros.

La mujer apoyó la mano con energía sobre el pequeño panel, que se hundió bajo su presión descubriendo un reducido espacio, lo bastante grande para que pudiera meterse una mano.

—Tocad este hueco —les dijo, y todos se agolparon curiosos y excitados para obedecerla. Aquello era algo misterioso... un secreto planeado por un cerebro inteligente, que tal vez fue de gran uso dos siglos atrás.

Cada uno de ellos percibió la existencia de un pomo en el fondo del hueco.

—Ahora apretadlo —dijo su guía, y Roger lo oprimió notando que desaparecía

rápidamente bajo su mano, al mismo tiempo que algo crujía suavemente detrás de un panel cercano.

—El pomo acciona un resorte que a su vez permite abrir un panel mayor —dijo la mujer yendo hasta el panel en cuyo interior se oyera el crujido, y presionándolo consiguió que fuera corriéndose hasta ocultarse debajo de otro, dejando al descubierto una abertura lo bastante grande para que por ella pudiera pasar un hombre. La guardiana iluminó el interior con la linterna.

—Ahí tenéis —les dijo—. No hay mucho que ver en realidad. Sólo un pasadizo detrás de los paneles, que los sigue paralelamente unos metros, y luego desciende hasta terminar de pronto, como ya os dije.

—Quiero entrar —dijo Chatín introduciendo una pierna en el hueco.

La mujer le agarró bruscamente para impedirselo.

—¡No! —exclamó—. No se permite entrar a nadie. ¿Es que quieres ensuciarte más todavía de lo que estás? Sal de ahí en seguida.

Chatín luchó por desasirse con todas sus fuerzas para poder penetrar por la abertura y seguir el pasadizo secreto. ¿Porqué terminaba tan bruscamente? Entonces... ¿era sólo un escondite y no un pasadizo? No podía creerlo.

La mujer se puso furiosa.

—Te denunciaré —le dijo sin soltar la americana de Chatín—. ¿Es que quieres que pierda mi empleo? Ahora, haz lo que te digo. ¡Y escucha cómo ladran vuestros perros! Algo ocurre. Será mejor que vayas a ver qué es.

Chatín oyó los ladridos de «Ciclón» y «Tirabuzón», y de mala gana abandonó su intento, ¡pero se hizo el firme propósito de explorar aquel pasadizo secreto antes de que terminaran sus vacaciones!

Los tres corrieron hasta la entrada del Antiguo Ayuntamiento para ver qué era lo que excitaba a los perros. ¡Y era otro perro que se había acercado al oler los dos huesos de «Ciclón» y «Tirabuzón» viendo que estaban atados!

Al parecer se había acercado a ellos para llevarse uno de los huesos antes de que sus propietarios le vieran, y sentándose fuera de su alcance se puso a roerlo.

Esto, como es natural, hizo que los dos chuchos se enfurecieran y ladrasen llenos de rabia y desesperación, y de no haber sido tan fuerte sus correas, no cabe duda de que hubieran perseguido al ladrón de cuatro patas hasta expulsarle del país.

En su situación, lo único que podían hacer era ladrar como locos, casi estrangulándose de tanto tirar de sus collares. Chatín hizo huir al perro ladrón, que echó a correr dejando el hueso.

—Llevaos a esos perros —les gritó la mujer desde la puerta del Antiguo Ayuntamiento—. Y no volváis a venir con ellos. De todas maneras ya habéis visto todo lo que hay que ver.

Los niños se marcharon llevando a los perros sujetos con sus correas de las que

tiraban con fuerza en su afán de olfatear el aroma del otro perro, hasta que Chatín se puso muy enfadado.

—Basta, «Ciclón»... me vas a arrancar el brazo. Ya has recuperado tu hueso, ¿a qué viene ahora tanto nerviosismo? De pronto Diana se puso muy pálida, y Roger al notarlo la cogió del brazo.

—Vamos, pequeña —le dijo—, regresemos a casa. Es el primer día que hacemos ejercicio después de tener la «gripe», y te has cansado con tantas emociones. Apóyate en mí y volveremos a casa.

Todos se alegraron al ver de nuevo su casa. La señorita Pimienta les estaba esperando con la comida preparada, pero ninguno de ellos tenía gran apetito después de aquella extraña mañana.

—Estáis muy cansados —les dijo el aya en tono de reproche—. ¿Qué habéis estado haciendo?

—Sólo hablar con Mamá Hubbard, que nos dio unos huesos para los perros, y visitar el Antiguo Ayuntamiento —dijo Chatín dejándose caer sobre una silla—. Y examinar escondrijos en chimeneas y pasadizos secretos y...

—¡Oh, Chatín! ¿Has hecho todo eso? —exclamó la señorita Pimienta—. ¿Y cómo te has puesto tan sucio? Fíjate cómo has ensuciado ese almohadón, parece como si hubieras estado subiendo por una chimenea.

—¡Lo adivinó usted! —replicó el niño—. Oh, señorita Pimienta —¿Tengo que ir a bañarme y cambiarme ahora? ¡Me siento tan cansado!

No estaba fingiendo, la señorita Pimienta dándole unas palmadas cariñosas que levantaron una nube de polvo y hollín que la horrorizaron, quiso animarle. Dios mío..., pensar que Chatín había vuelto a casa en aquel estado..., pero no tuvo corazón para hacerle cambiar siquiera de chaqueta.

Comieron muy poco, en parte debido a que habían desayunado muy tarde y en abundancia, y luego fueron a acostarse para descansar un rato. Chatín consiguió desnudarse y entregar sus ropas a la señorita Pimienta para que las limpiara, y luego, enfundado en su bata, se quedó profundamente dormido.

—Esta gripe les ha dejado muy flojos, pobrecillos —decía el aya a su prima Ana, mientras cosían tranquilamente aquella tarde. No se oía chistar a los niños. «Ciclón» estaba en la cama de su amo, por supuesto, y «Tirabuzón» en el jardín, realizando esfuerzos inútiles para alcanzar al gato que estaba encima de la tapia.

—Ya habéis andado bastante por hoy —les dijo la señorita Pimienta en tono enérgico cuando los niños bajaron a merendar dando muestras de haber recuperado el apetito—. Después de la merienda quedaros en el jardín, podéis dar de comer a las gallinas y recoger los huevos.

Sin embargo, «Ciclón» y «Tirabuzón» compensaron la falta de energía de los niños dedicándose como locos al arrastre de las alfombras, toallas y cepillos, y

cuando los niños volvieron a la parte delantera del jardín después de haber dado de comer a las gallinas y recogido los huevos, encontraron la mitad de las alfombras y toallas de la casa esparcidas por encima de la hierba, y un cepillo en mitad de un macizo de primaveras.

«Ciclón» recibió una buena azotaina con el cepillo y se escondió debajo del sofá muy contristado, y «Tirabuzón», que nunca había visto pegar a nadie con un cepillo se escapó horrorizado no regresando hasta la hora de la cena.

—A propósito —dijo la señorita Pimienta mientras cenaban—, ¿habéis sabido algo más de aquel extraño amigo vuestro... Nabé? Formaba parte de un circo, ¿verdad?... y tenía una monita llamada «Miranda».

—Sí —repuso Roger—. No tenemos noticias tuyas muy a menudo. Ha recorrido todo el país desde la última vez que le vimos, aunque no creo que tardemos en saber de él... el bueno de Nabé.

—¿Quién es? —preguntó la señorita Ana interesada—. ¿Nabé? Nunca le he oído nombrar.

—Oh, es un muchacho con el que hicimos amistad, que trabaja en un circo —dijo Roger—. Es simpatiquísimo. A mamá le agrada, de manera que puede usted pensar que es un niño como es debido. No tiene madre, pero espera encontrar algún día a su padre... que es actor. Tendría usted que ver a «Miranda», su monita.

—No, gracias —replicó la señorita Ana estremeciéndose—. No puedo soportar a esos animales, y espero que no tengáis noticias de ese amigo vuestro por el momento, si tiene una mona.

Pero las tuvieron... ¡al día siguiente!



Capítulo VI - Noticias de Nabé

Al día siguiente los tres niños no se despertaron tan tarde. A decir verdad, desayunaron con la señorita Pimienta, y su prima Ana, aunque con cierto retraso.

Y junto al plato de Roger había una carta con la letra característica de Nabé... grande, extendida e inclinada que llenaba todo el sobre. ¡Vaya, vaya, vaya!

Roger la cogió.

—¡Mirad... carta del bueno de Nabé! Es curioso que precisamente anoche estuviéramos hablando de él. Me gustaría saber si tendremos oportunidad de verle.

Y rasgando el sobre leyó la carta en voz alta mientras Diana y Chatín le escuchaban interesados y con suma atención.

“Querido Roger:

Te escribo sólo para decirte que otra vez estoy sin trabajo, después de dejar uno muy bueno, por cierto. ¿Qué crees tú que he estado haciendo? ¡Cuidar de una «troupe» de monos en un circo! Claro que eso es lo mío. «Miranda» lo pasó en

grande... ha sido el jefe de todos, dándose mucha importancia, y mandándoles a todos.

Pues bien, reuní bastante dinero y pensé que sería agradable veros de nuevo. Lo malo es..., ¿no tendréis que volver al colegio? Si es así, no podrá ser, naturalmente, y tendré que esperar a veros más adelante, pero si no habéis de regresar aún, decídmelo e iré a veros haciendo «auto-stop», no importa por lejos que esté. ¡No puedo descuidar a mis amigos tanto tiempo, o vana olvidarse de mí!

Hasta la vista... que espera sea pronto, tu amigo,

Nabé

—«Miranda» os envía cariñosos recuerdos».

Los tres niños se miraron muy contentos.

—¡El bueno de Nabé! ¡El bueno de Nabé! Haremos que venga aquí, a la Aldea de las Campanas, y así le veremos. ¡Qué suerte que todavía no hayamos regresado al colegio! —Roger se frotaba las manos de contento.

—Nabé no puede venir aquí con su mona —dijo la señorita Ana en tono enérgico—. No admito monos en mi casa. Si ese niño quiere buscar a quien cuide de esa mona estaré encantada de tenerle aquí... pero sin mona. Es mi última palabra.

—¡Oh! —exclamaron los tres, pues sabían perfectamente que nada del mundo podría persuadir a Nabé para que dejara a su mona con otra persona. Era algo inconcebible.

—Tal vez pueda hospedarse en otra casa del pueblo —le dijo la señorita Pimienta viendo el desencanto reflejado en el rostro de los niños.

—Sí. Aunque como estamos en mayo y hace tan buen tiempo probablemente dormiré al aire libre —dijo Diana recordando que Nabé no necesitaba un techo donde cobijarse como las demás personas—. Ya encontrará un granero o algún pajar.

—Muy bien —intervino la señorita Ana—. Pero yo no admitiré al mono en casa. Becky, tú cuidarás de que no entre aquí, ¿verdad?

La señorita Pimienta hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, Ana. No te preocupes... el mono no entrará aquí... aunque no es tan desagradable como tú crees. A mí no me da ningún miedo.

La señorita Ana no cedió.

—Pues yo nunca soportaré a un mono, nunca —le dijo—. Y a mi edad no voy a cambiar.

Los niños salieron al jardín después de haber hecho las camas y ordenado sus habitaciones. Diana cogió su pluma estilográfica, Roger papel y sobre, y Chatín, como de costumbre, se limitó a hacer algún que otro comentario sobre lo que debían decir a Nabé.

«Querido Nabé:

«Muchísimas gracias por tu carta. Te sorprenderá nuestra dirección, pero tuvimos

la «gripe», y nos han enviado aquí para cambiar de aires, con Chatín y también «Ciclón», aunque el perro no la ha tenido, naturalmente. Aquí hay otro perro llamado «Tirabuzón», que se ha hecho muy amigo de «Ciclón», porque está tan loco como él».

—Cuéntale a Nabé cómo arrastra las alfombras —le apuntó Chatín.

Diana no le hizo caso.

—No sé si este «porque» se escribía junto o separado —dijo—. Sí, me parece que está bien. Voy a continuar.

Siguió escribiendo la carta mientras Roger y Chatín miraban por encima de sus hombros, respirando junto a su cogote.

«Todos nos sentimos muy débiles después de la gripe y...» —continuó escribiendo hasta que Chatín le interrumpió.

—Dile que mis piernas parecen de gelatina —le dijo.

—¿Tú crees que eso va a interesarle? —replicó Diana enojada—. ¿A quién le preocupan tus piernas? Y deja ya de respirar junto a mi cuello. Te pareces a «Ciclón».

El perro al oír su nombre quiso subirse a las rodillas de la niña haciendo que la pluma trozara una larga raya cruzando toda la carta.

—«Ciclón»... era una carta tan bonita, y ahora mira lo que has hecho. Menos mal que Nabé adivinará que fuiste tú. ¡Baja de ahí!

—Continúa, Di..., sólo has escrito: Todos nos sentimos muy débiles después de la gripe —dijo Roger—. ¿Vas a decirle cómo se llega hasta aquí? No debe tener idea de dónde está este lugar.

—Si piensa venir haciendo «auto-stop» ¿de qué sirve decírselo? —preguntó la niña—. Le diré solamente: «Enseña nuestra dirección a cualquiera que se avenga a llevarte en su automóvil y ellos te dirán si vas bien o no».

—Háblale del pasadizo secreto —dijo Chatín—. Le gustará.

—¿Es que acaso crees que estoy escribiendo un libro, o algo por el estilo? —exclamó Diana exasperada—. Y deja de respirar en mi cuello. Ahora voy a terminar la carta. Ya es bastante larga.

Y la terminó del modo siguiente:

«Aquí estamos con la señorita Pimienta, ¿la recuerdas, verdad? Nos hospedaremos en casa de su prima Ana, a quien no le agradan los monos, de manera que no podrás estar con nosotros, mala suerte, pero ya lo arreglaremos cuando te veamos. Muchos recuerdos a «Miranda».

«Tus amigos,

Diana, Roger y Chatín.

—«Ciclón» te envía su mejor ladrido».

Todos firmaron y Diana lanzó un suspiro de alivio.

—Vaya... ya está. Aborrezco el escribir cartas, pero es agradable decir a Nabé

que venga. ¡Qué suerte que no hayamos regresado al colegio!

Echaron la carta al correo, y estuvieron calculando cuándo podría llegar Nabé.

—Mañana la recibirá —dijo Roger—. Y tal vez se ponga en seguida en camino. Si consigue viajar tan de prisa como suele hacerlo, tal vez esté aquí pasado mañana.

Esto les animó. Todos sintieron mucho mejor ahora que esperaban volver a ver a Nabé y «Miranda».

Recordaron los ojos azules de Nabé resaltando en su rostro tostado por el sol, y a «Miranda» con su carita grotesca. Sí..., sería muy agradable volverles a ver.

Cuando regresaban de echar la carta, pasaron por delante de la casita de Mamá Hubbard, y la anciana que estaba en el jardín cortando alhelíes les sonrió.

—Buenos días. Mamá Hubbard —dijo Chatín olvidando que aquél no era su verdadero nombre; sus primos le dieron un codazo por cada lado, y él trató de disculparse—. ¡Oh..., quise decir..., buenos días, señora!

La anciana se echó a reír.

—Llámame Mamá Hubbard si quieres —le dijo—. No me importa cómo me llamen. Y desde luego tengo un armario, aunque no está vacío.

—¿Y su bisabuelo está durmiendo también hoy? —preguntó Roger recordando al anciano de aspecto fiero, de pobladas cejas y la corona de cabellos blancos rodeando su cabeza.

—Iré a ver —repuso Mamá Hubbard desapareciendo, aunque no tardó en regresar—. No, no está dormido —les dijo—. Podéis ir a hablar con él. Tiene una memoria prodigiosa, aunque algunas veces se repite. Recuerda cosas que ocurrieron hace muchos años, mejor que las actuales. ¡Y en cambio olvida lo que ha cenado en cuanto lo ha comido, pobre hombre!

Tuvieron que dejar a los perros atados fuera, pues al abuelo no le gustaban, y Mamá Hubbard les acompañó hasta la parte posterior del jardín donde estaba sentado el anciano en su butaca cubierta de almohadones, fumando aquella larga pipa de arcilla.

—Buenos días —dijeron los tres niños contemplando maravillados sus espesas cejas. Apenas podían verle los ojos, y se preguntaron cómo vería, y Diana interiormente le comparó a un viejo perro pastor inglés cuyo pelaje cubre enteramente sus ojos.

—Buenos días a todos —respondió el abuelo señalando el suelo con su pipa de arcilla—. Sentaros y decidme vuestros nombres y quiénes sois. Nunca os había visto.

Le dijeron cómo se llamaban y el anciano se echó a reír al oír el nombre de Chatín.

—¡Ah!, te llaman así a causa de tu nariz respingona, ¿no es cierto? ¿Y ves la mía? Es como un botón... por eso solían llamarme Botón. Y Botón soy todavía para mis viejos compañeros... Botón Dourley soy y Botón Dourley moriré. He olvidado mi

verdadero nombre. Tal vez fuese Juan, o tal vez Pedro. ¡Pero mi nariz me dio mi nombre como a ti te lo ha dado la tuya! —y el anciano, señalando con su pipa a Chatín, empezó a reírse de un modo que recordaba el cacareo que lanzan las gallinas cuando acaban de poner un huevo.

Lo que acababa de decir interesó mucho a los niños, que al oír su nombre aguzaron el oído. No era precisamente lo de «Botón» lo que llamara su atención, sino el apellido... Dourley. ¿Dónde lo habían oído antes? A todos les produjo la misma sensación.

Diana fue la primera en recordarlo.

—¡Hugo Dourley! —exclamó en voz alta—. Claro... ¡Hugo Dourley!

El anciano al oírla juntó todavía más las cejas y la señaló con su pipa.

—¡Ése es precisamente mi nombre, jovencita! Era Hugo... es cierto. Ni Juan, ni Pedro... sino Hugo. ¿Cómo llegué a olvidarlo? Pero ¿cómo lo sabes tú, pequeña?

Diana recordaba habérselo oído pronunciara la guardiana del Antiguo Ayuntamiento mientras les contaba la historia de la vieja mansión. ¿Qué fue lo que dijo? ¡Ah, sí! «¡En mil seiscientos cuarenta y cinco Hugo Dourley habitó en este edificio, y fue el primer causante de que esta aldea se llamara de las Campanas!», había recitado.

Diana contestó al bisabuelo:

—Oímos decir que un tal Hugo Dourley hizo poner las campanas del Antiguo Ayuntamiento —dijo—. Es un apellido tan poco corriente... Dourley... que me vino a la memoria en seguida que usted dijo que se llamaba Dourley. Eso es todo.

El anciano se había hundido más en su sillón y de sus ojos apenas si se veían dos ligeros resquicios, pero los abrió de pronto para inclinarse sobre los niños como si fuera a contarles un secreto.

—Hugo Dourley fue el bisabuelo de mi tatarabuelo —susurró—. Sí, yo soy uno de los Dourley de las Campanas. Sé todo lo referente a esa vieja mansión... cosas que nadie sabe. Puede que os cuente algunas... sólo unas pocas. ¿Queréis que os las cuente?



Capítulo VII - El bisabuelo cuenta

No hay palabras para describir la emoción de los niños, que miraron al anciano como hipnotizados hasta que al fin, habló Diana.

—¿De veras va a hablarnos del Antiguo Ayuntamiento? Es un lugar tan lúgubre y misterioso... y lleno de secretos. Vimos la cámara secreta de la chimenea y...

—Oh, eso —dijo el anciano con desprecio—. No vale gran cosa, y dudo de que nunca se escondiera nadie allí.

—Y vimos cómo se corría el tapiz que mueve el resorte para que se abra el panel grande —dijo Chatín—. Pero la guardiana no nos dejó ver el pasadizo secreto que hay detrás.

—¡Ah, cuántas veces he estado allí! —replicó el bisabuelo riendo entre dientes.

—¿Para qué sirve? —preguntó Roger—. ¿Era sólo un escondite, y no un pasadizo de verdad? ¿Termina bruscamente como dice esa mujer?

—¡Bruscamente! —exclamó el anciano asombrado—. No, no es cierto. ¿De qué

serviría entonces? No, no, jovencito... ése era un medio de escapar de la casa hace siglos. En aquellos tiempos habían días buenos y días malos, como ocurre ahora... y las gentes de la Aldea de las Campanas nunca sabían cuándo podían llegar enemigos... o bandas de salteadores de caminos... o traidores en busca de venganza. Aquellos tiempos eran muy crueles, según le oí contar a mi bisabuelo.

—¡Su bisabuelo! —exclamó la niña asombrada—. Cielo santo... ¿Qué edad tenía usted cuando su bisabuelo le contaba esas historias?

—De eso hará ya cerca de cien años —replicó el anciano—. Victoria ocupaba el trono, y era una mujercita muy menuda. Se dice que visitó una vez esta aldea, pero eso no lo recuerdo bien.

—Continúe, por favor —le dijo Diana—. ¿Qué edad tenía su bisabuelo cuando le contaba esas cosas?

—Oh, era muy Joven —replicó el anciano con una risa muy curiosa—. Tal vez tuviera sólo sesenta años, poco más o menos. Pero sabía muchas cosas que le había contado su abuelo, ¡y que vosotros no creeríais!

Los niños le miraban cómo entrecerraba los ojos bajo las pobladas cejas, como si rememorara un pasado que a él le parecía tan cercano como aquel mismo día de mayo soleado y cálido. ¡Es curioso ser tan viejo... y qué extraño resulta leer las páginas de la historia en la propia mente, en vez de hacerlo en las de un libro!

Diana dio unas palmaditas cariñosas sobre la mano del anciano.

—¿Le estamos cansando? —le dijo—. ¿No puede contarnos algo más? ¿Qué le contaba el abuelo de su bisabuelo a su nieto?

El anciano comenzó a relatar una serie de extrañas historias.

—En los tiempos en que los lobos merodeaban por estos alrededores... —comenzó a decir, y los niños creyeron encontrarse en los tiempos de Robín de los Bosques.

En aquellos tiempos en que había lobos, hubo un invierno muy crudo. La tierra estaba tan dura que mi bisabuelo dice que si la golpeaban con un martillo saltaban chispas, pero eso es un cuento, naturalmente. Pues bien, una noche los lobos entraron en tropel en la Aldea de las Campanas buscando ganado, gallinas, e incluso seres humanos.

—¡Qué horrible! —exclamó Diana estremeciéndose—. ¡Debe hacer muchísimo tiempo de eso!

—Ya os dije que era en tiempos del abuelo de mi bisabuelo —replicó el anciano impacientándose porque le interrumpían—. La gente dormía, y los lobos se fueron acercando y al llegar a la casa de Mamá Barlow en el Bosque de las Campanas, la olfatearon, y allí se detuvieron aullando...

El anciano inclinóse repentinamente hacia delante y los niños se sobresaltaron.

—¿Y qué suponéis que ocurrió? —preguntó elevando su voz cascada—. ¡Pues

que las campanas del Antiguo Ayuntamiento comenzaron a sonar potentes y claras... y con tal fuerza que despertaron a todo el vecindario!

Reclinóse de nuevo sin decir más.

—Supongo que la gente oiría aullar a los lobos al despertarse y les ahuyentarían rescatando a la pobre Mamá Barlow —dijo Diana al cabo de unos minutos pensando que era necesario conocer el final de la historia.

—Ay, eso es —replicó el bisabuelo pareciendo despertar de nuevo—. Pero hay una cosa extraña, señorita... y es que nadie hizo sonar las campanas... ¡tocaron solas! Diana se estremeció.

—Eso es lo que dijo la guardiana del Ayuntamiento —recordó—. Dijo que las campanas habían tocado solas la noche que fue asesinado el hijo de Hugo Dourley... y que desde entonces tocan siempre que se acerca algún enemigo. ¡Y como los lobos eran enemigos del pueblecito, supongo que por eso volvieron a tocar! ¡Qué fantástico! ¡Qué prodigioso!

—¿Y han tocado también otras veces? —quiso saber Chatín, que estaba emocionado con todo aquello.

—Oh, sí... una vez que unos forajidos se acercaron de noche —repuso el bisabuelo—. Y el día que los soldados vinieron a llevarse prisionero al viejo Dourley... eso fue en tiempos de mi bisabuelo. Me lo contó muchísimas veces. De pronto comenzaron a sonar las campanas, y el viejo Jaime Dourley logró escapar por el pasadizo secreto.

—El pasadizo secreto... ¡el mismo que vimos ayer! —exclamó Roger—. No es posible entonces que no conduzca a ninguna parte.

—Los soldados fueron tras él —continuó el anciano—. Fueron bajando escalón tras escalón..., pero él consiguió huir.

—¿A dónde conduce el pasadizo? —preguntó Roger interesadísimo.

—Pregúntaselo a Mamá Barlow —le replicó el anciano lanzando de nuevo su extraña risita—. Ella lo sabe muy bien.

Los niños se miraron intrigados.

—Pero... usted dijo que Mamá Barlow vivía en los tiempos en que habían lobos —dijo Diana—. Ahora no es posible que esté viva.

—Pero ella estuvo allí —repuso el anciano—. En su vieja casita. Y os digo que lo sabe. ¡Ah, vaya si lo sabe! Pero yo no descubro los secretos.

Aquello era exasperante. El anciano debía confundirse. Tal vez se estuviera fatigando de tanto hablar, y confundiera el pasado con el presente.

—¿No sabe a dónde conduce el pasadizo secreto? —le preguntó Diana intentándolo de nuevo—. ¿Va hasta el sótano del Antiguo Ayuntamiento, o va a...?

—Va a Mamá Barlow —insistió el anciano obstinado—. Yo, y Jim, mi hermano, bajamos allí una vez... y encontramos algunos libros antiguos.

—¡Libros antiguos! —exclamó Chatín excitado—. Oiga, ¿los conserva todavía?

—¿Dónde los encontró... en el pasadizo o en casa de Mamá Barlow? —preguntó Roger convencido de que el anciano se estaba confundiendo.

—Abajo, en el pasadizo —susurró el bisabuelo como si fuera un secreto—. Había una especie de armario pequeño... escondido... y yo y Jim lo abrimos. Encontramos libros y papeles... y una caja de madera tallada... y no me acuerdo qué más.

—¿Los cogieron? —preguntó Chatín después de una pausa—. En realidad no eran suyos, de manera que supongo que no lo harían.

El anciano volvió a mirar hacia el pasado no tardando en murmurar excitadamente:

—¿Acaso Jim y yo no pertenecemos a la familia Dourley? ¿No éramos también Dourley aunque viviéramos en una pequeña casita, y no en el Antiguo Ayuntamiento? ¿Quién conocía la existencia de aquellas reliquias? No tenían valor alguno. Pensamos que algún antepasado Dourley los había escondido allí tiempo atrás... y puesto que nosotros éramos Dourley, ¿por qué no podíamos llevárnoslos?

Los niños hubieran podido darle una serie de razones para demostrarle que él y su hermano no debieron haberlos cogido, pero nada dijeron. Lo que deseaban saber era... ¿si todavía existían aquellos tesoros!

Diana dirigióse al anciano que ahora parecía sumido en el pasado, habiéndole suavemente, cariñosamente, como si fuera un niño.

—Abuelo..., no se preocupe por eso. Usted los cogió, y los trajo a su casa. ¿Los conserva aún?

—Ay, nos los llevamos a casa —dijo el anciano mientras una luz iluminaba sus ojos empañados—. Jim se quedó con la caja y con los libros.

—¿De qué trataban esos libros? —preguntó Roger.

El viejo gruñó:

—¿Cómo voy a saberlo? No sé leer. Nunca recibí instrucción alguno, pero no he sido peor por eso.

Aquello era descorazonador. Diana volvió a intentarlo.

—¿Qué fue de esos libros, abuelo? ¿Los tiene todavía?

—Preguntarle a mi biznieta —replicó el anciano—. Ella es quien guarda todas mis cosas, pero ¿para qué sirven unos libros viejos?... ¡sin duda los habrá quemado hace tiempo!

—Abuelo, díganos exactamente a dónde conduce el pasadizo secreto —suplicó Chatín.

El viejo le miró tan ferozmente que el niño se echó hacia atrás asustado.

—Jim y yo fuimos azotados por entrar allí —dijo—. Alardeamos de ello, ¿sabéis...?, y Paul Dourley, que entonces vivía en el Ayuntamiento, nos hizo azotar hasta que pedimos clemencia. Dijo que si contábamos lo que sabíamos, nos

expulsaría de la Aldea de las Campanas enviándonos a un país extranjero donde trabajaríamos de esclavos. De manera que Jim y yo no dijimos nada. No voy a hablar más de esto. Ya os he dicho bastante. ¿Y quiénes sois vosotros a fin de cuentas?

Su voz se fue elevando así como su figura, que ahora sobresalía de la butaca.

—Pues... ya sabe usted quiénes somos —le dijo Diana asustada—. Sólo somos tres niños. Su biznieta ya le dijo nuestros nombres, y no queremos hacerle ningún daño, ni causarle molestias.

Pero el anciano seguía perdido en el pasado y no era capaz de situar a los niños en el presente, aunque los contemplara fijamente mientras volvía a reclinarsse en su sillón.

—¿Quiénes sois vosotros? ¡Unos desconocidos que habéis venido a arrancarme mis secretos! ¡Acosándome a preguntas, hurgando y atormentándome!

Alzó la voz, y su biznieta. Mamá Hubbard, vino corriendo al oírle.

—Vamos, vamos, abuelo... ¡no se excite! No os asustéis, pequeños. Os ha estado contando alguna de sus viejas historias, ¿verdad? Siempre le excitan.

—Pensó que estábamos tratando de arrancarle sus secretos —dijo Diana casi a punto de llorar—. Pero sólo estábamos interesados. Eso es todo.

—Pues, claro —replicó Mamá Hubbard—. Vamos, no os preocupéis. El abuelo no siempre obró bien... y algunas veces le remuerde la conciencia... y entonces tiene miedo. ¡Pero se olvida pronto!

Volvió a reclinar al anciano contra los almohadones, y luego acompañó a los tres niños hasta el interior de la casa, donde miraron a su alrededor para ver si descubrían algún libro antiguo. No quisieron preguntar por ellos en aquel preciso momento, después de haber inquietado al anciano.

—Tengo que volver con mi bisabuelo —les dijo Mamá Hubbard llevándoles hasta la puerta—. Volved siempre que queráis. ¡Seréis bien recibidos!



Capítulo VIII - Una mañana en la aldea

Los niños echaron a andar por el camino, sintiéndose algo aturcidos por todo lo que habían oído, y llegaron al Antiguo Ayuntamiento mientras los dos perros correteaban juguetones. Estaban hartos de verse atados, aunque Mamá Hubbard les había proporcionado, otra vez, sendos huesos para que se estuvieran quietos.

Se detuvieron ante el antiguo edificio de piedra.

—No me hubiera gustado vivir aquí —dijo la niña—. Con esas ventanas tan pequeñas que apenas dejan entrar la luz, los suelos y paredes de piedra, y tan frío... ¡Uf! Debe ser un lugar muy incómodo.

—¡Y sin saber nunca cuándo iban a tocar las campanas por sí solas! —exclamó Chatín—. Me hubiera asustado mucho. ¿Cómo es posible que las campanas toquen solas? Quiero decir... que en realidad ellos no pueden sonar si nadie las mueve.

—No hablemos de eso —dijo Diana estremeciéndose—. Supongo que en realidad eso serán leyendas. No suceden cosas así.

La mujer que actuaba como guía, salió a barrer el patio, viendo a los niños

detenidos ante la entrada.

«Ciclón» corrió en seguida hacia ella dando saltos a su alrededor con su alegría acostumbrada, pero ella le apartó con la escoba.

«Ciclón» no podía resistirse a las escobas y trató de morderla pensando que la mujer trataba de jugar con él.

En aquel momento quiso intervenir también «Tirabuzón», y la guardiana se puso realmente furiosa y asustada, empezó a tratarlos a escobazos y los perros casi se vuelven locos de alegría.

—¡«Ciclón»! ¡«Tirabuzón»! Venid aquí —les gritó Roger al fin, y los perros acudieron obedientes, mientras la mujer les decía con aire amenazador:

—No volváis a traerlos por aquí, u os denunciaré.

—¿A quién? —preguntó Roger—. ¡Díganoslo! ¿Es que existe algún señor Dourley a quien pueda denunciarnos? De ser así nos gustaría conocerle. Quisiéramos hacerle algunas preguntas acerca de ese pasadizo secreto.

La mujer dejó de barrer para mirar a Roger.

—¿Qué pasadizo secreto? ¿Y qué preguntas tenéis que hacer? Ya lo visteis, ¿no es cierto?

—Sí..., pero usted dijo que terminaba bruscamente, y nos hemos enterado de que no es así —replicó Roger.

—Bien, pues os habéis enterado mal —repuso la mujer—. Es así. ¡Yo misma lo he visto! Ha sido tapiado de manera tal que en realidad ha dejado de ser un pasadizo, ya que termina pronto.

—¡Oh! —exclamó Roger que no encontró nada mejor que decir. No se le había ocurrido aquella solución. Los pasadizos secretos a menudo son tapiados cuando ya no se utilizan. Y era muy probable que lo hubieran hecho con aquél, y con mayor motivo ya que el Antiguo Ayuntamiento era ahora un museo en el que nadie habitaba.

—¿Sabe usted a dónde conducía ese pasadizo? —preguntó Chatín.

—A ninguna parte —fue la pronta respuesta de la mujer—. El techo se vino abajo y quedó intransitable... nadie podría pasar por él.

—¿Pero a dónde conducía antiguamente? —insistió Chatín.

—No creo que nadie lo sepa —dijo la mujer volviendo a barrer pero sin apartar los ojos de «Ciclón» y «Tirabuzón» que la observaban deseosos de volver a morder la escoba—. Hace siglos que no se utiliza. De todas maneras, a nadie le interesaría explorar ese pasadizo en ruinas... el techo amenaza con hundirse durante todo el trayecto.

—Entonces es largo... —dijo Roger, pero la mujer no contestó, limitándose a lanzar un gruñido de impaciencia, y tras sacudir el polvo de la escoba, desapareció en el interior del oscuro vestíbulo.

—Es muy irritable esta mujer, ¿no os parece? —dijo la niña—. Bueno... supongo

que tiene razón. El pasadizo era un peligro, no servía de nada y lo tapiaron cuando el Ayuntamiento comenzó a exhibirse al público. Me atrevo a asegurar que hace muchísimos años que el edificio no se habita y como todo debía estar en mal estado, alguna sociedad debió comprarlo, abriéndolo de nuevo para que lo visitaran los turistas y viajeros.

—Es un lugar bastante extraño, amueblado con cosas antiguas y olvidadas, que más bien parecen producto de un sueño —dijo Chatín.

Sus primos le miraron sorprendidos.

—¿Es que te has vuelto poeta, o algo por el estilo? —exclamó Roger.

—No —replicó Chatín enrojando al oírse llamar poeta—. Este lugar me ha impresionado. Es tan misterioso... con sus cámaras y pasadizos secretos, y esas campanas que tocan solas. Me horrorizaría pasar una noche aquí.

—Bueno, nadie te lo ha pedido —repuso su primo—. ¡De manera que no te preocupes!

—¡Mirad... «Ciclón» ha entrado en el Ayuntamiento! —dijo Diana de pronto—. ¡«Ciclón»! ¡«Ciclón»! ¡«Ciclón»!

El perro salió llevando en la boca un cepillo con aire muy satisfecho.

—¡Eres un estúpido! —dijo Chatín quitándose el cepillo. Era un cepillo pequeño y duro de los que se utilizan para cepillar las alfombras y las esteras.

Chatín se acercó sigilosamente a la puerta de entrada y atisbo el interior. No parecía haber rastro de la mujer guía, de manera que se dispuso a entrar para devolver el cepillo, mas una voz airada le hizo pegar un respingo.

—¡Vamos! ¡Ya veo que pretendes entrar sin pagar! Si volvéis a molestarme vosotros o los perros, me iré en seguida a la comisaría de policía, para pedir que os castiguen por vuestro comportamiento.

Chatín vio a la mujer en el fondo del vestíbulo, como una bruja negra recortándose contra la luz que penetraba por una ventana estrecha, y echó a correr mientras los otros se reían de él, al verle salir a tal velocidad que casi se cae encima de los perros.

—¿Es que has oído sonar las campanas o algo por el estilo? —preguntó Roger—. Vaya... tus piernas ya no deben parecer de gelatina o no hubieras ido tan ligero. ¡Y luego hablan de la propulsión a chorro!

—¡Oh, basta! —exclamó Chatín enojado—. Vamos a tomar un helado... ¡si es que los hay en esta vieja aldea! ¡Probablemente ni siquiera habrán oído hablar de ellos!

Continuaron andando hacia el pueblo, y Diana se puso a hablar del bisabuelo de Mamá Hubbard.

—Oírle hablar, es como ir volviendo las páginas de un libro de historia —dijo—. ¿No es curioso que lo confunda todo... el pasado y el presente... y creyera que

nosotros éramos gente del pasado que habíamos ido a arrancarle sus secretos y a castigarle? Pobre hombre.

—Y pensar que estuvo en ese pasadizo secreto y que encontró esos libros antiguos y esa caja de madera tallada —dijo Chatín—. Supongo que esa caja habrá desaparecido hace mucho tiempo... dijo que se la había llevado su hermano, ¿verdad? Pero es muy probable que los libros estén aún por alguna parte.

—Probablemente se asustaría temiendo que alguien descubriera que se los había llevado —intervino Roger—, y debió esconderlos durante años. Después tal vez se olvidase de ellos, y su biznieta los encontraría al hacerse cargo de la casa de su bisabuelo.

—Y es muy posible que lo echara al cubo de la basura —dijo Diana—. ¡Figuraos, el pobre viejo no sabe leer! ¡Qué tortura tener unos libros tan raros y tan interesantes y no poder leerlos!

—No creo que tampoco pudiéramos nosotros —dijo Roger dirigiéndose hacia un pequeño establecimiento donde al parecer vendían de todo—. Supongo que estarían escritos en esa escritura antigua tan peculiar en donde todos las «haches» son «efes».

—O tal vez en latín —dijo la niña—. Bien, Chatín, tú podrías traducirlos perfectamente, ¿verdad? Sabes mucho latín.

Chatín le dio un empujón. Todos sabían que las notas de Chatín en latín no eran demasiado buenas... no era una asignatura en la que estuviera fuerte.

Sentáronse para tomar los helados, que eran muy buenos y hechos con crema auténtica. Después bebieron naranjadas y sintiéronse mucho mejor.

—Casi me estoy olvidando de que tuvimos la gripe —dijo Chatín sorbiendo la naranjada con una pajita—. Me encuentro mucho más fuerte.

—¡Qué lástima! —repuso su primo—. Volverás a ponerte insoportable.

—No seas gracioso —dijo Chatín—. Aún no me siento lo bastante fuerte como para darte un puñetazo, cuando haces esos comentarios tontos... ¡pero no tardaré en estarlo!

—Guau —ladró «Ciclón», poniendo una pata sobre la rodilla de Chatín y el niño le miró.

—¿Qué quieres? Si no te gusta la naranjada.

—Puede que tenga sed —dijo la dueña de la tienda poniendo en el suelo un plato con agua para los perros, que ellos bebieron ruidosamente.

—¡Oh, gracias! —dijo Chatín—. ¡Qué amable es usted!

Sonó el timbre de la puerta y entró alguien. Diana dio un codazo a Roger.

—Parece salida de un cuento de hadas —susurró al ver a una anciana menudita, con una capa roja, cuya caperuza colgaba sobre sus hombros.

—Caperucita Roja que ha envejecido —replicó el niño, y Diana asintió encantada. Sí... Caperucita Roja convertida ya en anciana... y tal vez siguiera

viviendo en la misma casa de su niñez. Era imposible... claro... ¡pero a Diana le gustaba imaginar cosas así!

—Una libra de mantequilla, por favor... una onza de pimienta negra... una bolsa de harina... y un tarro de miel —dijo la cliente con una vocecita muy clara, y mientras esperaba se volvió a mirar a los niños.

Tenía unos ojos muy curiosos... casi verdes, y su boca era la de una mujer vieja, hundida y sin dientes, pero sus ojos seguían siendo brillantes. Sus cabellos eran blancos como la nieve y ensortijados, e inclinó la cabeza al sonreír a los niños.

—Buenos días —les dijo con su vocecita casi infantil—. ¿Estáis de paso aquí?

—Sí —repuso Diana cortésmente—. Nos hospedamos en casa de la señorita Ana Pimienta. Hemos tenido la gripe y por eso todavía no hemos vuelto al colegio. ¿Conoce usted a la señorita Pimienta?

—¡Oh, sí! —repuso la ancianita—. Hace años trabajé para su madre. Decidle que me habéis visto... me recordará muy bien.

—Lo haré —dijo Diana—. ¿Cuál es su nombre?

—Barlow —repuso la viejecita—. Noemí Barlow, y vivo en los Bosques de las Campanas.

—¡Barlow! —exclamaron los tres niños a un tiempo. Habían recordado inmediatamente lo que les dijo el bisabuelo. «¡Pregúntaselo a Mamá Barlow!». ¿Sería ésta la misma Mamá Barlow a quien él se refería?

Antes de que se decidiera a preguntárselo, la vieja había salido ya de la tienda con sus compras, y Diana dirigióse a la tendera:

—Hoy hemos oído hablar de una Mamá Barlow —dijo—. Supongo... supongo que ésta no sería Mamá Barlow, ¿verdad?

La tendera se echó a reír.

—No, qué va... Mamá Barlow existió hace mucho tiempo... antes de que yo naciera. Vivía donde vive ahora la vieja Noemí... en la casita del Bosque de las Campanas.



Capítulo IX - Charla a la hora de la merienda

Los niños pagaron el importe de los helados y regresaron lentamente a casa de Ana Pimienta.

—¡Una casita en mitad del Bosque de las Campanas! —repitió Diana algunas veces—. ¡Esto parece cada vez más salida de una canción de cuna... o de un cuento de hadas!

—¿Os fijasteis en lo extraños que eran los ojos verdes de Noemí Barlow? —preguntó Roger—. Las brujas tienen los ojos verdes... o por lo menos eso se dice.

—No seas tonto —replicó Chatín—. Ella no se parece en nada a una bruja... a mí me pareció muy simpática.

—Yo no digo que no lo sea, ni que se parezca —dijo Roger—. Sólo he dicho que tiene unos ojos muy extraños. No soy tan tonto como para creer en brujas.

—Yo creo que es exactamente igual a Caperucita Roja si ésta envejeciera —comentó Diana—, con esa capa roja y la caperuza. Imaginas a Caperucita Roja

conservando la misma capa durante años y años.

—Probablemente se le quedaría pequeña al crecer —dijo Chatín, que ya empezaba a cansarse de hablar de ojos verdes, brujas y capas—. Volvamos a casa de prisa. Empiezan de nuevo a flaquearme las piernas.

—Tú y tus piernas —replicó Diana—. A mí no me parece que les ocurra nada malo.

La señorita Pimienta insistió en que volvieran a hacer la siesta aquella tarde, aunque Chatín, cuyas piernas parecían haberse repuesto milagrosamente, deseaba ir a alquilar un caballo para montar por el campo.

—Pues no puede ser —dijo la señorita Pimienta—. Tenéis que descansar.

—¿No podría descansar sólo un cuarto de hora, y luego llevar a «Ciclón» a dar un paseo? —preguntó Chatín—. Está gordísimo. Necesita andar.

—Estoy de acuerdo contigo —replicó el aya—. Está demasiado gordo... y necesita un largo paseo. Yo misma le llevaré esta tarde con «Tirabuzón»... aunque cuando vuelva tal vez habré perdido el juicio teniendo a mi alrededor dos perros tan locos.

—Ja, ja..., qué chiste —replicó Chatín automáticamente, ya que no tenía gran opinión de las bromas de la señorita Pimienta—. No..., gracias... prefiero que «Ciclón» esté en la cama conmigo. Usted puede llevarse a «Tirabuzón».

—Muchísimas gracias —replicó el aya—. ¿Ahora queréis subir arriba inmediatamente como se os ha mandado? Os advierto que si empezáis a desobedecer, volveré a emplear un antiguo castigo que no os gustará.

—¿Cuál es? —preguntó Chatín con gran interés—. Estoy seguro de que sus castigos no me importarían mucho, señorita Pimienta.

—Bien —repuso el aya—. Entonces prueba éste... nada de mermelada ni pasteles para merendar... sólo pan con mantequilla.

Aquello no resultaba muy atrayente, de manera que Chatín apresuróse a subir la escalera seguido de su perro. Estaba seguro de que a la hora de la merienda tendría demasiado apetito para resistir un castigo como aquél.

Sintióse más cansado de lo que creía y durmió profundamente hasta la hora de merendar, con «Ciclón» tumbado a sus pies. «Tirabuzón» no podía comprender por qué desaparecía cada tarde su compañero, y después de estarle buscando en vano por todos los lugares imaginables, incluyendo la carbonera, se marchó a dar un paseo con la señorita Pimienta.

Chatín se alegró mucho de que la señorita Pimienta no dijera de nuevo que no podía tomar mermelada ni pastel para merendar, ya que sentía un gran apetito después de su prolongada siesta.

—¡Bollitos calientes! —exclamó tocando el plato que desprendía calor—. ¡Estupendo! ¡Mantequilla y miel hecha en casa! No podría ser mejor. ¿Y qué es eso

de ahí? ¿Pan de higo? Oh, vaya..., ¿por dónde voy a empezar?

—No seas tan glotón, Chatín —le dijo Diana sirviéndose un bollo—. Y no te atragantes. Tienes tiempo de sobra hasta que le toque el turno al pastel.

—Cállate —le dijo Chatín—. ¡Deja tus recomendaciones para cualquier otra ocasión!

La señorita Ana miró a su prima sonriendo.

—Se están recuperando muy de prisa de la gripe —dijo.

—Sí —repuso la señorita Pimienta—. Chatín, ¿quieres decir a «Ciclón» que se quite de encima de mis pies? Me parece que tiene la impresión de estar encima de los tuyos, y la verdad es que pesa mucho.

«Ciclón» se trasladó de sitio e inmediatamente «Tirabuzón» ocupó su lugar y el aya tuvo que aguantarse. No iba a decirle a su prima que le quitara de allí. A los perros les gusta hacer esas cosas mientras las personas comen.

—Quisiera saber si Nabé vendrá pronto —dijo Chatín—. ¿Habrá recibido ya nuestra carta?

—Pues claro que no —repuso Diana—. Si la hemos echado esta mañana.

—¿De veras? —exclamó su primo atónito—. ¿Sabes? Estas vacaciones me empiezan a resultar como todas... confundo el tiempo... y luego... los días pasan sin que me haya dado cuenta.

—No digas tonterías, Chatín —le dijo el aya, pero Roger y Diana sabían lo que su primo había querido decir.

—Señorita Ana —dijo Diana recordando a la anciana de los ojos verdes que vieran en la tienda—. ¿Conoce usted a una anciana llamada Noemí Barlow?

—Claro que sí —replicó la aludida—. Hace muchos años trabajó para mi madre... y por cierto que era muy cumplidora. La recuerdo, aunque entonces era yo una niña pequeña. Ahora debe ser muy vieja.

—Vive en la casita del Bosque de las Campanas —dijo Roger.

—Si —replicó de pronto la señorita Pimienta—. Es una casita muy pequeña que está en medio del bosque... y que por su aspecto yo pensaba que debió pertenecer a Caperucita Roja.

—La anciana Noemí Barlow lleva una capa roja con capucha —dijo la niña—. Tal vez la llevase también cuando era mucho más joven y usted se fijara en ella, señorita Pimienta, y supongo que eso hacía pensar en la casita de Caperucita Roja.

—¿Sabe usted algo de la anciana Mamá Barlow que solía vivir en esa misma casita hace muchísimos años? —preguntó Roger.

—No —contestó la señorita Ana—. Sólo he oído ese nombre en alguna parte, pero nada más. ¿Cómo te has enterado?

—Esta mañana estuvimos hablando con el bisabuelo de Mamá Hubbard.

—¡Mamá Hubbard! —exclamó la señorita Ana sorprendida—. ¿Quién es?

—Bueno, es posible que ése no sea su verdadero nombre —dijo Roger—. Pero vive en casa Hubbard y se parece extraordinariamente a Mamá Hubbard. Tiene un bisabuelo viejísimo... él dice que tiene más de cien años..., pero parece que tenga doscientos.

—No seas absurdo, Roger —le dijo el aya—. Sé a quién te refieres, por supuesto. No sé cuál será su verdadero nombre..., todos le llaman el abuelo.

—Su verdadero nombre es Hugo Dourley, y nos ha hablado de los antiguos Dourley que vivieron en el Antiguo Ayuntamiento —dijo Diana—. Él nos habló de Mamá Barlow. Dice que ella sabe todo lo referente al pasadizo secreto que parte de allí.

La señorita Pimienta estaba asombrada..., pero su prima comprendió a lo que Diana se refería.

—¡Cuántas cosas habéis descubierto en un par de días! —dijo—. Ahora recuerdo algo más de Mamá Barlow. Debió vivir ochenta o noventa años atrás... cuando el abuelo era un muchacho.

—Entonces él pudo conocerla —comentó Diana—. Oh, qué lástima que ahora no viva... podría habernos contado todos los secretos del Antiguo Ayuntamiento. ¡Tal vez supiera incluso qué era lo que hacía sonar las campanas para advertir al pueblo de los peligros!

—Oh, ésa es una antigua historia, casi una leyenda —repuso la señorita Ana—. ¡Las campanas no han sonado en toda mi vida! Y podéis estar seguros de que si tocaron alguna vez, fueron movidas por manos humanas. Las personas como la vieja Barlow son las que cuentan esas raras historias. Decían que era una bruja.

—¿Y lo era realmente? —quiso saber Diana—. ¡Oh, señorita Ana! Entonces no es extraño que Noemí Barlow tenga los ojos verdes... ¡los habrá heredado de Mamá Barlow, la bruja!

—No lo toméis demasiado en serio —les dijo la señorita Pimienta—. Esto son viejos cuentos y leyendas, que quizá no tengan nada de verdad. Mamá Barlow debió ser probablemente una anciano caritativa, que sabía mucho de hierbas y raíces de las plantas con las que preparaba medicinas y ungüentos para curar toda clase de enfermedades. ¡Eso hubiera sido suficiente para que pasara por bruja ante los ojos de la gente ignorante del pueblo!

—Me gusta este sitio —exclamó Diana—. Me encantan los lugares antiguos y llenos de historias. A veces se mezclan trozos de verdad y resulta emocionante ir desenredándolos y descubrir lo que hay en ella.

—Y en cuanto al abuelo, es igual que un libro de historia viviente —dijo Roger—. Vaya, ¡hasta nos contó un cuento de unos lobos que bajaron a la Aldea de las Campanas!

—Eso puede ser bien cierto —fue la respuesta de la señorita Ana—. Hay un lugar

fuera del pueblo llamado Villalobos... es tan sólo un caserío en una cañada... donde se supone que los lobos se refugiaban durante el invierno.

—Ojalá despertáramos una mañana, transportados al pasado —suspiró Diana—. Sólo para ver cómo era. Podríamos ver a Mamá Barlow pasar bajo la ventana, camino de su trabajo.

—Y un muchacho alegre y retozón, caminando con su hermano hacia el campo para trabajar —continuó Roger sonriendo.

—¿Quiénes serían? —preguntó Diana.

—El abuelo y su hermano Jim —replicó Roger—. Sé que resulta un poco difícil imaginar al abuelo joven, pero debió serlo.

—Y tal vez una noche oyéramos sonar las campanas del Antiguo Ayuntamiento —dijo Chatín—. Y si fuéramos a visitarlo, estaría lleno de los Dourley que vivieron allí... niños como nosotros, pero vestidos de otra manera.

—Y sus perros —prosiguió Roger—. Supongo que serían como «Ciclón» y «Tirabuzón». Los empleaban mucho para sus juegos campestres.

Los dos perros se habían puesto en pie al oír sus nombres, y salieron de debajo de la mesa meneando el rabo y fueron a poner sus pezuñas encima de Chatín y Roger.

—¿Estáis cansados de esta estúpida conversación? —les preguntó Chatín tirando de las largas orejas de «Ciclón».

—Me parece que habéis estado sentados demasiado tiempo-dijo la señorita Pimienta retirando su silla. —¿Habéis terminado todos?

—Vaya, no hemos dejado nada —exclamó Chatín, y era cierto. Todos los platos estaban vacíos, el pan de higo había desaparecido así como el pastel de frutas.

—Espero que ahora podréis resistir hasta la hora del de-ayuno —dijo la señorita Pimienta sorprendiéndose al oír que le contestaban a coro:

—¡No, señorita Pimienta, no!



Capítulo X - Nabé emprende el viaje

Al día siguiente los tres niños fueron al picadero para alquilar caballos y pasear por el campo. La propietaria era una mujer joven, con un rostro tan parecido al de un caballo que asombró a los niños.

Llevaba el pelo recogido sobre la coronilla formando «cola de caballo», y su risa era como el relincho de estos animales, pero era muy simpática y pronto supo ver la habilidad de cada niño.

—Tú puedes montar a «Tom Tit Tot» —dijo a Chatín, que era más pequeño que sus primos—. Y permíteme advertirte que no aguanta ninguna tontería, de manera que no gastes bromas con él.

Era un lindo «pony» de pezuñas blancas y una estrella en la frente. A Chatín le gustó mucho.

A Diana le dieron una yegua llamada «Lady», y a Roger otra de noble aspecto llamada «Jeijo». Los niños llevaban pantalones de montar, jerseys amarillos y

chaquetas..., pero como tenían demasiado calor las dejaron colgadas en los establos.

Sacaron las monturas al camino.

—Subid hasta la cima de la colina y luego bajad por el Bosque de las Campanas —les dijo la dueña del picadero al despedirles—. Es un paseo muy bonito y bueno para los caballos.

El día era espléndido y los pájaros cantaban alegremente. Los corderos gordos y retozones correteaban por la ladera de la colina, y los espinos blancos, con sus flores abiertas, parecían copos de nieve caídos junto al camino. Los árboles lucían hojas nuevas de un verde tierno, y la hierba estaba salpicada de margaritas.

«Oh mayo, detén tu brisa pasajera

Y haz que sea siempre primavera».

cantó Diana mientras subía por la colina sembrada también de margaritas.

Aquella mañana disfrutaron de un buen galope. Los caballos estaban frescos y felices, y los niños eran buenos jinetes. Subieron hasta casi la cima de la colina, que era extensa, aunque no muy elevada, y disfrutaron de la espléndida vista que se dominaba desde allí.

—Ahí está la Aldea de las Campanas —dijo Diana señalando con su fusta—. Y mirad..., ¿no son esas las torres del Antiguo Ayuntamiento... que asoman entre los árboles... una cuadrada y otra redonda?...

—Sí..., y allí está la iglesia —repuso Chatín—. El campanario sobresale no lejos del Ayuntamiento. ¿Puedes ver la casa de la señorita Ana?

No lograron distinguirla. El bosque se extendía entre ellos y la casa, ocultándola. Era un gran bosque lleno de hayas y robles, y algunos de sus árboles eran muy altos y corpulentos.

—Mirad... en ese extremo del bosque se eleva una ligera columna de humo —dijo Chatín señalando—. Debe haber una casa.

—Bueno, ya sabemos que la hay —replicó Roger—. Es la casita donde vive Noemí Barlow.

—¡Ah, claro! —dijo Chatín—. En realidad no está muy lejos del Antiguo Ayuntamiento, ya que está enclavada en el mismo lindero del bosque.

—Está mucho más lejos de lo que parece —dijo Diana—. ¿Te imaginas a la anciana Mamá Barlow en esa casita, unos cien años atrás, inclinada sobre un caldero de hierro en el que hervía toda clase de hierbas y raíces? Tal vez la gente de la aldea comprase sus recetas... ungüentos, medicinas y pociones.

—Una bruja de ojos verdes —continuó Roger—. Todos los libros dicen que las brujas o las personas que tuvieron parentesco lejano con ellas tenían los ojos verdes. Estoy seguro de que la abuela de Noemí o quienquiera que fuese, sería una bruja, y por eso ella tiene los ojos de ese color.

Los caballos piafaban impacientes, y «Ciclón» y «Tirabuzón» se acercaron

después de haber estado huroneando algunas madrigueras.

—Vamos —dijo Chatín—. Cuando hablamos así parecemos chiflados. ¡Ninguno lo creemos de verdad!

Pero en lo más hondo de sus corazones se preguntaban si habría algo de cierto en las antiguas leyendas, y si ese algo andaría escondido aquí y allá por aquellos parajes antiquísimos. Diana, especialmente, deseaba creerlo... era tan romántico, excitante y misterioso...

Atravesaron el Bosque de las Campanas. El camino era ancho, y los caballos lo conocían muy bien. De cuando en cuando los niños tenían que apartar las ramas inclinándose hacia un lado u otro. El bosque estaba silencioso, y aunque el sol penetraba a través de los árboles, el camino les pareció sombrío y triste.

—No sé si habremos pasado ya la casita —dijo la niña—. Debía estar por aquí cerca.

—De todas maneras veo el humo de una chimenea —dijo Chatín—. Debe de estar muy cerca. ¡Pasaremos junto a ella!

Pero no fue así. Vieron un caminito que partiendo del principal se alejaba serpenteando entre los árboles, y que sin duda debía conducir a la casa. Diana consultó su reloj.

—Hoy no podemos detenernos para ir a echarle un vistazo —dijo pesarosa—. Se está haciendo muy tarde y hemos prometido devolver los caballos a las doce y media. Será mejor que otro día traigamos a los perros de paseo por aquí y así veremos la casa.

—Bien —dijo Roger volviendo el caballo al camino principal—. Vámonos. ¡Ahora viene un claro... al galope!

Fue un buen paseo y disfrutaron mucho, así como los caballos y los dos perros que trotaron felices durante el camino de vuelta, sacando sus rojas lenguas.

¡Y qué manera de comer! La señorita Ana contemplaba atónita cómo devoraban el gigantesco estofado y el pastel, aún mayor, de jengibre.

—¡Becky, no podemos dejarles montar a caballo cada mañana, si eso es lo que les hace comer! —exclamó en tono cómico.

—Puede usted darnos más patatas —repuso Diana.

—Tendré que cuadruplicar la ración —dijo la señorita Ana—. Bien, bien..., ¡estoy segura que desde hoy vais a sentirlos mejor!

A pesar de todo por la noche estaban muy cansados. La siesta fue muy breve y cuando dieron las ocho de la noche ninguno podía tener los ojos abiertos. Incluso los perros, fatigados por el largo paseo, permanecían tendidos sobre la alfombra, y la cabeza de «Tirabuzón» descansaba sobre el lomo negro de «Ciclón». Se profesaban mutuo aprecio.

Mientras se acostaban los dos niños hacían cábalas sobre el paradero de Nabé.

¿Habría recibido ya su carta? ¿Llegaría al día siguiente? ¡Qué divertido si fuera verdad!

—¡Di! —gritó Chatín a través de la puerta—. Estamos hablando de Nabé. ¿Es posible que llegue mañana, si ha recibido nuestra carta?

—¡Bueno, eso es lo más pronto que ha podido llegar! —respondió la niña metiéndose en la cama—. Esperaremos a ver si llega. ¡El bueno de Nabé! Me pregunto qué le parecerá «Miranda» a «Tirabuzón». No ha visto nunca monos. Creo que «Ciclón» se volverá loco de alegría.

¡Nabé estaba ya en camino! Aquella misma mañana había recibido la carta de Diana que leyó con deleite. Claro que no tenía la menor idea del paradero de la Aldea de las Campanas. Había estado durmiendo en un carromato que le prestó uno de sus amigos, y todo cuanto tuvo que hacer antes de emprender la marcha fue asearlo, y devolver la llave a su propietario.

Nabé viajaba muy de prisa. Todas sus pertenencias iban en el interior de un gran pañuelo rojo atado por las puntas, y que colgaba del extremo de un bastón que apoyaba en su hombro, o lo llevaba debajo del brazo.

«Miranda», por supuesto, iba encima de uno de sus hombros; con su carita picara, con sus ojos brillantes y sus travesuras, resultaba más juguetona que un gatito.

—Ahora, «Miranda», de viaje otra vez —le dijo Nabé cuando emprendió la marcha—. Te lo has pasado estupendamente mandando a todos los demás monos y fingiéndote la «Princesa Miranda», demasiado encumbrada y altiva para trabajar en el circo.

«Miranda» parloteó alegremente a modo de contestación, mientras Nabé la escuchaba muy serio como si entendiera perfectamente todas sus palabras, y contestándole lo mismo.

—Bien. Celebro oír que te has divertido tanto. ¿Ahora a quién crees que vas a ver? ¡Adivínalo!

«Miranda» volvió a cuchichear junto a su oído.

—¡Acertaste, «Miranda»! Vamos a ver a Diana, Roger y Chatín —dijo Nabé—. ¡Sin olvidar a «Ciclón»!

«Miranda» dio un par de saltos, algo más excitada esta vez. Había reconocido el nombre de «Ciclón» y la imagen del «cocker» negro apareció en su mente. Muy emocionada comenzó a mordisquear la oreja de su amo.

—Basta, basta —le dijo Nabé—. Ten cuidado con mi oreja. Casi te la has comido toda.

La gente sonreía al ver a aquel muchacho tan alto y ágil, caminando por la carretera con un monito encima de su hombro, y se volvían a mirarle. Daba gusto contemplar sus ojos azules tan brillantes y su rostro moreno. Con sus cabellos rubios como el trigo maduro, parecía la imagen de la salud.

Sacando la carta de Diana de su bolsillo leyó la dirección. Pensó que lo mejor sería preguntar por la ciudad de Lillinghame antes que por la pequeña Aldea de las Campanas. No era probable que los camiones o automóviles se dirigieran a un pueblecito tan pequeño, pero sí tal vez a Lillinghame o cerca de allí.

Se detuvo junto a la cuneta con «Miranda» sobre su hombro, haciendo señas con su pulgar cuando posaba algún camión. Al fin uno se detuvo y el conductor le invitó a tomar asiento a su lado.

—¿Eso es un mono? —le preguntó—. ¿Está amaestrado?

—Oh, sí —repuso Nabé—. Saluda a este caballero tan amable, «Miranda».

Y la monita le saludó elegantemente, llevándose la mano a la sien y volviéndola a bajar. El hombre se echó a reír.

—Bueno, he llevado a mucha gente en mi camión, pero nunca a un mono. Así tendré algo que contar a mi hijo pequeño cuando llegue a casa esta noche. ¿A dónde quieres ir, muchacho?

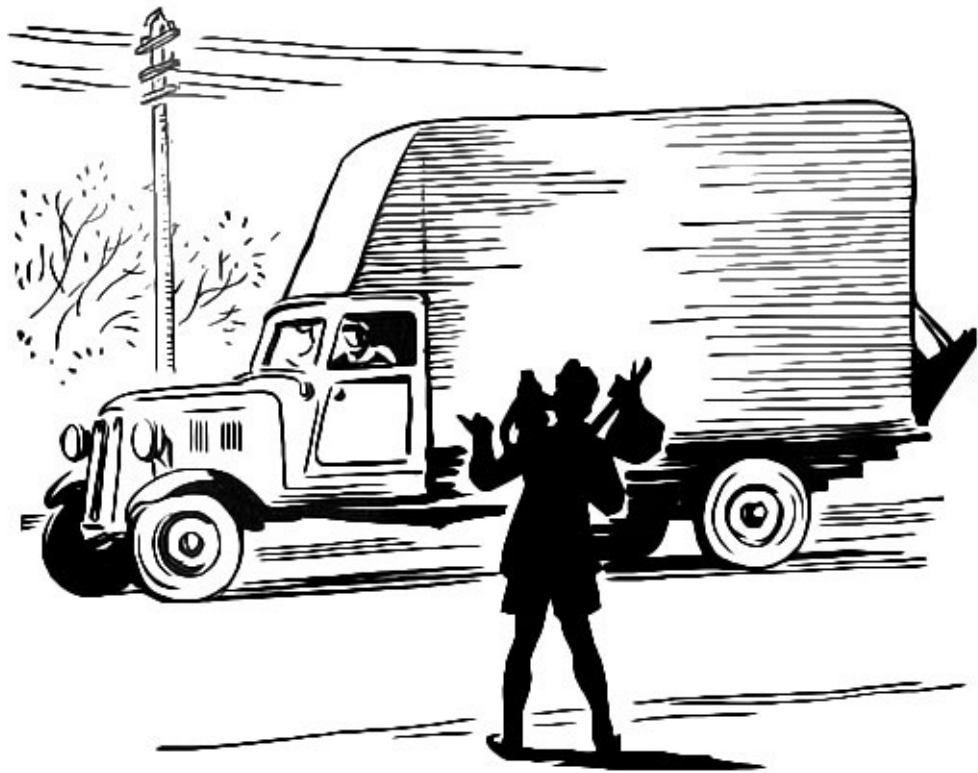
—¿Conoce usted Lillinghame? —preguntó Nabé.

—Nunca lo he oído nombrar —replicó el hombre—. ¿Dónde está eso?

—Pertenece al condado de Somerset —dijo el niño mirando la carta de Diana, y el hombre lanzó un silbido.

—Eso está muy lejos, pequeño. No llegarás antes de mañana, a menos que tengas mucha suerte. Yo voy tan sólo a unos cincuenta kilómetros en esa dirección, pero luego me desvíó. Entonces tendrás que buscar otro camión que vaya hacia allí, y te lleve.

—Bien, gracias —repuso Nabé; subió al camión emprendiendo así la primera etapa de su largo viaje hacia la Aldea de las Campanas.



Capítulo XI - Auto-stop

Nabé y «Miranda» disfrutaron de lo lindo. El aire acariciaba sus rostros, y a «Miranda» le encantaban las caricias y mimos recibidos cada vez que el conductor descansaba unos minutos, y éste se sentía muy satisfecho cuando ella iba a sentarse sobre su hombro mientras conducía.

—Ha metido su pata dentro del cuello de mi camisa —dijo a Nabé—. Oye... supongo que no querrás venderla, ¿verdad?

—No, no quiero venderla —replicó el niño al instante—. En primer lugar le tengo mucho cariño... y en segundo se escaparía y moriría si no me tuviera a mí.

Cuando hubieron recorrido cincuenta kilómetros, se bajaron del camión, y el conductor sintió tener que separarse del niño y de «Miranda». Nabé fue a tomar algo de comer a un café próximo, y a preguntarle cuál era el mejor lugar para esperar a que pasase un camión.

—Espera aquí muchacho —le dijo el propietario del café limpiando unos vasos hasta hacerlos brillar—. Éste es un buen sitio... y no tardarán en pasar muchos. ¿A

dónde quieres ir?

—A Lillinghame, en Somerset —dijo Nabé.

—Estás muy lejos todavía —repuso el hombre—. Veamos... tú quieres seguir la carretera de Biddlington... y encontrar un camión que te lleve a Biddlington. Entonces, si tienes suerte, encontrarás quien te lleve a Somerset desde allí, y luego podrás tomar otro vehículo hasta Lillinghame.

Los camiones comenzaron a llegar poco después, y los conductores se apearon para tomar bocadillos y café. El propietario del establecimiento les presentó a Nabé y a «Miranda», preguntando cuál de ellos podía llevarle.

—Yo voy en esa dirección —se ofreció un hombre de mediana edad—, pero no sé si podré soportar a un mono sentado a mi lado. Nunca los he llevado en mi camión.

—¿Y no podría sentarme detrás, donde usted no nos viera? —le preguntó Nabé temeroso de perder el viaje. Y así quedó convenido; se sentaría detrás entre las cajas que transportaba.

¡Y vaya si fue un viaje incómodo! El suelo del camión era muy duro, pero las cajas de embalaje todavía más, el vehículo se zarandeaba de lo lindo, y el niño empezó a sentirse magullado y se alegró de que se detuviera al fin y el conductor le gritase:

—Será mejor que bajes aquí, muchacho. Si continúas conmigo te alejarás de tu camino.

Nabé le dio las gracias y se apeó apresuradamente con su mona; luego el camión se alejó, dejándole en una carretera desierta.

Después de todo no tenía mucha suerte. No pasaban apenas camiones, sólo algunos coches particulares, que ni siquiera reparaban en él. ¡Nadie quería llevar a un mono en su automóvil!

Nabé continuó andando kilómetro tras kilómetro, sin dejar de hacer señas con la mano a todos cuantos camiones pasaban. De esta manera llegó a una pequeña población donde comió porque estaba hambriento. Compró un plátano para «Miranda», y también uvas secas. Le gustaban mucho y se divertía quitándoles con todo cuidado las simientes antes de comerlas.

¡Lo malo era que se le había metido en la cabeza tirarlas por el cuello de Nabé!

—¡Basta! —le dijo el niño disgustado—. «Miranda», me sorprendes... meterme por la espalda esos granos pegajosos. Si vuelves a hacerlo te quitaré las pasas.

«Miranda» ya no volvió a tirarle las semillas por el pescuezo, sino que las fue arrojando al camino. Nabé se rió y fue en busca de un buen sitio para observar el tráfico de la carretera.

Nadie se detuvo hasta que pasó un enorme camión de mudanzas, al que Nabé le hizo señas esperanzado. Los dos hombres sentados en la cabina no le hicieron caso, pero de pronto uno de ellos vio a «Miranda» encima del hombro del niño.

Hizo una seña a su compañero, y el camión se detuvo de repente.

—¿Eso es un mono, muchacho? —le gritó el conductor.

—¡Sí! —replicó Nabé acercándose a la cabina.

—Entonces ve a la parte de atrás y díselo a Alfredo —le dijo el hombre sonriéndole—. Le encantan los monos, y te dejará subir al camión, si tú en cambio le dejas jugar con tu mono.

Aquello sí que era una suerte, y Nabé corrió hacia la parte posterior del camión donde un hombrecillo menudo con un bigote parecido al de las morsas, se había asomado ya, para averiguar la causa de aquella parada repentina, y al ver a Nabé y «Miranda» sonrió encantado.

—¿Te han dicho que vinieras a verme, verdad? —le dijo señalando con la cabeza la parte delantera del vehículo—. Saben ellos que me entusiasman los monos. Sube, muchacho, y ponte cómodo. ¿A dónde quieres ir?

Nabé se lo dijo, y el hombrecillo sacó un mapa que estuvo consultando. Al fin puso un dedo rematado por una uña sucia sobre cierto punto que mostró a Nabé y luego tendió los brazos para recibir en ellos a «Miranda» que no se hizo esperar. El niño estaba sorprendido.

—Todos me conocen —dijo el hombrecillo haciendo un guiño a Nabé—. Siempre que vuelvo a Londres voy al zoológico y tendrías que ver cómo se me acercan los monos en cuanto me ven. Se agrupan todos a un lado de la jaula, lo más cerca posible de donde yo estoy, y sacan sus manitas por entre los barrotes para que les dé golosinas. ¡Nada de perros! ¡A mí que me den un mono! Y en cuanto a los gatos puedes tener los que quieras. En cambio un mono es...

Continuó charlando sin descansar, y «Miranda» no tardó en acompañarle. Nabé les contemplaba divertido. ¡Se parecían tanto! Aquel hombrecillo tenía una cara muy curiosa, ojos de mono y un bigote tan tieso y fuerte que parecía dé cerdas.

Esta vez Nabé tuvo un viaje mucho más cómodo. El camión estaba lleno de muebles y el niño y el hombrecillo iban sentados en unas enormes butacas, cuyos muelles amortiguaban todos los baches de la carretera. ¡Nabé tenía la sensación de que iba a dormirse en cualquier momento!

Había mirado el mapa que no entendió en absoluto, pero sabía todo lo que necesitaba saber..., que tenía que apearse en la tercera población importante, y luego ver si desde allí le trasladaban a Lillinghame. A partir de entonces seguiría andando.

El hombrecillo estaba casi a punto de echarse a llorar por tener que separarse de «Miranda» cuando el camión se detuvo en la población donde el niño debía apearse, y «Miranda» se abrazó a él, como si también sintiera tener que dejarle, pero al ver que Nabé se bajaba del vehículo saltó sobre su hombro de un salto prodigioso, y luego saludó con la mano al desconsolado hombrecillo.

—Bueno, desde luego le causaste muy buena impresión y conseguiste que nos

llevaran —dijo Nabé a «Miranda» mientras esperaban en una esquina a que pasara otro camión. Empezaba a oscurecer, y el muchacho se preguntaba si conseguiría llegar a la Aldea de las Campanas con tiempo para ver a los niños.

Era ya noche cerrada, cuando se acercó un camión y al pasar junto a un farol, Nabé pudo leer el nombre que llevaba escrito; «Piggott, electricista», y adelantándose le hizo señas.

El camión, acelerando la marcha, pasó ante él y continuó. Nabé estaba acostumbrado a estas cosas, pero luego, al ver que se había detenido algo más lejos, preguntó cuál sería la causa. Tal vez se hubiera detenido por él... y fue a verlo, pero no tardó en darse cuenta de que el camión había sufrido un pinchazo en una de las ruedas delanteras, y el conductor se había apeado para examinarla.

—Mala suerte, amigo —le dijo Nabé al acercarse—. ¿Quiere que le ayude? Ha sido un pinchazo repentino. No será importante.

—Esta rueda me ha dado mucha guerra últimamente —replicó el hombre que era de corta estatura y rechoncho. Fue todo lo que Nabé pudo observar en aquella oscuridad—. ¿Tú sabes cambiar una rueda? No quiero ensuciarme las manos, y ahora todos los garajes estarán cerrados. Si me la cambias no te pesará.

—Sí..., sé hacerlo —repuso Nabé—. Y si luego me lleva hasta Lillinghame, si se dirige allí, señor, me consideraré pagado. Sólo quiero que me lleve, eso es todo.

El hombre vacilaba, y encendiendo una cerilla examinó a Nabé como si no supiera si estaba hablando con un vagabundo o un rufián. Cuando vio que Nabé no era sino un niño, pareció aliviado.

—Bien —dijo—. Cambia la rueda y te llevaré a Lillinghame. Tengo que pasar por allí.

Nabé se puso a trabajar muy complacido, mientras «Miranda» le observaba sentada encima del camión. Al cabo de un rato desapareció y el hombre la estuvo buscando intrigado.

—¿Dónde está tu mono? —le preguntó—. No quiero que entre en mi camión.

—¡«Miranda»! —gritó Nabé. Se oyó un rumor en el interior del vehículo y luego la carita de «Miranda» asomó por una pequeña ventana que había encima del asiento del conductor.

—¡Se ha metido dentro! —exclamó el hombre—. Dile que salga en seguida.

—No estropearé nada, señor —le dijo Nabé. «Miranda» había vuelto a desaparecer en el interior del camión. Era muy curiosa y le gustaba explorar e inspeccionar cualquier lugar extraño.

De pronto se la oyó gritar aterrada desde el interior del camión, y Nabé, cogiendo una linterna que le prestara aquel hombre, la introdujo por la pequeña abertura de la parte delantera del vehículo a tiempo de ver una cosa blanca que se movía rápidamente por el fondo del camión. «Miranda» estaba acurrucada en un rincón

temblando de miedo.

Nabé aguardó para ver si veía moverse de nuevo aquella cosa blanca, pero no pudo ver más que sacos y cajas. Luego sintió que tiraban de él con rudeza y le arrebataban la linterna.

—Salid de ahí, tú y tu mono —le gritó el conductor—. No me estropeéis mis mercancías.

—Está bien, está bien —dijo Nabé sorprendido de su excitación—. Aquí, «Miranda», ¿qué es lo que tanto te ha asustado?

La monita había salido ya del camión y trepó al hombro de Nabé temblando. Era evidente que algo la había asustado.

—¿Quiere que termine de cambiar la rueda, señor? —le preguntó Nabé—. Siento que mi mona haya entrado en el camión. Es tan curiosa...

El hombre vacilaba y al fin habló con rudeza.

—De acuerdo..., termina de poner la rueda, pero date prisa. ¡No quiero pasarme toda la noche en esta maldita carretera!



Capítulo XII - Fin del viaje

Nabé terminó de cambiar la rueda en silencio, mientras «Miranda» continuaba agarrada a su hombro muy asustada. El niño recordaba la cosa blanca que había visto moverse en el interior del camión. ¿Qué era? Evidentemente algo que había asustado mucho a «Miranda». ¿Fue algo vivo... o qué sería?

—Gracias —dijo el hombre cuando Nabé hubo terminado—. Aquí tienes algo de dinero. No pienso llevarte conmigo. He cambiado de opinión.

—Oh, no —replicó Nabé subiéndose rápidamente al asiento al lado del conductor—. Trato es trato. Yo no quiero dinero. Quiero que me lleve. Y no trate de arrojarme del asiento o mi mona se le echará encima y muerde con mucha fuerza.

El hombre masculló algo entre dientes, permaneció inmóvil unos instantes y al fin subió a ocupar su asiento.

Ni el hombre ni Nabé dijeron una palabra durante el trayecto. «Miranda» tampoco hizo el menor ruido y continuó agarrada a su amo. No le gustaba aquel hombre tan

malcarado.

—Esto es Lillinghame —dijo el hombre al fin deteniendo el camión. Y sin decir nada más aguardó a que Nabé se apeara.

—Gracias —le dijo el muchacho alzando la cabeza en la oscuridad para mirar al hombre—. Dígame una cosa antes de marcharse. ¿Qué es lo que lleva en su camión que ha asustado tanto a mi mona?

—¡Bah! —exclamó el hombre furioso, haciendo arrancar al camión tan de prisa que Nabé casi se cae al suelo. Dejó a Nabé en el cruce, alejándose en la noche que iluminaban los potentes faros luminosos. El niño acarició a «Miranda» riendo.

—Sea lo que fuese lo que va en el interior de ese camión es un misterio —dijo—. Y si tú pudieras hablar correctamente, «Miranda», podrías decirme lo que era. Vaya sujeto antipático, ¿verdad?

Nabé echó a andar hasta un poste indicador y al leerlo lanzó un suspiro de alivio, puesto que en él, e iluminado ahora por la luz de la luna que acababa de salir de entre las nubes, estaba el nombre que deseaba... ¡«Aldea de las Campanas»!

—Bien —dijo Nabé—. No me las he arreglado demasiado mal ya que he llegado hasta aquí en un día. El caso es... que es demasiado tarde para buscar la casa donde están Roger y los otros... de manera que iremos caminando hasta la Aldea de las Campanas, y veremos de encontrar un sitio donde dormir, «Miranda».

Mientras avanzaban por el camino, la luna se fue cubriendo de nubarrones negros que venían del oeste, y no tardó en empezar a llover. Nabé se subió el cuello de la chaqueta, dudando si buscar donde cobijarse, pero decidió seguir adelante. Tal vez cesara la lluvia.

Siguió adelante llevando a «Miranda» debajo de la chaqueta, pues no le gustaba la lluvia. No tardaron en encontrar otro poste indicador en que se leía: «A la Aldea de las Campanas, dos kilómetros».

A Nabé no le pareció muy lejos y como entonces apenas lloviznaba, continuó caminando mientras silbaba quedamente. Mañana vería a sus amigos. Llevaba semanas y semanas sin verles y estaba deseando encontrarles de nuevo.

Caminó por la carretera y atravesando caminos pasó ante algunas casitas y una o dos granjas. Una vez hubo recorrido la Aldea de las Campanas, que ahora estaba a oscuras, sin que se viera ni una sola luz, Nabé se detuvo indeciso.

¿A dónde ir? La lluvia había comenzado a caer de nuevo, y no era cosa de pasar la noche al raso. Necesitaban pues encontrar un granero, y allá se fue inclinando la cabeza contra la persistente lluvia.

Llegó ante un gran edificio, cuya negra sombra hacía la noche aún más oscura, y preguntándose qué sería. Si fuese una iglesia tal vez pudiera refugiarse en el soportal y dormir sin mojarse. Avanzó lentamente por el patio y luego se detuvo.

Se oían voces... hablando en voz baja. ¿De dónde venían? Nabé deslizóse detrás

de un arbusto y aguardó. Luego oyóse cerrar una puerta muy quedamente y que alguien avanzaba por el patio con zapatos de suela de goma. Ese alguien se acercó a la verja... y luego, ante la sorpresa de Nabé, se oyó el motor de un automóvil que se ponía en marcha.

No había visto ningún coche ante la puerta. Debía estar bien escondido bajo la sombra del seto, o de otro modo se hubiera fijado en él. Corrió de puntillas hasta la entrada viendo a un hombre que encendía un cigarrillo sin percatarse de que era observado tan de cerca. ¡Y cuando encendió la cerilla Nabé le reconoció!

«¡Es el hombre que me llevó hasta Lillinghame... y a quien cambié la rueda de su camión! —pensó—. Bajito y rechoncho... con las cejas muy negras y la barbilla prominente. Le vi bien la cara cuando pasamos junto a un farol durante el camino. Ahora siento no haberme fijado más en él. ¿Qué estará haciendo?».

Nabé observó que una camioneta desaparecía calle arriba y su lucecita roja se fue haciendo cada vez más pequeña. Debiera haberse fijado en el número de la matrícula, pero la luz era demasiado escasa para poder distinguirlo.

Volvióse a mirar el edificio que se alzaba a sus espaldas preguntándose qué sería. No podía ser una iglesia. ¿Sería una cosa particular?

Cesó de llover, volvió a salir la luna y Nabé apresuróse a refugiarse en la sombra. Luego, al ver un gran letrero cerca de la puerta principal, fue a ver qué era.

Lo leyó con suma atención. ¡Vaya! Después de todo, aquel edificio era sólo una especie de museo. Preguntóse si podría encontrar cobijo en su interior. Estaba empapado y hubiera querido quitarse la chaqueta.

—Tiene que haber alguien dentro, por fuerza, porque he oído voces —se dijo—, y sin embargo solamente ha salido un hombre. Por eso tal vez sea mejor que no trate de entrar. Si me encontrasen podrían detenerme creyéndome un ladrón.

Acababa de pensar esto, cuando oyó unos pasos cautelosos en la parte interior de la puerta principal, cerca del cartel anunciador, y deslizóse hasta un lado de la casa. Desde allí vio que se abría la puerta siendo luego cerrada silenciosamente. Alguien avanzó por el patio procurando ampararse en las sombras.

Ese alguien tosió ligeramente, y Nabé quedó muy sorprendido. ¡Era la tos de una mujer! ¿Qué estaría haciendo una mujer en aquella oscuridad? La figura no tardó en desaparecer en la sombra del camino, y luego volvió a reinar el silencio.

Nabé aproximóse a la puerta principal que trató de abrir. Naturalmente, estaba cerrada. Dio toda la vuelta al edificio, pero sin encontrar ninguna ventana abierta.

La luna iluminó el interior, mientras él atisbaba por una ventana.

—¡Cielos! Está todo amueblado... y no vacío, o lleno de vitrinas como otros museos —exclamó Nabé sorprendido—. Ojalá pudiera entrar en esta habitación... ¡Podría dormir muy cómodamente en ese viejo sofá!

Una de las paredes estaba cubierta de espesa hiedra, y Nabé observó que en el

piso de arriba había una ventana... que tal vez estuviera abierta.

Probó la resistencia de las ramas, tan espesas y entrelazadas que sostenían su peso fácilmente. Así fue trepando como un gato, tanteando antes cada tronco. «Miranda» subía tras él, agarrándose a cualquier parte con una facilidad envidiable.

Alcanzó la ventana y pudo comprobar que sus suposiciones eran ciertas. Se trataba de un pequeño respiradero que tenía el pestillo roto y por eso no cerraba. La abrió de par en par, viendo que no le costaría entrar, una vez se subiera al alféizar.

Lo consiguió haciendo un último esfuerzo, y «Miranda» saltó a su hombro en seguida. Al ver la ventana entreabierta había adivinado que Nabé se proponía entrar por allí, y no tardaron en hallarse dentro del antiguo edificio.

La luna se ocultó y Nabé permaneció inmóvil en la penumbra en espera de que volviera a salir, y entonces pudo ver que se encontraba en un dormitorio anticuado. En mitad de la habitación había una enorme cama, con cuatro columnas, que sostenían el dosel que descendía lateralmente ocultándolo casi por completo.

Nabé fue de puntillas hasta la puerta que abrió encontrándose en una galería que rodeaba una amplia sala inferior, dominándola. Todo estaba en silencio, y ni siquiera los ratones se atrevían a cruzar el suelo.

Nabé encontró la escalera que descendía hasta la amplia sala del piso de abajo formando curva. Allí daban otras habitaciones más pequeñas que Nabé fue examinando una tras otra, pero en ninguna encontró a nadie, ni oyó ruido alguno. ¡Le pareció bastante seguro dormir arriba en la gran cama con dosel!

Un chillido le hizo pegar un respingo, y «Miranda» se acurrucó asustada, pero no era sino una lechuza que gritaba en el exterior para asustar a un ratón de campo.

Nabé decidió volver a subir. Estaba mojado y muy cansado, y no consideró que tuviera importancia el dormir en la gran cama. Se quitaría los zapatos y la chaqueta que estaba húmeda, y tal vez encontrase algo con que cubrirse.

Subió la amplia escalera hasta llegar de nuevo a la galería, y no le costó encontrar el dormitorio por cuya ventana había entrado, y una vez en él se puso a buscar con qué taparse.

En un rincón había una mesa antigua cubierta por un tapete. A la luz de la luna no pudo distinguir su color, ni el material con que había sido fabricado, pero al tacto le pareció grueso y cálido y quitándose la chaqueta se envolvió en él. ¡Desde luego abrigaba mucho!

«Miranda» también se refugió entre los pliegues alegrándose de que fueran a acostarse. Sentíase cansada, después de aquel día tan largo y agitado.

Nabé se quitó los zapatos viendo que sus calcetines estaban agujereados... vaya, precisamente ahora que iba a ver a sus amigos. ¡Bueno, tal vez fuese mejor no llevar calcetines y así no se notarían los agujeros!

Se metió en la cama, que era alta, bastante dura y muy poco cómoda, pero que a

Nabé, cansado como estaba le pareció una bendición. Envolviéndose en el tapete, puso la cabeza sobre la almohada quedando dormido en el acto.

No muy lejos de allí, en la casa de la señorita Ana, Diana permanecía despierta pensando si Nabé llegaría al día siguiente. ¡Qué poco imaginaba que en aquel preciso instante estaba durmiendo en la gran cama con dosel del mejor dormitorio del Antiguo Ayuntamiento!

Sí..., era allí donde Nabé terminó la noche. ¡Despiértate bien temprano, Nabé, o te descubrirán... y verás en qué lío te metes!



Capítulo XIII - En la Torre de las Campanas

Por fortuna Nabé a la mañana siguiente se despertó muy temprano. El sol entraba por la ventana y un rayo le daba en pleno rostro. Se incorporó parpadeando, debido a la fuerte luz, mientras se preguntaba dónde se hallaba.

No tardó en recordar. Sí..., estaba en un antiguo edificio..., una especie de museo. ¡Lo mejor sería marcharse rápidamente! Despertó a «Miranda» que estaba completamente dormida sobre la alfombra con la carita escondida entre las manos. Al abrir los ojos empezó a parlotear excitada, y de un salto se subió al cuello de Nabé tirándole de una oreja y acercando la carita a su mejilla, mientras él la acariciaba afectuosamente.

—¡Eres la mejor compañía del mundo! —le dijo haciéndole cosquillas—. ¿No es verdad, «Miranda»? Oye, ¿sabes a quiénes vamos a ver hoy?

«Miranda» cuchicheó excitada y Nabé asintió con aire solemne.

—Exacto..., vamos a ver a nuestros amigos. Ahora será mejor que nos marchemos, y sin bajar por la hiedra, pues podrían vernos. Vamos a ver si

encontramos alguna puerta posterior por donde poder salir.

Nabé volvió a colocar el tapete encima de la mesa. Estaba muy arrugado, pero no podía remediarlo. Se calzó los zapatos, los calcetines los guardó en sus bolsillos y viendo que la chaqueta ya se había secado, se la puso de nuevo. Luego se miró en el espejo del pasillo.

—Mira ese espantajo, «Miranda» —dijo a la monita—. ¡Tal vez no lo adivines, pero soy yo! ¿Habrás algún sitio donde pueda lavarme... o es que estos edificios viejos no tienen cuarto de baño? Supongo que no.

Y sacando un peine de su bolsillo empezó a peinar sus brillantes cabellos, luego fue a estirar las ropas de la gran cama con dosel y saliendo a la galería se asomó para mirar al piso de abajo.

Fue bajando a toda prisa, pues no había nadie. «Miranda» saltaba de las sillas a la mesa, parloteando muy excitada. Los lugares extraños le entusiasmaban.

A Nabé no le interesó gran cosa el viejo caserón. Para él, que no sabía mucha historia, aquello no significaba nada. Pensó que las grandes sillas de madera debían ser muy incómodas; se maravillaba ante las armaduras que veía de vez en cuando junto a las paredes, y al fin se detuvo para observar una.

—Es muy pequeña, ¿verdad, «Miranda»? —dijo a la mona—. Yo podría meterme, pero me quedaría bien justa. Creo que los hombres antiguos no debían ser tan corpulentos como los de ahora... serían como muñecas. ¡Imagínate el ruido que harían andando dentro de esto!

Llegó hasta la puerta posterior, que era maciza también, aunque no tan grande como la principal, y se volvió a mirar a «Miranda».

—Vamos —le dijo—. Saldremos por aquí.

No hubo respuesta, y «Miranda» no se subió corriendo a su hombro. Nabé miró a su alrededor. Se hallaba en una gran cocina amueblada como lo estuvieran dos o trescientos años atrás. ¿Dónde diantre estaba «Miranda»?

La mona se había decidido a realizar exploraciones por su cuenta, sin comprender que Nabé estaba buscando una salida, y creyendo que él también estaba inspeccionando.

—¡«Miranda»! —llamó el niño con voz queda—. ¿Dónde te has metido?

Oyó un ligero ruido y acudió inmediatamente en aquella dirección llegando hasta el pie de una gran torre cuadrada, aunque al principio no supo lo que era.

Todo lo que vio fue una pequeña escalera de caracol. ¿A dónde conduciría? Quizás a otro dormitorio, pensó el niño. Seguro que la entrometida de «Miranda» había subido por allí... Un ruido procedente de arriba le dio la certeza de que así era.

Y luego otro ruido le hizo pegar un brinco. ¡Alguien estaba abriendo la puerta! «¡La puerta principal!», pensó Nabé asustado. «Alguien entra. Y me cogerán».

Miró a su alrededor sin encontrar lugar donde esconderse..., pero de todas

maneras tenía que encontrar a «Miranda» y hacer que se estuviera quieta, o le descubrirían.

Empezó a subir la escalera de caracol a toda prisa; como las suelas de sus zapatos eran de goma no hacían ruido sobre los escalones de piedra. Fue subiendo, subiendo, hasta llegar a la plataforma, donde contempló las campanas silenciosas que pendían sobre su cabeza.

¡Y allí arriba, mirándole descaradamente, estaba «Miranda»! ¡Quería jugar al escondite! Él la había enseñado... ¡pero había escogido un momento poco adecuado para jugar!

—¡«Miranda»! —le dijo en un susurro—. ¡Baja! ¡De prisa!

«Miranda» desapareció al instante, y Nabé alargó el cuello. ¿Dónde podía estar? ¿Y cómo había subido tan arriba? Había demasiado espacio para poder salvarlo de un salto.

Nabé estaba en la torre, y apenas podía ver otra cosa que las campanas brillando silenciosas en la altura. Fue palpando la pared con las manos hasta encontrar algo que supuso debía haber allí.

En la pared sur de la torre encontró una hilera de huecos en la piedra que hacía las veces de escalones, de manera que pudieran apoyarse en ellos las manos o los pies al ir subiendo. Nabé introdujo su mano en uno de ellos viendo que estaba tallado de manera que los dedos se asieran bien.

Lanzó un gemido. ¡Ahora tendría que subir toda aquella pared en la semipenumbra para coger a «Miranda»! Cuando jugaba al escondite no se acercaba a él hasta que la descubría y acorralaba. Se puso de puntillas para buscar las oquedades de encima de su cabeza en la que introdujo sus manos, y luego puso los pies en las de abajo.

Fue buscando las siguientes en las que se sujetó con fuerza. No era agradable subir por aquella torre de piedra..., pero Nabé estaba acostumbrado a toda clase de ejercicios acrobáticos, y no le pareció muy difícil.

Y en cuanto a «Miranda» debía haber descubierto los peldaños en seguida y subido por ellos con suma facilidad. Nabé siguió ascendiendo, deslizando primero las manos y luego los pies en el interior de los huecos. Al fin llegó a la altura de las campanas. Pero... ¿dónde estaba «Miranda»?

No la veía por parte alguna, ni tampoco la oía. Miró cautelosamente en derredor suyo, a pesar de la oscuridad. Las campanas resultaban muy grandes y brillantes vistas tan de cerca. Colgaban precisamente sobre su cabeza, sujetas por sus cuerdas. Esforzó la vista para mirar por encima de ellas.

Vio un par de ojos que le miraban. ¡«Miranda»!

—¡Eres tremenda! —musitó Nabé exasperado—. ¿Cómo has podido subir más arriba de las campanas?

Buscó otro hueco en la pared y lo encontró, y luego su mano tropezó con el extremo de una gruesa cuerda y la tanteó cautelosamente. No parecía estar suelta, sino fuertemente sujeta. ¿Le ayudaría a subir encima de las campanas?

Nabé tiró de ella encontrándola muy segura y resistente. Salía, al parecer de un agujero del techo de la torre. Subió por ella, encontrándose en un lugar muy curioso.

Era una pequeña estancia rectangular situada encima de las campanas que hubiera estado completamente a oscuras de no haber sido por una ventana estrechísima situada en la pared sur, por la que entraba un rayo de sol. Ahora comprendió por qué las campanas brillaban tanto cuando él estaba debajo. El rayo de sol penetraba en aquel extraño recinto cuadrado, y parte de él pasando por el agujero del suelo caía de pleno sobre la superficie de las campanas.

«¡Por eso tenían ese brillo tan extraño!», pensó Nabé mirando aquel recinto de piedra en el que había un banco roto, y un montón de alfombras viejas, así como también una anticuada palmatoria de madera con los restos de una vela. «Esto debió ser escondite en otros tiempos», pensó, dando un puntapié a las alfombras, que tenían aspecto de haber servido de esteras o cobertores. «Miranda» corrió a ocultarse debajo, asomando su cabecita con aire cómico.

—Estoy disgustado contigo, «Miranda» —le dijo el niño en tono severo—. Hacerme subir hasta aquí para encontrarte... y ahora volver a bajar..., pero esta vez lo harás montada en mi hombro... y sin moverte..., ¿sabes?

Fue a mirar por la estrecha ventana. Ante él se extendía la campiña, brillando bajo el sonriente sol de mayo. Ni una nube empañaba el azul del cielo, y Nabé deseó hallarse al aire libre.

De pronto sintió apetito.

—Vamos, «Miranda» —le dijo—. Iremos a buscar a Chatín y los otros y a desayunar.

«Miranda» conocía perfectamente las palabras desayuno, comida, merienda y cena, y subiéndose al hombro de Nabé se asió a su cuello.

El niño se introdujo por el agujero del suelo, buscó la cuerda y luego los primeros huecos de la pared de piedra de la torre. Era sencillo bajar, y no tardó en encontrarse debajo de las bruñidas campanas, sobre la pequeña plataforma situada al término de la escalera de caracol.

Se detuvo a escuchar. Se oía un ruido semejante al sacudir de una alfombra. Tal vez la guardiana del edificio estuviera realizando la limpieza. Procuraría salir de allí sin dejarse ver.

Se dirigió a la puerta principal viendo a una mujer que estaba limpiando el polvo en los muebles en una de las habitaciones de espaldas a él, y Nabé aprovechó la oportunidad para escapar por la puerta de entrada. En un abrir y cerrar de ojos estuvo al aire libre, disfrutando de la caricia del sol que bañaba sus hombros y su cabeza.

En la verja vio el nombre del edificio. Antiguo Ayuntamiento de las Campanas.

«De manera que ahí es donde pasé la noche», pensó. «Antiguo Ayuntamiento de las Campanas, en la Aldea de las Campanas. ¡Muy bonito!».

No sabía cómo hacer para encontrar a sus tres amigos..., pero su indecisión no duró mucho. ¡Por la carretera avanzaban Roger, Diana, Chatín y los dos perros!

Nabé gritó con todas sus fuerzas:

—¡Eh... aquí! ¡Hola, amigos!



Capítulo XIV - Un feliz encuentro

Gritos, chillidos, risas, ladridos, parloteos, palmadas... ¡Qué alboroto se armó cuando los amigos volvieron a reunirse una vez más!

—¡Nabé! ¡Nuestro buen Nabé! ¡Esperábamos que llegases hoy!

—¡«Miranda»! ¡Sigue tan cariñosa como siempre! ¡Oh, se ha subido a mi hombro!

—¡Qué alegría veros a todos... Diana, has crecido! Chatín no. Hola, Roger... cuánto me alegra verte.

—¡Guau, guau, guau!

—Nabé, estás un poco más alto... y tan moreno como siempre. ¡Oh, escucha a «Miranda»! ¡Sé perfectamente lo que está diciendo!

—¿Cuándo llegaste? ¿Cómo has conseguido arribar hasta aquí?

—¿Dónde pasaste la noche? Oh, mirad... los perros se han vuelto locos.

—¡Guau, guau, guau!

Verdaderamente los perros habían perdido la cabeza. «Ciclón» reconoció en seguida a Nabé y «Miranda», desde luego; pero «Tirabuzón» no les conocía, ni los había visto nunca; mas al ver la calurosa bienvenida que les dispensaba el excitado «Ciclón», pensó que debía imitarle.

Y casi sobrepasó el entusiasmo de «Ciclón», saltando y ladrando, lamiendo y dando vueltas alrededor de los niños, comportándose como si fueran dos «Tirabuzones» en vez de uno. Al final, hasta el propio «Ciclón» se molestó. Aquellos eran sus amigos, y no los de «Tirabuzón». ¿Por qué se comportaba de aquel modo?

«Ciclón» propinó un fuerte empujón a su compañero como si quisiera decirle:

—¡Apártate! ¡Estos son mis amigos, no los tuyos!

«Miranda» saltaba de un hombro a otro encantada, y tan excitada, que apenas sabía lo que estaba haciendo. De pronto se montó sobre el lomo de «Ciclón» como solía hacerlo, y «Tirabuzón», al verla, se llevó la mayor sorpresa de su vida, y emprendió la fuga.

«Miranda» saltó del lomo de «Ciclón» al de «Tirabuzón», y el «spaniel» rubio corrió como loco con la descarada monita montada en su espalda y aullando de pavor ante la novedad.

—¡Guau, guau, guau! ¡Tumbate, guau! —ladraba «Ciclón» corriendo tras él. De manera que «Tirabuzón» se tumbó de espaldas, que naturalmente, era el medio seguro para deshacerse de «Miranda». Antes de que los perros pudieran darse cuenta de dónde estaba, ésta había vuelto a subirse al hombro de Nabé de un salto, parlotando por los codos.

Al fin fue decayendo el entusiasmo de los niños, y cogiéndose del brazo de Nabé echaron a andar hacia la casa de la señorita Ana, olvidándose de que había dicho que no recibiría a ningún mono en su casa. Nabé les dijo que todavía no había desayunado y que estaba realmente hambriento.

—¿No podríamos pararnos y comprar algo de comer? —preguntó—. Y quisiera comprarme unos calcetines. Los míos están llenos de agujeros. Y no quiero presentarme con los calcetines destrozados.

—¡Te has vuelto muy presumido! —dijo Diana—. Antes nunca te fijabas en esas cosas.

—No —repuso Nabé, y no quiso decirle que estaba tan orgulloso de sus amigos, que deseaba parecerse a ellos e ir lo más decente posible.

—Será mejor que vayamos a ver a la señorita Ana y le pidamos algo para ti —dijo Roger—. ¡Mira esos perros y «Miranda»! ¡Lo que se va a divertir con ellos!

«Miranda» se había sentado sobre una tapia con una rama muy larga en la mano y pegaba a los perros cada vez que intentaban saltar hasta ella. «Tirabuzón» había decidido considerarla una especie de gato muy particular, y estaba dispuesto a divertirse con ella.

La señorita Pimienta se encontraba en el jardín cortando flores, y se alegró mucho al ver a Nabé.

—¡Tiene los mismos ojos azules y el mismo color tostado! —pensó interiormente al acercarse a saludarle—. ¡Es un muchacho sorprendente!

—Señorita Pimienta —exclamó Roger cuando se hubieron saludado—. Nabé no ha desayunado. ¿Podemos darle algo de comer?

—¡Pues claro! —replicó el aya llevándolos al interior de la casa. «Miranda» fue también, y la señorita Ana, que salía de la cocina al oír las voces, se detuvo petrificada al ver a «Miranda» sobre el hombro de Nabé, y luego, lanzando un grito de terror, volvió corriendo a la cocina cerrando la puerta de un golpe a sus espaldas. Nabé estaba atónito, pero los otros comprendieron lo que ocurría.

—¡Oh, claro, le asustan los monos! —dijo Roger—. Diantre..., lo olvidamos. Señorita Ana..., no se preocupe. Me llevaré a Nabé al jardín y al mono también.

De manera que se llevaron al pobre Nabé al jardín, aposentándole en una mecedora, mientras los demás iban a apaciguar a la señorita Ana y a buscarle algo de comer para el muchacho.

Los perros se quedaron con Nabé. «Ciclón» le había propinado ya más de quinientos lametones, pero aún le reservaba muchos más y el niño tenía que secarse la cara con el pañuelo constantemente.

Luego «Tirabuzón» empezó a exhibirse para llamar la atención de «Miranda». Corrió al interior de la casa y salió a toda velocidad arrastrando una alfombra y cayéndose cuando sus patas traseras pisaron la estera. Lo dejó delante de «Miranda» que no tardó en sentarse sobre ella con toda comodidad.

«Ciclón» les contemplaba celoso, y también desapareció dentro de la casa volviendo a salir con una enorme toalla de baño entre los dientes y la depositó sobre la alfombra. «Miranda» apresuróse a envolverse en ella con aire altivo.

—Guau —ladró «Ciclón» al otro perro antes de marcharse de nuevo y reaparecer con un cepillo. «Miranda» se cepilló vigorosamente con él, y Nabé no podía contener la risa viendo que «Tirabuzón» iba en busca de otra alfombra.

Cuando Roger y los otros trajeron el desayuno a Nabé, la hierba tenía un curioso aspecto sembrada de alfombras, estereras, toallas, un cepillo y una escoba, que «Ciclón», con mucho trabajo, había conseguido arrastrar hasta allí.

—Cielo santo —exclamó la señorita Pimienta—. ¡Mirad lo que han hecho esos perros! ¡Y todo para exhibirse delante de «Miranda»!

Diana fue recogiendo todo, y riendo llevó las estereras, cepillos y toallas al interior de la casa. ¡Aquel par de chuchos! Cuando les acometía la locura nada se salvaba.

Los tres niños comunicaron todas las novedades a Nabé, y el niño les contó los trabajos que había efectuado desde la última vez que les viera, y que les parecieron extraordinarios, a pesar de estar acostumbrados a las andanzas de su amigo circense.

—Ya os dije que estuve encargado de una «troupe» de monos... y «Miranda» me ayudó —explicó Nabé despachando el pan con jamón—. ¡Y cómo les mandaba a todos! Antes tuve que cuidar de un elefante... un elefante enorme.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó la niña.

—«Menudo» —repuso Nabé con una sonrisa—. Era enorme, pero muy dócil y muy listo. No queréis creerlo pero si le ponía hileras de tazas y platos ante él, ¡andaba entre ellos sin tocar ninguno!

—¿Qué más hiciste? —quiso saber Chatín.

—Estuve trabajando para un hombre que tenía dos tiovivos —continuó Nabé—. Aunque fue un trabajo muy pesado, pues tenía que engrasarlos antes de funcionar. No me duró mucho. Aquel hombre era mezquino y de mal carácter. Después encontré un empleo mucho mejor.

—¿En dónde? —preguntó Roger.

—En un teatrillo —repuso Nabé—. En realidad era poco más que un cobertizo que distintas compañías alquilaban para dar sus representaciones. Mi trabajo consistía en encender las luces y cuidar del escenario.

—Ya sé por qué aceptaste ese empleo —dijo Diana de pronto—. ¡Por ver si tu padre iba allí a actuar!

Nabé asintió. Siempre estaba buscando a su padre, pues estaba convencido de reconocerle. Ahora no lamentaba tanto no tener padres, ya que había encontrado tres buenos amigos con los que compartir algunas veces su vida hogareña. Una casa, y una familia representaba mucho para Nabé, que no tenía a nadie. No obstante, sí tenía a «Miranda»... ¡para él lo era todo!

Los niños también le contaron las novedades... que habían tenido la gripe, y que les habían enviado allí para cambiar de aires, y le hablaron del extraño edificio del Antiguo Ayuntamiento, del pasadizo secreto y de la leyenda de las campanas.

—¡Caramba! ¡Ésas deben ser las campanas sobre las que me subí para buscar a «Miranda» en la torre! —exclamó Nabé contándoles a continuación que había un recinto cuadrado encima de las campanas. Luego recordó el curioso incidente de la noche anterior, cuando volvió a ver al hombre que le había llevado en su camión y le había oído hablar con alguien en el edificio del Antiguo Ayuntamiento.

—¿Qué creéis que estaría haciendo a esas horas de la noche? —preguntó engullendo el último bocado de queso y sintiéndose ya satisfecho. Luego bebió un vaso de leche, y sacó su pañuelo para enjugarse los labios. ¡Antes, al no conocer a sus amigos, se hubiera secado con el revés de la mano!

—¡Dios sabe lo que puede tramar cualquiera en este pueblo tan antiguo! —exclamó Roger intrigado—. Y el Antiguo Ayuntamiento está siempre cerrado de noche. ¡Allí no hay nadie!

—Bueno, pues anoche sí había alguien —replicó Nabé—. Y como os digo sé quien era una de esas personas, porque da la casualidad que ese hombre me llevó en su camión. Le dije que deseaba ir a Lillinghame imaginando que nadie se dirigiría directamente a la Aldea de las Campanas, pero al parecer él vino aquí. Debió llegar

en su camión, mientras yo continuaba a pie, sin saber que él iba delante de mí ni a donde se dirigía.

—Es curioso —dijo Diana—. ¿Y dices que además oíste toser a una mujer...? Bien, supongo que ésa debió ser la encargada de enseñar el local, que es tan antipática y da conferencias sobre historia. La que nos enseñó el pasadizo secreto, pero no nos dejó entrar en él.

—Tal vez tenga algo allí dentro que no quiere que nadie lo vea —repuso Nabé—. Después de todo, si es la encargada, puede impedir a la gente que curiosoee por allí... ¡y eso le permite esconder fácilmente cualquier cosa que le venga en gana!

—¿Estás seguro de lo que dices, Nabé? —le preguntó Diana tras una pausa, pues de pronto le parecía que aquello concordaba con la extraña mujer y su muy extraño comportamiento.

—No..., no lo estoy —replicó Nabé dando a «Miranda» un pedazo de naranja—. Lo he dicho por decir. ¿Por qué? Parece que lo has tomado muy en serio.

—¿Sabes?... yo creo que debiéramos examinar ese pasadizo secreto —dijo Roger—. ¡Sólo para asegurarnos de que allí no ocurre nada extraño!



Capítulo XV - Un día maravilloso

Lo señorita Pimienta salió de la casa interrumpiendo aquella interesante conversación, que sostenían los muchachos.

—Nabé, ¿has tenido bastante? —le preguntó—. ¿Seguro? Bien, escucha. Mi prima Ana tiene verdadero pánico a los monos... tanto, que es capaz de desmayarse si «Miranda» se le acerca. Es una lástima, pero es así. De manera que he pensado que como hace tan buen tiempo, podríais ir a pasar todo el día en el campo y llevaros la comida.

—¡Estupendo! —exclamaron Chatín y Roger a una y a Diana se le iluminó el rostro. Nabé se puso en pie cortésmente y sonrió.

—Nada podría agradarme más —dijo—. Y comprendo perfectamente a su prima, señorita Pimienta. De ahora en adelante no pasaré de la verja.

—Me alegro de que sepas hacerte cargo, Nabé —dijo el aya—. La señorita Ana lo siente muchísimo... y os está preparando una espléndida comida y merienda para

que os la llevéis y perdonéis su aversión hacia los monos.

—¡Qué bien! —exclamó Diana muy contenta—. ¿A dónde iremos? ¡Ya sé! Podemos ir al Bosque de las Campanas e ir caminando por el estrecho sendero que vimos ayer hasta la cima de la colina. Será estupendo.

—Guau —ladró «Ciclón» aprobadoramente al oír la palabra «caminando» que consideraba una de las más sensatas del lenguaje de los humanos. «Hueso» era otra y «comida» la tercera. Cualquier conversación en que intervinieran estas tres palabras y además «galleta» y «chocolate», así como «ratas» y «conejos», la entendía y le interesaba muchísimo.

—De paso podemos visitar la antigua casita de la vieja Caperucita Roja en el Bosque de las Campanas —sugirió Chatín, cosa que asombró a Nabé.

—¿Quién dices? Nunca oí hablar de una Caperucita Roja vieja —dijo—. Todas las que he visto en las pantomimas eran jóvenes.

—Bueno, pues ya verás la nuestra —sonrió Chatín—. ¡Y ya te fijarás en sus ojos verdes! Creemos que es la nieta de una bruja.

—No seas tonto, Chatín —replicó Roger—. Diana, ¿por qué no vas a ver si la señorita Ana quiere que le ayudes a preparar los bocadillos? ¡Me parece que habrá mucho que envolver!

Diana se marchó, y la señorita Ana se alegró de verla, dejándola que cortara rodajas de lengua y las fuera colocando en el interior de los panecillos. ¡Vaya montón de estupendos bocadillos!

—¿Habré preparado bastantes? —preguntó la señorita Ana preocupada—. Mi prima dice que coméis el doble cuando vais de excursión, y me ha asustado un poco. No quiero que paséis hambre.

—No tema —repuso la niña contemplando la mesa cubierta de bocadillos, salchichas, huevos duros, pan con mantequilla para acompañarlos, tomates, lechugas, gruesas tajadas de pastel de frutas, un paquete de galletas, barras de chocolate...—. ¡Cielo santo... qué festín!

Impulsivamente la niña abrazó a la señorita Ana.

—Es usted muy buena —le dijo—. Tanto como la señorita Pimienta. Muchísimas gracias.

La señorita Ana se puso roja de placer y añadió una buena porción más de mantequilla a la rebanada de pan que estaba preparando. Le gustaban aquellos niños, a pesar de ser tan ruidosos y traviosos en algunas ocasiones, pero eran educados y tenían buenos modales, y estaban siempre dispuestos a ayudar. No podía por menos que quererles, a pesar de aquel mono; y el recuerdo de «Miranda» le hizo estremecer.

—¿Verdad que procurarás que ese mono no se acerque a mí, Diana? —le dijo temerosa—. ¡Sólo de pensarlo me tiemblan las piernas!

Diana miró interesada las piernas de la señorita Ana, pero no vio nada de

particular... ni siquiera le fallaban como las de Chatín. Luego terminó de llenar el último panecillo con un trozo de lengua.

Habían tantas cosas, que la señorita Ana tuvo que buscar tres mochilas para que las llevaran los niños. Chatín no comprendía por qué Diana no podía llevar la suya, y así se lo dijo.

—Yo llevaré mi parte, Chatín —respondió la niña—. Pero por lo menos deja que la señorita Ana siga creyendo que eres un perfecto caballero, aunque en realidad no sé cómo nadie puede pensar que tú...

Tuvo que callarse, porque Chatín había cogido un almohadón para taparle la boca, y se echó a reír. ¡De todas maneras quién iba a enfadarse aquel día en que habían vuelto a reunirse con Nabé y «Miranda» y teniendo ante sí todo un día de felicidad!

—Espero que no se sienta muy sola, señorita Pimienta —le dijo Chatín amablemente cuando echaron a andar por el jardín.

—¡Oh, será una soledad muy agradable! —le contestó ella—. No te preocupes por nosotros. Lo pasaremos muy bien solitas.

«Miranda» iba sobre el hombro de Nabé como de costumbre, y los dos perros, meneando el rabo furiosamente, correteaban de un lado a otro interponiéndose en el camino de todos. ¡Adivinaban por las mochilas que llevaban los niños que el paseo sería largo!

Desde luego fue un día maravilloso. Los cuatro niños y los animalitos subieron por el Bosque de las Campanas y al llegar al caminito que llevaba a la casita, estuvieron dudando si ir a visitarla entonces, o a su regreso.

—Cuando volvamos —decidió Roger—. Entonces es posible que la vieja Caperucita Roja nos dé un vaso de leche o algo por el estilo. Seguramente tendremos sed.

—De acuerdo —repuso Diana—. Adelante..., por el camino ancho. «Ciclón», eso no es una madriguera, sino el hueco que ha quedado después de arrancar un árbol.

Caminaron por el bosque que estaba sombrío y húmedo aun en aquel caluroso día de mayo. Las campanillas azules mecíanse por doquier formando grupos semejantes a amatistas entre los árboles. Los niños aspiraban el suave aroma, con tanto deleite como los perros el rastro de los conejos.

—¡Mirad cuánta madreSelva, la hay a montones! —exclamó Diana.

Nabé acercóse a la muchacha para contemplar las hermosas flores blancas que temblaban a impulsos del viento. No conocía muchos nombres de flores y le gustaba aprenderlos. ¡Diana sabía tantos! Y le agradaba enseñárselos a Nabé, que era un discípulo dispuesto y con una memoria excelente.

Comieron en la cima de la colina que dominaba el valle. A lo lejos pudieron ver el reluciente canal Bristol, que bajo el sol tenía un brillo plateado, aunque por la tarde se volvería azul.

—Es una comida estupenda —dijo Nabé mordiendo un huevo duro—. ¿Dónde está la sal? ¿Quién se acuerda?

—Yo —repuso Diana entregándole el cucuruchito de papel donde estaba la sal—. Ten cuidado... y no dejes que el viento la desparrame.

Los niños devoraron casi todas las provisiones, dejando muy poca cosa para la merienda.

—Debiéramos dejar de comer —dijo Diana examinando lo que quedaba—. Seguramente tendremos apetito a la hora de merendar y nos lo hemos comido casi todo.

—Tal vez la vieja Caperucita Roja nos dé de merendar —sugirió Chatín.

—¿Por qué iba a darnos de merendar? —dijo la niña—. Yo creo que se asustaría de vernos a los cuatro y con el apetito tan terrible que tenemos. Todo el mundo lo dice.

—Chatín lo ha dicho para poder terminarlo ahora —dijo Roger, haciendo cosquillas a su primo en pleno estómago.

—¡No hagas eso! —exclamó Chatín alarmado—. He comido demasiado para que me gastes esas bromas.

Aquéllas eran las bromas amistosas que a Nabé le gustaban, y que no oyera hasta entonces. La mayoría de sus compañeros de circo eran muy bruscos y descarados, y las personas mayores que tratara no estuvieron nunca dispuestas a bromear. Nabé escuchaba todo con suma atención, disfrutando lo indecible. ¡Qué agradable tener una familia y conocerse tan bien! Y se consideró muy dichoso por contar con aquellos amigos.

Los perros tuvieron su parte en la comida, y «Miranda» se comió un plátano con toda delicadeza, pelándolo sólita. Luego arrojó la piel sobre la hierba.

—¡Vamos, «Miranda», hay que ser educada! —le dijo Nabé en tono severo—. Coge eso en seguida. No hemos de dejar nada en el suelo.

«Miranda» fue a recoger la piel de plátano y luego subió de nuevo al hombro de Nabé deslizándose por el cuello de la camisa y chillando regocijada al oír su grito de protesta. Luego el niño metió en la bolsa de los residuos que guardarían en una de las mochilas, para volverla a casa donde se quemarían.

¡Fue un día largo de asueto, y al dar las tres de la tarde estaban tostados por el sol... todos, menos Nabé, que ya lo estaba tanto que le era imposible tostarse más!

—Es hora de que regresemos —dijo Roger—. ¿Dónde están los perros? Menos mal que las madrigueras no son más grandes, o cualquiera sabe por dónde andarían dentro de esos laberintos subterráneos.

—Nunca aprenden que no pueden entrar por ellos —dijo Diana—. Si yo fuera un conejo, me sentaría en el interior del agujero desde donde pudiera ver el negro rostro de «Ciclón», para reírme en sus propias barbas.

—Eso es probablemente lo que hacen los conejos —replicó Chatín—. Muchas veces me he preguntado por qué insistirá tanto mi perro en escarbar en las madrigueras... probablemente le pone furioso ver al conejo riéndose a poca distancia de sus narices, sin poder pillarlo.

Al fin se acercaron los perros con los hocicos sucios de arena y las lenguas colgándoles casi hasta el suelo. Se acostaron junto a los niños.

—Arriba —les dijo Roger poniéndose en pie—. Emprendamos el regreso. Tenemos que detenernos en la casita de Caperucita Roja, «Ciclón». ¡Cuidado con el lobo!

Caminaron indolentemente por la ladera de la colina hasta llegar al bosque. Ahora las campanillas tenían un azul más profundo y la madreselva estaba inmóvil porque había cesado la brisa. Desde luego apretaba el calor.

—Qué bien me iría un poco de agua —dijo Roger—. ¡Si mi lengua fuera lo bastante larga la llevaría colgando sobre el pecho!

—Aquí está el sendero que conduce a la casita de Caperucita Roja —dijo Diana al fin cuando doblaron un recodo; seguidamente echaron a andar por él hasta ver la casita.

—Sinceramente, diríase salida de un cuento de hadas —repuso la niña al acertarse..., y tenía razón. Parecía tan vieja y ruinoso como las casas de los cuentos. Sus chimeneas eran altísimas, sus ventanas muy pequeñas y con postigos, y las campanillas azules crecían junto a la pequeña cerca que la rodeaba.

—Hay un pozo antiguo en el jardín —dijo Diana señalándolo— ¡Oh, es un lugar encantador! ¡Ojalá esté en casa la vieja Caperucita Roja!



Capítulo XVI - La casita del Bosque de las Campanas

Abrieron la puerta de la pequeña empalizada y echaron a andar por el caminito que conducía hasta la puerta principal que estaba pintada de azul así como los postigos exteriores de las ventanas. Diana llamó.

—¡Adelante! —dijo una voz y la niña abrió la puerta. En el interior había una habitación perfectamente cuadrada con una gran chimenea en un extremo. El suelo era de piedra, y la vieja Caperucita Roja estaba de pie junto al fuego, removiendo el contenido de un caldero.

Pero como no llevaba puesta la capa con caperuza, ya no parecía la niña del cuento. La capa roja estaba colgada de un clavo.

Noemí Barlow miró a los niños con sus ojos verde gris. Ni siquiera éstos resultaban tan verdes como habían imaginado. Sin embargo seguía pareciendo un personaje de cuento con su delantal blanco, su chal rojo y sus cabellos blancos como la nieve.

—¡Vaya! ¡Si son los huéspedes de la señorita Ana! —exclamó—. Sentaos, y os

daré unas galletas hechas por mí. Siento no poder ofreceros leche, ya que debéis tener sed con el calor que hace hoy. ¿Os apetecería un poco de agua fresca de mi pozo?

—Sí, por favor —le contestó Roger en seguida—. ¿Quiere que vaya a sacarla? ¿Hay un cubo sujeto a la cuerda que sube y baja?

—Sí —repuso Noemí y entonces vio a «Miranda» encima del hombro de Nabé—. ¡Vaya con el monito! —dijo abandonando el caldero para acercarse al niño—. Una vez tuve un mono. Un circo que pasó por la Aldea de las Campanas le dejó creyéndole muerto. Yo le cuidé y estuvo viviendo conmigo más de un año.

Y acarició a «Miranda», cosa que despertó los celos de «Ciclón» y «Tirabuzón». Ella parecía estar muy a gusto con los niños, y éstos la querían.

Roger salió con Nabé a buscar agua llevando consigo un gran jarro que le entregara Noemí.

—Qué pozo tan grande para una casa tan pequeña —exclamó Roger sorprendido—. Apuesto a que es muy profundo.

Lo era... tanto que ninguno de los dos pudo ver el agua. Roger cogió una piedra y la tiró tardando algún tiempo en oír el chasquido al caer en el agua. Luego se asomó.

—Es un pozo muy bonito —dijo—. Tiene helechos y toda clase de plantas creciendo a sus lados. ¡Apuesto a que el agua está muy fría!

Entre él y Nabé fueron bajando el cubo hasta que llegó al agua, y luego volvieron a izarlo en tanto la cadena producía fuertes chirridos. Pronto lo sacaron vaciándolo en el gran jarro.

—Tócalo —dijo Nabé—. ¡Está fría como el hielo!

Disfrutaron bebiendo aquella agua fresca y cristalina y comiendo las galletas elaboradas por Noemí, que sabían a canela y eran exquisitas. Les puso algunas en una bolsa para que se las llevaran.

Los niños le pidieron que les enseñara la casita.

—No hay mucho que ver —les dijo la anciana Noemí—. ¡Sólo tres habitaciones diminutas! Ésta es mi cocina y sala de estar, donde guiso y descanso. Y éste es mi dormitorio.

El dormitorio era todavía más pequeño que la cocina. Los niños contemplaron el suelo de piedra pensando el frío que debía hacer en invierno. La cocina era igual, con grandes vigas blancas un tanto desiguales.

—Y ésta es mi despensa —dijo Noemí abriendo la puerta de la cocina y enseñándoles un cuarto semejante a un armario, que lo había convertido en despensa, y allí veíanse toda clase de tarros de embutidos, mermelada, miel, especias y toda clase de cosas. También allí el suelo era de piedra, e incluso en aquel caluroso día de mayo les pareció muy frío.

—Ésta era mi habitación cuando fui pequeña —les dijo la anciana—. Aquí dormí muchos años. Luego murió mi padre, y luego mi madre, y la convertí en despensa.

Los Barlow han vivido aquí años y más años... cuatrocientos, según he oído decir. Pero ya no habrá ningún Barlow más detrás de mí, y es una lástima.

Era una casa extraña, incómoda y vieja, demasiado oscura debido a sus estrechas ventanas, y probablemente demasiado fría, con su suelo de piedra, durante el invierno. Pero Diana dijo después:

—Hay en ella un ambiente encantador, y está llena de viejos recuerdos de tiempos pasados.

—Mamá Barlow debió vivir allí también —dijo Chatín durante el camino de regreso—, me hubiera gustado conocerla. Quisiera saber por qué el abuelo no cesaba de repetir: «Preguntad a Mamá Barlow, preguntad a Mamá Barlow», el otro día cuando queríamos saber a dónde conduce el pasadizo. ¿Por qué tenía que saberlo ella?

—¡Porque probablemente lo utilizaría y debió sorprenderle! —repuso su primo—. Escuchad... ¿y dónde dormirá Nabé esta noche? Yo pensaba que viniera a casa con nosotros, pero no puede ser. Será mejor que preguntemos en el pueblo si hay algún lugar donde pueda dormir.

Y fueron a preguntarlo, primero en las tiendas de la aldea, y luego en las distintas direcciones que les indicaron.

Pero aunque muchos estaban dispuestos a aceptar a Nabé, nadie quiso a «Miranda». En vano Nabé y sus amigos rogaron diciéndoles que era completamente inofensiva, muy cariñosa y bien educada... ¡ninguno quiso tenerla en su casa!

—Tendrá pulgas —dijo uno.

—Morderá a mi niño —dijo otra.

—No soporto a los monos —dijo un tercero.

Y así fueron todas las respuestas... no, no, no, hasta que los niños se desesperaron.

A Nabé desde luego no le importó. Estaba acostumbrado a dormir en cualquier parte..., un carromato, una tienda de campaña, en una cuneta, o en un pajar.

—No os preocupéis por mí —no cesaba de decirles, pero los niños sí se preocupaban. Diana les hizo observar las grandes nubes que volvían a formarse y amenazaban lluvia, como la noche anterior.

—Tienes que encontrar cobijo —insistía Diana.

—Está bien —replicó Nabé—. ¿Qué ocurriría si volviese a dormir en el Antiguo Ayuntamiento? Nadie duerme allí, y no hago ningún daño.

—Bueno —dijo Roger—. No veo por qué no. ¿Qué hora es? Creo que aún estará abierto. Vamos a verlo. Si lo está, pagaremos por entrar y buscaremos un sitio mejor para dormir que esa cama con dosel de que nos hablaste. ¡Podemos dejarte dentro!

La encargada les miró con desagrado al verles aparecer en el vestíbulo después de dejar a los perros bien atados fuera de la casa.

—Es casi hora de cerrar —les dijo.

—Aún faltan cinco minutos —replicó Roger con decisión depositando una moneda encima de la mesa—. Queremos enseñárselo a nuestro amigo.

La guardiana se fijó en el mono.

—¡No podéis pasar con ese mono! —exclamó, pero los niños ya habían echado a andar por el vestíbulo.

—Enseñadme la habitación donde está ese pasadizo secreto —dijo Nabé de pronto—. Me gustaría verlo.

—De acuerdo —convino Roger—. Pero no podemos abrirlo, porque para eso hay que pagar más, y no tengo ganas de volver junto a esa mujer tan antipática. Veamos... ¿qué habitación era?

Pasaron dos o tres hasta encontrar la reducida estancia donde se abría el pasadizo secreto, y Roger mostró a Nabé el gran tapiz que se corría a un lado abriendo un panel diminuto que había que presionar para mover el resorte que liberaba el panel mayor.

—¡Parece la casa construida por Jack! —exclamó Nabé sonriendo—. Mover el tapiz, abrir un panel para mover el resorte que corre otro panel, y...

—Resulta un poco complicado —dijo Roger—. Voy a deciros una cosa... un día vendremos a explorar el pasadizo, aunque no sé cómo nos las arreglaremos para no despertar las sospechas de la guardiana.

—Entonces tendremos que venir una noche —repuso Nabé, y Diana se estremeció.

—¡Espero que a las campanas no se les ocurra tocar precisamente entonces! —dijo la niña.

—No tocarán. ¡No somos enemigos! —exclamó Chatín—. Oíd... será un poco aventurado... ¿no?... explorar un pasadizo secreto de noche.

—Creo que esta noche dormiré en esta habitación —dijo Nabé mirando a su alrededor—. Hay un gran diván con almohadones... aunque parece bastante duro... y podría cubrirme con ese tapete que hay sobre la mesa. ¡No sabéis lo que abrigaba el de anoche! Aquí estaré más cómodo.

Una voz airada gritó desde el vestíbulo:

—¡Voy a cerrar! ¿Queréis salir, u os encierro dentro?

—No imagina siquiera que uno de nosotros quiere que le encierren aquí —susurró Chatín regocijado—. Hasta la vista, Nabé. Que duermas bien. Te veremos por la mañana.

—Toma las galletas de la vieja Caperucita Roja para que te sirvan de cena —dijo Diana poniendo en su mano la bolsa de papel—. Y aquí tienes el chocolate que ha sobrado. Mañana por la mañana ven a casa de la señorita Ana y espera fuera. Te daremos el desayuno.

—Gracias —replicó Nabé agradecido. Los otros salieron rápidamente de la habitación y miraron hacia el vestíbulo. Oyeron a la guardiana que estaba cerrando la puerta de atrás. Ahora era el momento de salir, antes de que se diera cuenta de que eran sólo tres los que salían.

—¡Buenas noches! —gritó Roger con voz estentórea, y Diana y Chatín le imitaron. ¡Parecía que salieran una docena de niños!

La mujer no contestó, y ellos salieron rápidamente sonriéndose, burlones. ¡Qué sencillo! Desataron a los impacientes perros y echaron a andar hacia la casa de la señorita Ana.

—Nabé estará muy bien en esa pequeña habitación —dijo Roger mirando el cielo amenazador—. ¡Empiezan a caer las primeras gotas! ¡Corramos!

Y allá fueron contentos al pensar que Nabé y «Miranda» no tendrían que dormir al raso. Llegados a la casa a todo correr fueron recibidos por la señorita Pimienta.

—¡Llegáis a tiempo! —les dijo—. Temía que os cogiera la tormenta. ¿Habéis tenido un buen día?

—¡Maravilloso! —exclamó Diana—. ¿Dónde está la señorita Ana? ¡Queremos decirle que la comida estaba estupenda!

—Imponente —dijeron los niños a una—. ¡Nos lo comimos todo!

—¿Qué se ha hecho de Nabé y «Miranda»? —preguntó la señorita Pimienta cuando entraron—. Espero que le hayáis encontrado alojamiento.

Roger sonrió.

—Sí... estará muy cómodo, señorita Pimienta. ¡Tiene una habitación muy bonita para él solo, y podrá dormir sin que nadie le moleste!



Capítulo XVII - A medianoche

¡Desde luego que Nabé tenía una habitación muy bonita para él solo! Y además estuvo muy contento de encontrarse allí al oír el estampido de los truenos y el repiqueteo de la lluvia. La guardiana se había marchado cerrando la puerta principal con gran estrépito, y ahora se encontraba completamente solo con «Miranda».

Nabé aguardó hasta oír el portazo de entrada, y luego se puso en pie. ¡Aún no quería acostarse! Y se preguntó si habría por allí algún libro que leer.

Había estado acurrucado junto a un arcén en espera de que se marchara la guardiana, dispuesto a abrirlo y esconderse dentro en cuanto la oyera acercarse, pero no se acercó. Al parecer creyó que todos los niños se habían marchado y que el edificio estaba vacío.

—Y ahora soy dueño y señor del Antiguo Ayuntamiento —exclamó Nabé en voz alta mientras paseaba por lo gran mansión. Fue hasta la cocina, maravillándose ante los enormes fogones que allí había. ¡Qué comidas debían haber preparado allí en

otros tiempos! Dirigióse hacia el gran grifo de la fregadera y lo abrió sin esperar que saliera agua.

Pero inmediatamente un gran chorro de agua fría salpicó la fregadera. Nabé encontró un jarro antiguo en un estante y se dispuso a llenarlo. Estuvo bebiendo mucho, ya que la noche era calurosa y tenía mucha sed. Luego secó el jarro y lo dejó en su sitio. Suponía que aquella agua era para que la utilizase la guardiana. ¡Qué suerte para él!

Encontró algunos libros en una habitación que semejaba una biblioteca. ¡La verdad es que allí había unos dos mil volúmenes! Las paredes estaban cubiertas de estanterías desde el suelo al techo, con la mayoría de libros encuadernados en piel. Sus colores estaban ya desvaídos, dando la impresión de no haber sido leídos jamás.

Nabé sacó un par que estaban impresos en caracteres antiguos que le resultaron muy difíciles de entender. Volvió a colocarlos en su sitio, observando que tenían mucho polvo. ¡La guardiana debería limpiar un poco mejor! ¡Cuánta suciedad!

Se aburría solo y se alegró de sentir sueño. Comióse todas las galletas y el chocolate que Diana le diera, y luego tomó otro trago de agua. También dio de beber a «Miranda», así como las pasas de costumbre.

—Y esta vez no me tires las pipas por el cuello, ni tampoco las escupas por cualquier parte —le dijo—. Ponías en tu mano y luego me las das.

Y por esta vez «Miranda» se portó como una personita educada, recogiendo cada semilla en su manita morena y entregándosela a Nabé con toda solemnidad, que con el mismo aire las iba depositando en un cenicero que había encima de una de las mesas.

Cuando era ya casi de noche, cogió el tapete de la mesa, llevándolo hasta el gran diván y se acostó, después de colocar los almohadones a modo de cabecera. El tapete era pesado y caluroso... demasiado, ya que al cabo de un rato tuvo que apartarlo.

«Miranda» se acurrucó en el interior de su chaqueta, introduciendo sus manilas en su camisa, cosa que a él le gustaba y le sopló suavemente encima de la cabeza.

—Buenas noches, «Miranda». ¡Que duermas bien y no nos despertemos hasta mañana!

Pero se equivocaba.

«Miranda» fue la primera en despertarse y permaneció inmóvil acurrucada junto a Nabé aguzando el oído. ¿Qué era lo que la había despertado? Permaneció a la escucha y luego volvió a acomodarse, pero antes de quedarse dormida una vez más, sus orejas se irguieron. Esta vez salió de la chaqueta de Nabé y sentándose sobre la cabecera del diván empezó a parlotear muy quedamente.

De esta manera despertó a Nabé que se incorporó buscando a «Miranda». ¿Adónde habría ido? Al oír sus cuchicheos tan cerca, alargó la mano para cogerlo y ella se refugió en seguida en sus brazos.

—¿Qué es lo que te ha despertado, «Miranda»? —susurró Nabé—. Algo te inquieta. ¿Qué es? Es medianoche. ¿Oíste algún ratón?

La brisa de la noche llevó hasta ellos el tañido del reloj de la iglesia dando las horas a lo lejos. Dong... dong... dong.

Las tres —dijo el niño—. Aún queda mucho tiempo hasta mañana. A dormir.

Y entonces también él oyó un ruido, aunque al principio creyó que eran imaginaciones suyas. Luego volvió a repetirse. ¿Dónde sonaba? En aquella habitación no... Era un ruido muy curioso y se dejaba oír a intervalos. ¿Qué podría ser aquello?

Nabé decidió que no podía venir de aquella habitación, y buscando en su bolsillo la linterna que le prestara Roger, la encendió. El haz de luz iluminó la habitación que estaba vacía. Allí no había nadie.

El ruido se volvió a oír, y Nabé al escucharla comprobó que llegaba hasta allí ahogado y por consiguiente debía sonar a cierta distancia, pero desde luego en el interior del edificio. Se levantó para ir a investigar.

El ruido no podía oírse fuera de la reducida habitación donde dormía. No tardó en convencerse, y la fue recorriendo cuidadosamente deteniéndose a escuchar de cuando en cuando.

Llegó a un punto donde el ruido se oía con más fuerza, y dirigió la luz de la linterna para iluminarlo. Era en el panel que Roger le indicara como el que abría el pasadizo secreto, y acercó el oído.

Entonces pudo oír el ruido mucho mejor, al sonar éste. Era un sonido extraño, a intervalos bastante regulares, pero demasiado lejano para poder precisar si era producido por una máquina, un ser humano, un animal, o por el agua...; en realidad Nabé no supo definirlo. Sonaba espasmódicamente, pero era siempre igual... una serie de golpes rápidos espaciados más o menos regularmente. Nabé supuso que provenían del pasadizo secreto, y que se alteraban bastante antes de llegar hasta él... a causa de la distancia, y de la profundidad del pasadizo.

No sabía cómo abrirlo, de manera que no pudo averiguar nada. Volvió a tenderse sobre el diván con «Miranda».

—Será mejor que durmamos —dijo a la monita—. No es probable que descubramos nada, por más que nos pasemos horas y horas escuchando esos ruidos. Pero... creo que debemos examinar ese pasadizo, «Miranda». ¿Qué crees tú que habrá ahí?

«Miranda» no tenía la más remota idea y volvió a acurrucarse junto a él para dormir. Nabé también se durmió y, si siguieron sonando o no aquellos ruidos, no lo sabía ni le importaba.

Nabé despertó a buena hora por la mañana, levantándose con sumas precauciones por si acaso la guardiana había llegado temprano, pero el edificio estaba

silencioso. Ni siquiera se oía el ruido misterioso que oyera en plena noche.

Preguntóse si lo habría soñado. No, no era posible, lo recordaba demasiado bien.

Fue hasta la cocina para refrescarse la cara debajo del grifo y beber un poco de agua.

«Miranda» simuló acercar sus manilas al grifo, pero no se las mojó. ¡No le gustaba el agua!

—Eres una comedianta —le dijo Nabé secándose en su gran pañuelo rojo—. No, no voy a secarte las manos cuando ni siquiera te las has mojado. Cuando te las laves como es debido entonces te las secaré.

Volvió a la habitación donde había dormido para asearla, y puso el tapete de nuevo sobre la mesa preguntándose si la guardiana se extrañaría al verlo tan arrugado. Aunque no creía que se fijara mucho a juzgar por la cantidad de polvo que dejaba por todas partes.

Fue al vestíbulo a esperar que llegara, pues no quería salir por la puerta de atrás para no despertar sus sospechas cuando la encontrase abierta.

Se escondió detrás de un arcén y esperó. Ahora no tardaría en llegar. Efectivamente, al cabo de un rato oyó sus pasos que se acercaban por el patio exterior y el ruido de la llave al ser introducida en la cerradura.

Tan pronto como ella hubo penetrado en una de las habitaciones, Nabé salió apresuradamente con «Miranda». Nadie le vio, y una vez hubo llegado ante la casa de la señorita Ana, se detuvo esperando.

Chatín corrió hacia él.

—¡Nabé! Te estaba esperando. Estamos terminando el desayuno y voy a sacarte una bandeja con el tuyo. Me ha dicho la señorita Ana que puedes sentarse en el jardín si prometes que «Miranda» no se aparta de tu hombro.

Cuando los otros salieron después de desayunar, Nabé les contó su curiosa experiencia de la noche anterior.

—No puedo adivinar qué sería —les dijo—. Era un ruido especial. No sé cómo definirlo, y no obstante, me parece haberlo oído muchas veces. Claro que la profundidad del pasadizo debe hacer que suene diferente a la realidad.

Sus amigos le escucharon asombrados y excitadísimos.

—¿De verdad sonaba detrás del panel, Nabé? —le preguntó Roger—. ¿Entonces qué habrá ahí abajo? Esa mujer dice que está tapiado, de manera que lo que sea ha de estar cerca.

—Pues sonaba bastante lejano —replicó Nabé—. ¿Estáis dispuestos a explorarlo?

Lo estaban... aunque Diana parecía un poco nerviosa. Chatín se sentía muy valiente bajo la brillante luz del sol discutiendo ruidos y sucesos misteriosos y nocturnales... ¡pero no pudo por menos de preguntarse si lo sería tanto a medianoche!

—Esa mujer no nos dejará bajar de día, eso es seguro —contestó Roger—. Lo que significa que tendremos que explorarlo después de que se haya marchado a su casa, pero no podremos hacerlo antes de cenar, ya que la señorita Pimienta querría saber a dónde íbamos. Lo mejor será que vayamos después, cuando nos supongan acostados.

Lo estuvieron discutiendo con toda solemnidad, decidiendo que lo mejor era ir después de cenar. La señorita Ana y el aya se acostaban temprano, o eso de las nueve, y los niños podrían volver a vestirse y salir con toda facilidad, sin que nadie se enterase.

—Bien —exclamó Nabé terminando su desayuno—. Entonces quedamos de acuerdo. Iremos esta noche a las nueve y media, y realizaremos todas esas operaciones..., mover el tapiz que descubre el panel que acciona el resorte que liberta el panel que abre el pasadizo que desciende y conduce a...

—¿A dónde? —exclamaron los otros ansiosamente, mas Nabé meneó la cabeza.

—No sé más —les dijo—. Espero que esta noche conozcamos el resto de la historia. Ahora si vosotros tenéis que hacer algunas cosas para la señorita Ana, yo me llevaré a los dos perros a dar un paseo. ¡Me van a arrancar la chaqueta! Está bien, está bien, «Ciclón» y «Tirabuzón». ¡Os llevaré de paseo para ver si adelgazáis un poco!

Y se alejó con los dos perros silbando con su habilidad acostumbrada, y los otros fueron a ayudar en los trabajos de la casa.

«¡Esta noche... a las nueve y media!», pensó Diana estremeciéndose ligeramente. «¡Qué emocionante..., pero estoy un poco asustada!».



Capítulo XVIII - En el pasadizo secreto

Aquella noche, a las nueve y media el aya y la señorita Ana estaban ya acostadas, y los niños dispuestos a marcharse, discutían si llevar o no a «Ciclón».

—¿Ladrará si no le llevamos? —susurró Diana.

—Sí —le contestó Chatín también en voz baja—. Será mejor que se venga con nosotros. Le llevaré en brazos para que no haga ruido al bajar la escalera.

Así, pues, «Ciclón» fue bajado en brazos y se portó muy bien, a pesar de su extrañeza. «Tirabuzón» dormía sobre un almohadón en el dormitorio de la señorita Ana, que por fortuna estaba al otro lado de la casa, por eso no oyó nada.

Todos exhalaban un suspiro de alivio cuando viéronse a salvo en la carretera y emprendieron la marcha bajo la luz de la luna. No tardaron en llegar al Antiguo Ayuntamiento y Nabé les abrió la puerta principal, que luego cerró silenciosamente.

—¿Has vuelto a oír ruidos? —le preguntó Chatín, pero Nabé negó con la cabeza.

—No. Esta noche no. Ni el menor ruido. Vamos, no perdamos tiempo.

Y se dirigieron a la habitación donde Nabé había dormido la noche antes y donde se encontraba la entrada del pasadizo secreto. Todos llevaban linternas y con ellas iluminaron el gran tapiz que colgaba de la pared.

—¿Ves que la figura tiene el yelmo alzado sobre la frente? —dijo Roger en voz baja—. Bien, pues mira... apretando aquí... ya verás lo que ocurre.

El cuadro se corrió silenciosamente hacia un lado, dejando al descubierto el panel pequeño. Roger lo presionó y éste dejó un hueco al descubierto en el que introdujo la mano para accionar el resorte que descorrió el panel mayor algo más alejada, con un chirrido muy curioso.

Nabé se sobresaltó.

—Éste es el resorte que abre el otro panel para que podamos correrlo —susurró Diana y se acercaron a él. Roger lo empujó con fuerza y ante la sorpresa de Nabé, éste se fue corriendo hacia un lado introduciéndose limpiamente debajo del panel antiguo, en tanto dejaba al descubierto la abertura profunda que venía a ser la entrada del pasadizo secreto.

«Ciclón» lanzó un ligero aullido, pues no comprendía todas aquellas extrañas maniobras a la luz de las linternas eléctricas.

—Cállate —le dijo Chatín tapándole la cabeza—. No hagas el menor ruido, «Ciclón».

Roger introdujo su linterna en el agujero para tratar de ver el pasadizo, pero sin distinguir otra cosa que un camino estrecho y oscuro.

—¿Entramos ahora a explorarlo? —susurró Roger—. ¡Todo está silencioso..., no se oye el menor ruido!

—Bien... tú primero, Roger, luego puede ir Diana, después Chatín y yo os seguiré con «Ciclón» —dijo Nabé—. Es tan estrecho que tendremos que ir en fila india.

Roger se metió por el hueco levantando la pierna por encima del marco del panel y quedó de pie en medio del pasillo, que olía a polvo y humedad. Avanzó un poco y los otros le fueron siguiendo al interior del pasadizo y Chatín tomó en brazos a su perro.

¡Qué asombrado estaba «Ciclón» con los sucesos de aquella extraña noche!

—¿Dónde está «Miranda»? —susurró Chatín.

—No podía venir con nosotros —le contestó Nabé—. Se hubiera asustado. Estará bien en esa habitación hasta nuestra vuelta.

El pasadizo era muy estrecho y oscuro y corría paralelo a la habitación por espacio de unos dos metros y luego torcía bruscamente hacia la izquierda y desde allí iba descendiendo por medio de unos escalones muy superficiales. Fueron bajando, bajando, bajando...

Roger iba a la cabeza llevando su linterna de manera que iluminara lo que había

ante él. Una vez se detuvo y todos tropezaron con él.

—¿Qué ocurre, Roger? —le preguntó Diana con mucha ansiedad.

—Mirad —replicó su hermano iluminando con su linterna dos puertecitas de madera que cubrían un agujero en la pared del pasadizo—. ¡Un armario! ¡Tal vez sea el mismo en cuyo interior el abuelo encontró los libros y la arqueta tallada!

Las abrió, esperando encontrar el armario vacío, pero no lo estaba, y su contenido era bastante sorprendente. No se trataba de nada antiguo, sino de algo muy nuevo y moderno. Había pilas eléctricas, velas, una lata con aceite de parafina, una linterna y cerca de una docena de cajas de cerillas.

—¡Qué extraño guardar esas cosas ahí dentro! —exclamó Diana contemplándolas—. Supongo que las dejarían aquí cuando tapiaron el pasadizo... debieron tal vez utilizarlas antes de que el techo se hundiera cegándolo.

—Eso fue hace mucho tiempo —repuso su hermano Roger, cerrando el armario con aire pensativo antes de reemprender la marcha. El pasadizo se había ensanchado considerablemente después de torcer a la izquierda. Roger tuvo que reconocer que ahora era más bien un túnel subterráneo. Posiblemente habían dejado la casa atrás y ya no estaban debajo de ella. La guardiana les dijo que pasaba por los sótanos, que sin duda estaban debajo del edificio a todo lo largo.

De pronto volvió a detenerse con el consiguiente tropiezo general, y lanzó una exclamación. El perro aulló varias veces.

—Podías avisar cada vez que te detienes de improviso —gruñó Chatín entre dientes—. ¿Qué ocurre ahora? Sigamos, sigamos.

Roger iluminaba con su linterna una pared de ladrillos que se alzaba ante él y que cubría todo el hueco del túnel desde el suelo al techo.

—Aquí está la pared de que nos habló esa mujer —dijo—. ¡Entonces el pasadizo esto tapiado! ¡Mirad! ¡No podemos seguir adelante!

Aquello era descorazonador. Ninguno de ellos había creído realmente que aquella mujer les dijera la verdad, pero era cierto. ¡Allí estaba la pared! Si el pasadizo secreto continuaba debía ser al otro lado de ella, y les dijo que allí se había hundido el techo.

—¡Qué chasco! —exclamó Chatín.

—¿Y qué me decís de los ruidos que oyó Nabé? No hemos encontrado nada que los produjera —susurró Roger extrañado.

—Es curioso —repuso Nabé—. ¿Entonces de dónde debían venir?

—Regresemos —dijo la niña—. No me gusta el olor que hay aquí.

Y se dispusieron a emprender el regreso dando la vuelta, de manera que esta vez fue Nabé en cabeza. Pasaron por delante del armario, pero no volvieron a abrirlo. Luego llegaron al recodo del pasadizo y unos instantes después penetraban de nuevo en la habitación de donde habían partido.

Roger volvió a correr el panel hasta que quedó en su sitio, mientras se oía un

chirrido. Era el resorte que impediría que nadie volviera a abrirlo a menos que presionaran el pomo escondido tras el tapiz. Después cerró el panel pequeño, preguntándose cómo volver el cuadro a su posición normal, y como no pudo averiguarlo tuvo que dejarlo fuera de sitio.

—Tal vez la guardiana piense que fue ella quien lo dejó así, si lo nota mañana —dijo Diana—. Vaya... qué desilusión. No sé exactamente qué es lo que esperaba encontrar, pero esperaba algo. ¡Ni siquiera hemos oído ninguno de los ruidos que oyera Nabé!

—¡Chiss! —siseó Nabé de pronto—. Creo que he vuelto a oírlos. ¡Callaos todos!

Quedaron inmóviles escuchando atentamente. Sí, se oía ruido... unos sonidos rápidos y regulares, muy lejanos y profundos. Parecían venir del pasadizo secreto, ahogados por la distancia.

—Ahí tenéis —les dijo Nabé—. Empezaba a creer que lo había soñado..., pero no fue así.

Y entonces, repentinamente, se oyó otro ruido... distinto por completo... como si... ¡como si una de las campanas de la torre se hubiera movido y el badajo la hubiera golpeado!

—Ha sido una campana —susurró Diana—. Y ha sonado en la torre. ¡Oh, no me digáis que las campanas van a tocar solas!

Y esto es lo que ocurrió. ¡Las campanas empezaron a voltear en la torre! Diana se agarró a Roger con tal fuerza que le clavó las uñas en el brazo. «Ciclón» gruñía sordamente muy alarmado.

Las campanas dejaron de tocar repentinamente, y el eco se fue extinguiendo, mientras Diana sentábase temblando en el diván. Chatín estaba como petrificado y no podía moverse, y Nabé y Roger cuchicheaban entre sí.

—¿Quién las tocará? Aquí no hay nadie más que nosotros.

—Y tampoco hay cuerda de la que tirar. ¿Por qué han tocado así, de pronto?

—Antiguamente dicen que lo hacían cuando se aproximaban enemigos. ¡No es posible que las campanas nos consideren enemigos! ¡Es imposible que toquen de tal manera por nosotros!

—Las campanas no pueden tocar solas —dijo Roger tratando de convencerse a sí mismo. ¡Pero habían sonado sin que nadie las tocara! Los niños las acababan de oír; era indudable.

Un ligero rumor les dio un susto tremendo.

—¡Oh..., pobrecita «Miranda»! —dijo Diana cogiéndola en sus brazos—. ¿También te han asustado las campanas?

—¿No os parece que debiéramos atrevernos e ir a la torre cuadrada, para ver si alguien ha atado cuerdas para tocarlas? —preguntó Roger al cabo de un rato.

Se habían sentado todos en el diván y trataban de sobreponerse a su miedo.

—Yo no voy —replicó Chatín en el acto—. ¡Podrían volver a sonar y el susto sería doble!

—Yo iré a ver —dijo Nabé echando a andar, y Roger le siguió aunque de mala gana.

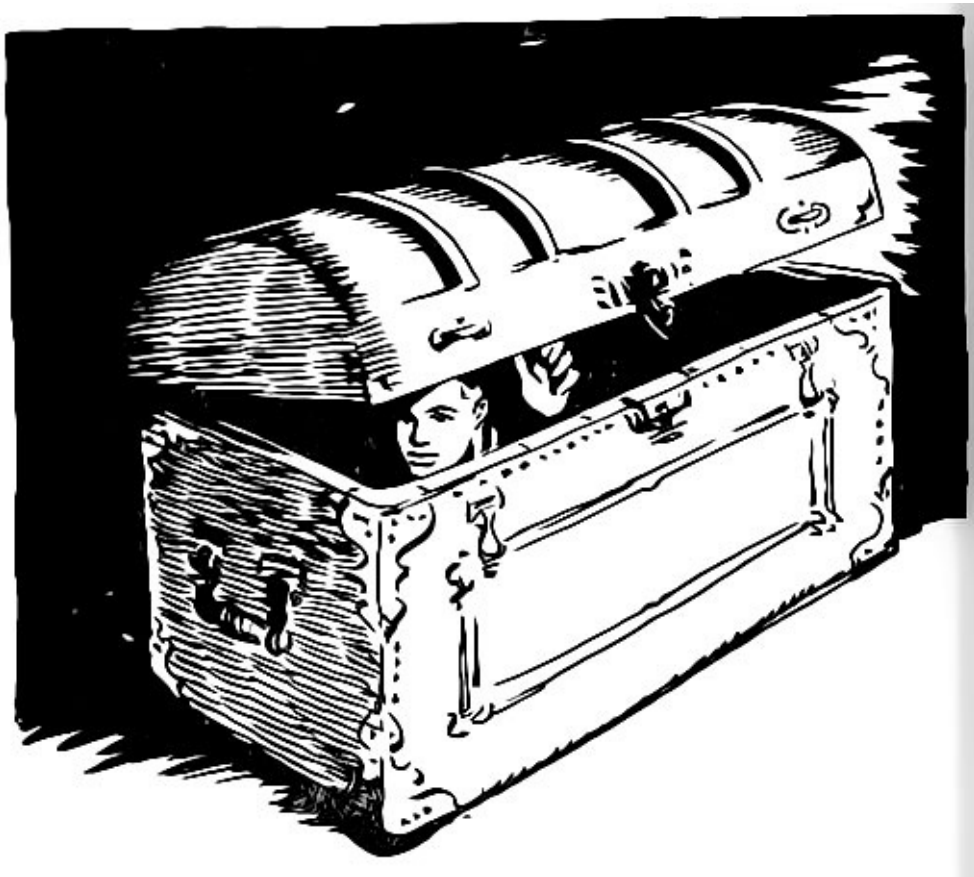
No tardaron en regresar.

—No hay cuerda que valga —les dijo Nabé—. Y las campanas están completamente quietas. No se ve nada de particular. Bueno... no sé quiénes serán los enemigos..., no he visto ni oído a ninguno. ¡Esta vez las campanas se han equivocado!

—Escuchad —dijo la niña—. Oigo algo. Sí... en el vestíbulo.

Escucharon con suma atención y oyeron el ruido de una llave al ser introducida en la cerradura de la puerta principal... luego al ser abierta... voces... pasos... Y la puerta volvió a cerrarse en silencio.

—¡Las campanas tenían razón! —susurró Chatín.



Capítulo XIX - Todo es muy extraño

—¡Tenemos que escondernos! —exclamó Nabé—. Pueden entrar aquí.

Afortunadamente los pasos se dirigieron hacia la cocina, y los niños oyeron el correr del agua mientras miraban desesperados a su alrededor. No se atrevían a salir de allí por miedo a ser vistos.

En un rincón había un arcén grande, y en otro uno más pequeño. Nabé levantó la tapa del mayor.

—Meteros aquí —les susurró—. Aquí hay sitio para tres. Yo me esconderé en el otro con «Miranda».

Obedecieron apresuradamente procurando hacer el menor ruido posible. Chatín arrastró al pobre «Ciclón», tapándole la cabeza con ferocidad, cada vez que se mostraba dispuesto a gruñir. Nabé se refugió dentro del otro arcén, pero «Miranda» negóse a imitarle y se alejó en la oscuridad. No le gustaba verse encerrada en ninguna parte.

Nabé exhaló un gemido ahogado. ¡Ojalá «Miranda» no tropezara con el «enemigo»! ¿Qué diantre estarían haciendo allí aquella gente a aquellas horas de la noche?

Acababan de esconderse cuando se oyeron pasos que entraban en la habitación. Eran dos personas.

—¿Dónde está? —preguntó una voz masculina.

—Te llevaré Junto a él —respondió una voz de mujer... ¡la guardiana! Nabé alzó la tapa del arcén sólo un milímetro y se dispuso a escuchar.

Percibió el chirrido del resorte oculto tras el panel y que liberaba el mayor. Ah..., entonces es que iban a bajar por el pasadizo secreto. ¿Por qué? Si no conducía a ninguna parte y estaba tapiado a poca distancia. Nabé sintióse intrigado. Al parecer la mujer no había reparado en que e) tapiz no estaba en su sitio, lo cual era un alivio.

Pudo verla gracias a la linterna de aquel hombre. A él no le vio muy bien, pero observó que llevaba un maletín o algo parecido a un pequeño neceser. Su voz era profunda y tosca, y al parecer estaba descontento.

De pronto «Ciclón» gruñó sordamente desde las profundidades del arcén, y la mujer y el hombre quedaron como petrificados.

—¿Qué habrá sido eso? —dijo el hombre al fin—. ¡Qué ruido más espeluznante!

De encima de sus cabezas les llegó un ligero cuchicheo. Era «Miranda», naturalmente, que le estaba diciendo a «Ciclón» que se callara. Al oírla el hombre y la mujer pegaron un respingo y elevaron la linterna hacia el techo, pero la monita había desaparecido, y empezó a parlotear desde el extremo opuesto de la habitación.

«Ciclón» volvió a gruñir siendo inmediatamente acallado por Chatín.

—Otra vez ese horrible ruido —dijo el hombre—. Es suficiente para poner la carne de gallina a cualquiera. ¿Qué le ocurre a este lugar?

—Nada —replicó la mujer con voz temblorosa—. Nunca había oído esos ruidos. Pero no puede ser nada... sólo... sólo mochuelos o algo por el estilo.

—Las lechuzas no producen esos ruidos que hielan la sangre —dijo el hombre iluminando con su linterna la entrada del pasadizo—. Bueno, vamos... ¿de verdad hemos de entrar ahí?

De pronto la mujer lanzó un grito, y Nabé casi deja caer la tapa del arcén ante la sorpresa. ¿Qué estaba ocurriendo?

«Miranda» acababa de sentarse sobre un estante cerca de la cabeza de la mujer y le había tirado del pelo. No era de extrañar que hubiera gritado.

Con su grito asustó al hombre, que se puso furioso.

—¡Basta! —gruñó—. Nos estamos poniendo muy nerviosos. ¿Qué ocurre ahora?

—Al... al... alguien me ha tirado del pelo —tartamudeó la mujer.

—Y yo haré lo mismo si no dejas de hacer comedia —replicó su acompañante y dándole un empujón la obligó a entrar en el pasadizo secreto con más rapidez de lo

que ella hubiese querido. Luego la siguió. Nabé pudo oír sus pasos que se alejaban bajo tierra, y saliendo a toda prisa del arcón acercóse a la entrada del pasadizo para escuchar.

Pero no pudo oír más que un ruido como si rascasen. Todo era silencio. ¿A dónde habría ido aquel par?

Fue corriendo hasta el otro arcón para abrirlo.

—Vamos —les dijo—. Ahora es el momento de escapar. Se han ido por el pasadizo secreto. Dios sabe a dónde y por qué. Es mejor que nos vayamos. Esto no me gusta nada, en absoluto.

Los otros se alegraron de abandonar su escondite, y cerrando de nuevo el arcón corrieron silenciosamente, gracias a las suelas de goma de sus zapatos, en dirección a la puerta y al llegar al oscuro vestíbulo, Nabé consideró que para saber donde estaba la puerta debía encender su linterna aunque sólo fuera un segundo.

Alcanzaron la puerta principal que Nabé abrió silenciosamente, y tuvo que dejarla abierta porque no quiso arriesgarse a que al cerrarla hiciera ruido, y acto seguido advirtió a los otros:

—Tened cuidado. Puede que haya un coche esperando y no es conveniente que nos vean.

Observó la calle con atención descubriendo una lucecita roja... ¡la luz posterior de un automóvil!

—Iremos a dar la vuelta por detrás de la casa —susurró—. Podemos deslizarnos por entre el seto y continuar campo a traviesa. Vamos. ¡No hagáis ruido!

Todos respiraron más a gusto cuando estuvieron algo alejados, después de salir por entre el seto que rodeaba la casa del Antiguo Ayuntamiento. «Ciclón» estaba perplejo. ¿Qué clase de juego era aquél que se jugaba de noche? Estaba cansado de que Chatín le tapara la cabeza cada vez que quería gruñir.

—No digáis nada hasta que estemos en casa de la señorita Pimienta —dijo Roger en voz baja. Así que los cuatro, pensando que tal vez les estuvieran espiando desde cada seto, regresaron apresurada y silenciosamente.

Se dirigieron a un pequeño cobertizo que había en el jardín de la señorita Ana para hacer comentarios sobre lo ocurrido.

—Vaya una noche —exclamó Roger exhalando un profundo suspiro de alivio al verse en lugar seguro—. Las campanas tocando de esa manera... y luego ese hombre y esa mujer aparecen exactamente como si fueran los enemigos anunciados por las campanas.

—Quisiera saber si las habrá oído alguien más..., los aldeanos por ejemplo —dijo la niña.

—Algunos es posible que sí —respondió Roger—. Pero la aldea está algo apartada... y como las campanas han sonado como si no se movieran... como si

hubieran sido golpeadas enérgicamente y al mismo tiempo, no han sonado tan fuerte como si hubieran tirado de sus cuerdas con toda normalidad... más que doblar, vibraron.

—Lo han hecho lo mejor que han podido —replicó Diana muy seria—. Yo estaba asustadísima. Supongo que el «enemigo» no las oiría porque llegaron en automóvil y aun debían estar lejos. Me pregunto si se hubieran atrevido a entrar en el ayuntamiento de haberlas oído.

—Claro que no —repuso Roger—. ¡Qué campanas tan inteligentes... avisarnos a nosotros y a ellos no! Oíd... esto es muy extraño, ¿no os parece? ¿Qué habrá en el interior del pasadizo secreto?

—Querrás decir quién está allí —contestó Diana—. Ese hombre dijo: «¿Dónde está?», y ella le respondió: «Te llevaré hasta él». Allí abajo hay alguien.

—Pues no sé dónde —exclamó Roger—. Llegamos hasta la pared de ladrillos, y no encontramos a nadie. Y que yo viera no había ningún otro pasadizo, ni cueva, ni nada parecido. Sólo es un túnel.

Se hizo un silencio. Todos pensaban por su cuenta.

—¿Volveremos otra vez a ese pasadizo para echar otro vistazo? —preguntó Roger al fin.

—No —fue la respuesta unánime y resuelta. La idea de volver a bajar allí de noche, con la perspectiva de que las campanas volvieran a sonar en cualquier momento, no les seducía.

—Voy a deciros lo que podemos hacer —exclamó Chatín de pronto—. Podríamos intentar descubrir el otro extremo del pasadizo secreto y explorarlo hasta el otro lado de la pared de ladrillos.

A todos les pareció una idea excelente, y Roger dio una palmada en la espalda a su primo.

—Eso sí que es una buena idea —le dijo—. Entonces tal vez descubramos algo.

—Sí..., pero aguardad un momento. No sabemos dónde buscar el otro extremo del pasadizo —dijo la niña después de reflexionar unos instantes.

—Volveremos a preguntarle al abuelo —exclamó Roger prontamente—. Quizás esta vez nos lo diga.

Diana bostezó en el momento en que el reloj de la iglesia daba las doce con toda solemnidad.

—Debiéramos irnos a la cama —dijo la niña—. Mañana por la mañana no habrá quien nos despierte. ¿Dónde dormiré Nabé? No puede volver al ayuntamiento.

—Ni creo que tampoco quiera —replicó Chatín—. Yo por lo menos no volvería.

—Pues yo tampoco —repuso Nabé—. Esas campanas me han dado un buen susto. No acabo de entenderlo. La pobrecilla «Miranda» está tan asustada que no se ha movido desde que la metí dentro de mi camisa. ¡Debió estar a punto de

desmayarse al oírlas tocar!

—Yo también estuve a punto de desmayarme —dijo Chatín—. Bien, ¿qué hacemos con Nabé? ¿No podría dormir aquí esta noche? ¿En este cobertizo?

—Sí... por esta noche, creo que sí —repuso Roger tras ligera reflexión—. No sé si le importará a la señorita Ana, pero como ahora no podemos preguntárselo, podemos decir que sí. Después de todo no es probable que «Miranda» entre en su habitación por la ventana.

Nabé estaba cansado, y preparó algunos sacos para tenderse encima, y Diana encontró una vieja manta de viaje con que taparle.

—Ahora me vuelvo a la cama —le dijo—. ¿Estarás bien aquí, Nabé?

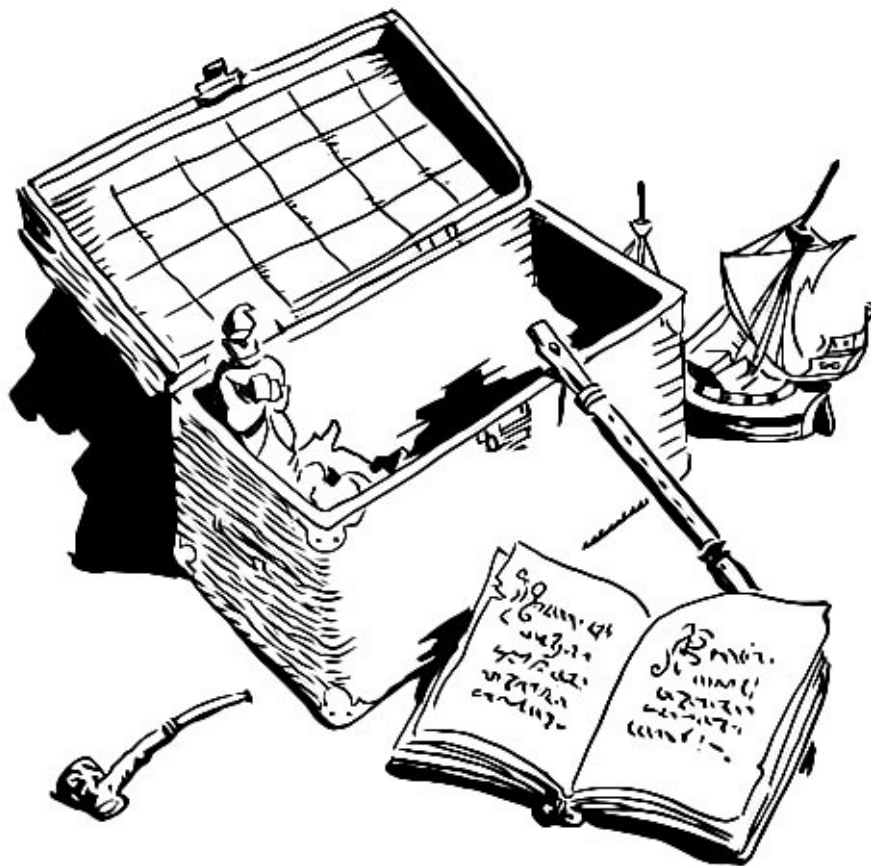
—Estupendamente —respondió el muchacho acomodándose—. Vosotros iros a la cama... o volveréis a pescar la gripe o cualquier cosa. Os veré mañana.

—Sí... y encontraremos el otro extremo del pasadizo, sea como sea —dijo Chatín—. Y bajaremos por él.

—Aunque supongo que descubriremos que el techo se ha hundido como nos dijo la mujer —observó Roger haciendo memoria.

—De todas maneras, será divertido buscarlo y explorarlo —repuso Nabé somnoliento—. Buenas noches a todos.

«Ciclón» le propinó el último lametón en la nariz y olfateó a la pequeña «Miranda» dormida debajo de su camisa. Luego se alejó tranquilamente con los demás. ¡Qué noche! ¡No cabía la menor duda de que al día siguiente tendrían mucho que contar a «Tirabuzón»!



Capítulo XX - La arqueta del abuelo

Ni el aya ni la señorita Ana había oído las campanas la noche anterior. Diana no lo preguntó abiertamente, pero los niños estaban convencidos de que en caso afirmativo lo hubieran dicho.

—Esta noche me ha parecido oír el tañido de unas campanas —dijo la niña en tono casual durante el desayuno—. ¡Es curioso!

—Debes haberlo soñado —repuso la señorita Pimienta—. ¿No es así, Ana?

—Sí... probablemente habrás oído el reloj de la iglesia dando las horas —explicó la señorita Ana—. Tiene un tono precioso. ¿Quieres otra salchicha más, Chatín?

Y el niño aceptó.

—Estoy recuperando el apetito —dijo a la señorita Ana.

—¡Que lo estás recuperando! —exclamó ella horrorizada—. ¿No irás a decirme que puedes comer aún más que ahora?

—Es un glotón... no tiene nada que ver con el apetito —dijo Diana, y Chatín

quiso propinarle un puntapié por debajo de la mesa, pero la niña había apartado las piernas a tiempo y se oyó un aullido procedente del pobre «Tirabuzón». Y el niño tuvo que meterse debajo de la mesa a toda prisa para consolarle y disculparse.

—Será mejor que tú, Roger, te comas la última salchicha, ya que Chatín ha desaparecido —dijo el aya consiguiendo que el niño reapareciera en seguida.

—¿Qué plan tenéis para hoy? —les preguntó la señorita Ana—. ¿Vais a montar a caballo, a pasear, o a holgazanear?

—Hemos pensando ir a charlar de nuevo con el abuelo —repuso Diana—. Y después tal vez vayamos a dar un paseo. ¿Quiere que le haga algún recado?

—No, me parece que no es necesario. Primero hacer los trabajos de costumbre... las camas y demás.

—Oh, claro —replicó Diana—. Y ya sabe que sólo tiene que pedir cualquier cosa que necesite y la haremos en seguida con sumo gusto.

—Con la velocidad de un disparo —replicó Chatín terminando la última salchicha—. Me gusta mucho como guisa usted las salchichas, señorita Ana..., quedan bonísimas y estallantes.

—Qué cosas más curiosas dices, Chatín —exclamó la señorita Ana—. ¿Has terminado? Porque en caso afirmativo podrías quitar a «Ciclón» de encima de mis pies. Pesa bastante.

Se llevaron a «Ciclón» y «Tirabuzón». Diana se levantó para ir en busca de la bandeja con el servicio del desayuno de Nabé. Ya había salido a verle y le llevó un espléndido desayuno. «Miranda» estaba lamiendo una tostada con miel que ofreció a Diana.

—No, gracias, querida «Miranda» —le dijo la niña—. Puedes comértela toda. No quiero ni un poquito. Nabé, saldremos en cuanto podamos. Tenemos que hacer algunas cosas.

—Bueno —repuso Nabé—. Yo mientras arreglaré esa parte de la cerca que está rota. ¡Debo hacer algo para corresponder a mi desayuno!

—Oh..., la señorita Ana estará muy Contenta —dijo la niña. Aquello era muy propio de Nabé, que siempre pensaba en corresponder a las atenciones que recibía.

A eso de las once los cuatro niños, «Ciclón», «Tirabuzón» y «Miranda» iban por el camino en dirección a la casa de Mamá Hubbard. Se detuvieron en una tiendecita para comprar una lata de tabaco para el anciano que iban a visitar. La vendedora sabía muy bien qué clase prefería, lo cual fue una ventaja para acertar el gusto del abuelo.

Llegaron hasta la puerta principal de la casita e hicieron sonar el timbre.

—¡Adelante! —les dijo la voz de Mamá Hubbard desde dentro, y entraron. Allí estaba fregando el suelo y tuvo una gran alegría al ver a los niños.

—¿Podríamos ver al abuelo? —preguntó Diana en tono cortés—. Le hemos traído una lata de tabaco.

—¡Vaya, sois muy amables! —dijo la anciana cogiendo el obsequio—. Ojalá pudierais verle... pero pasa unos malos días y está en la cama.

—¡Oh! —exclamaron los niños con tal aire de decepción que Mamá Hubbard se compadeció de ellos.

—¿No podría yo contaros algo en su lugar? —preguntó.

—Bueno —repuso Diana haciendo una pausa durante la cual miró a los otros, que asintieron—. Verá usted, se trata de lo siguiente... el abuelo nos habló de unos libros antiguos que tuvo una vez, y queríamos saber si aún los conserva y quisiera prestárnoslos.

—¿Libros antiguos? —repitió Mamá Hubbard frunciendo el entrecejo y esforzándose por recordar—. Dejadme pensar... debían ser unos que tiré hace muchos años.

—¡Oh..., qué lástima! —dijo la niña decepcionada.

—Cuando vine a cuidar al abuelo tenía montones de cosas inservibles —explicó Mamá Hubbard—. Y tiré muchísimas, pero guardé algunas en una vieja arqueta. Podéis verla si queréis, y ver si están allí esos libros. ¡A él no ha de importarle!

—¡Oh..., podríamos verla! —dijo Diana encantada—. Nos gustaría mucho. Ya sabe usted que nos interesa tanto la Aldea de las Campanas.

—Sí... es un lugar antiguo y misterioso —replicó Mamá Hubbard—. ¿Sabéis lo que me dijo el abuelo esta mañana? Pues que anoche oyó las campanas del ayuntamiento. ¡Las cosas que se le ocurren! Esas campanas hace años que no tocan... no existe cuerda alguna de la que poder tirar. Estoy segura.

—¿Y usted no las oyó? —quiso saber Roger.

—Tengo un sueño muy profundo —replicó Mamá Hubbard—. Y si las hubiera oído tocar, hubiese creído que era un producto de mi imaginación. ¿Querréis creerlo? Cuando Fanny Tapp vino esta mañana y yo le conté lo que dijo el abuelo, confesó haberlas oído ella también y que se llevó un susto de muerte. ¡Las cosas que inventan algunas personas!

Los niños la escucharon sin decir nada. ¡De manera que también las habían oído otras personas!

—Venid conmigo al lavadero —les dijo Mamá Hubbard—. Allí tengo la arqueta del abuelo. ¿Y os gustaría probar mis jengibres? Los hice ayer.

Los «jengibres» resultaron ser unas galletas casi tan buenas como las de canela de Noemí Barlow. Los niños siguieron a Mamá Hubbard hasta el pequeño lavadero comiendo las galletas.

Todas las paredes estaban cubiertas de estantes y Mamá Hubbard señaló una arqueta antigua de bronce.

—Ésa es la del abuelo —les dijo—. ¿Podéis bajarla?

—Sí, gracias —dijo Nabé cogiéndola. No pesaba mucho, de manera que no debía

contener gran cosa.

Se oyó llamar en el jardincillo y Mamá Hubbard apresuróse a acudir.

—Es el panadero —dijo—. Abrid la caja a ver qué encontráis, y si hay algún libro podéis llevároslo.

Los niños abrieron el arca que sólo estaba cerrada con un simple cerrojo y se inclinaron sobre ella emocionados. ¿Qué encontrarían en su interior?

Pues muy poca cosa. Habían algunas figuras de madera toscamente talladas, probablemente por el propio abuelo de las que se sentiría muy orgulloso. Vieron también un extraño barco con las velas hechas jirones y un mástil roto, así como una pipa de madera y algo parecido a un silbato de construcción casera.

—No es gran cosa —dijo Roger—. ¡Esperad... aquí hay un libro!

Y lo tomó en sus manos. Estaba encuadernado en piel manchada y descolorida por la humedad, y muchas de sus páginas se habían pegado. Los niños lo abrieron tratando de separar las hojas.

—Tened cuidado... o las romperéis —dijo Roger—. ¡Qué contrariedad! Este libro está escrito con esos difíciles caracteres antiguos, y no podremos averiguar gran cosa... y fijaros qué sucias están sus páginas... apenas puede leerse nada.

Estuvieron examinando hoja por hoja, tratando de descifrar una palabra aquí y otra allá, pero ni siquiera consiguieron contemplar el título que estaba escrito con letras tan adornadas y decorativas que no lograron entenderlas.

—Es inútil —dijo Roger desilusionado—. No obstante... ya que Mamá Hubbard nos lo presta, llevémonoslo por si acaso lográramos averiguar algo. ¡Aunque la verdad no comprendo cómo llegaremos a saber si aquí se menciona el pasadizo secreto!

—¿Encontrasteis algo interesante? —les preguntó Mamá Hubbard apareciendo de nuevo—. Supongo que nada más que trastos inservibles. ¡Oh, habéis encontrado un libro viejo! Llevároslo si queréis.

—Gracias —dijo Diana—. Nos gustará leerlo. Espero que el abuelo se ponga pronto bien.

—Le diré que habéis venido y le daré el tabaco —les dijo Mamá Hubbard—. Adiós... y quedaros el libro todo el tiempo que queráis.

Los niños se marcharon y Nabé sacó a «Miranda» de su chaqueta. La había tenido escondida por temor a que Mamá Hubbard o el abuelo dijeran que no les gustaban los monos, y ella se había portado como un ángel. Los dos perros, cada uno con el hueso que les regalara la buena mujer, dieron la bienvenida a los pequeños como si hubieran estado ausentes una semana. Roger les desató riendo.

—¡Al abuelo no le agradan los perros —les dijo—, de manera que no ladréis así o vendrá a pegaros con un palo!

Fueron al pueblo a tomar un helado. Chatín, que llevaba el libro, lo fue hojeando

y de pronto lanzó una exclamación:

—¡Ah!

—¿A qué viene ese ¡ah!?! —le preguntó Diana—. ¿Acaso has encontrado una receta para preparar salchichas?

—Mirad esto —les dijo Chatín y todos se acercaron a mirar.

Chatín había abierto el libro por la última página y les indicaba la parte interior de la cubierta.

—Aquí hay una especie de bolsillo —anunció—. Y dentro hay algo... yo creo que es un mapa. Sentémonos en alguna parte para examinarlo.

Entraron en un campo y sentáronse mientras los perros iban en busca de madrigueras... y «Miranda» fue tras ellos no para cazar conejos sino para burlarse de los dos ingenuos chuchos.

Chatín extrajo un papel del interior del bolsillo de la cubierta.

—Es un pergamino —dijo—. Troncho, espero que no se haga pedazos entre mis dedos.

—Dámelo a mí —replicó su prima—. Yo tengo más cuidado que tú.

Y con suma delicadeza desdobló el pergamino que extendió sobre su regazo.

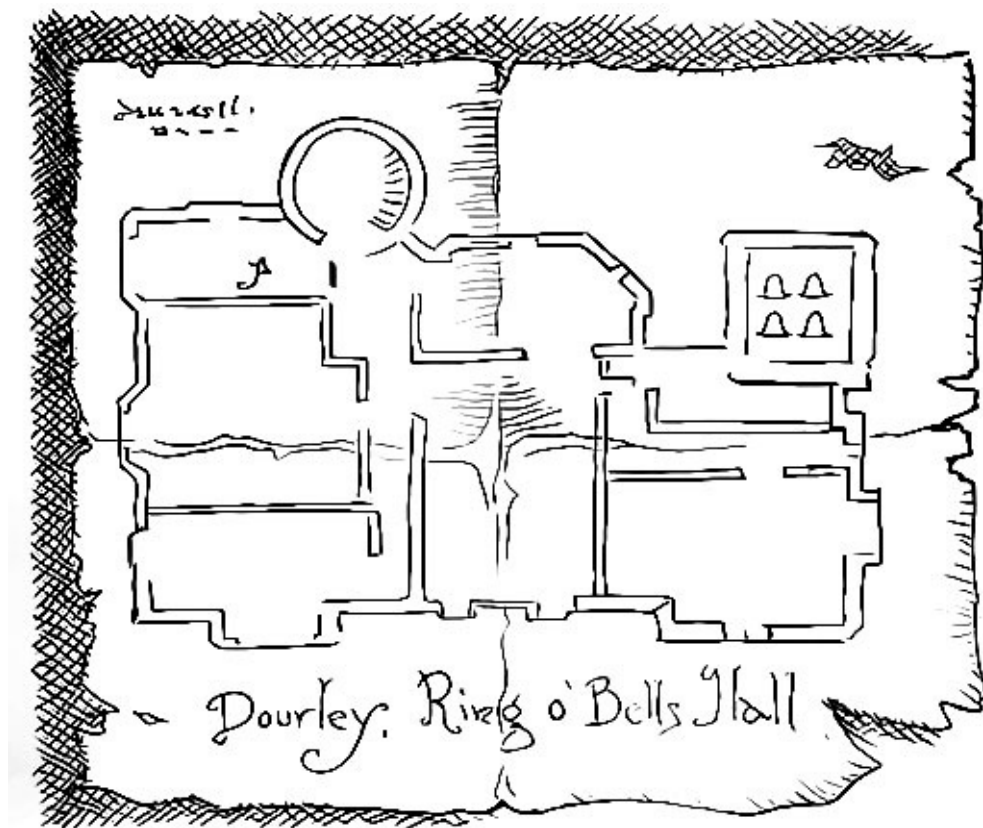
Los pliegues de cuatro dobleces estaban ya resquebrajados.

—¡Es un mapa! —exclamó emocionadísima—. ¡Mirad... un mapa de la Aldea de las Campanas! ¡Oh, si estuviera indicado el pasadizo secreto!

Todos se inclinaron sobre él, muy excitados. El mapa no estaba tan descolorido como las páginas del libro, y los niños pudieron leer con toda facilidad el nombre escrito al pie.

«Dourley. Antiguo Ayuntamiento de la Aldea de las Campanas».

—¡Es auténtico! —exclamó Roger—. ¡Ahora sí que vamos a descubrir algo!



Capítulo XXI - Pesquisas

Y vaya si descubrieron algo. Descubrieron muchísimo. Era difícil descifrar los antiguos caracteres de las páginas del libro..., pero mucho más sencillo leer un plano o mapa.

Al parecer se trataba de un plano del Antiguo Ayuntamiento en el que se dibujaba toda la planta baja, así como las dos torres, una cuadrada y otra circular en cada extremo del edificio. Las campanas señaladas en la cuadrada ponían de manifiesto que se trataba de la Torre de las Campanas.

—¿Dónde está la pequeña habitación donde comienza el pasadizo secreto? — preguntó Roger.

—Aquí —Diana la señaló—. Debe de ser ésta... está lejos del recibidor y cerca de la cocina, y es muy pequeña.

—¿Y el pasadizo secreto? —quiso saber Chatín asomando la cabeza por encima del mapa.

—No está señalado —replicó Diana decepcionada.

—Hay una P escrita en esa habitación —exclamó Roger señalándola—. ¿Por qué? P, quiere decir Pasadizo, naturalmente. Eso es una P, ¿no es cierto?

Todos estuvieron de acuerdo en que era una P, pero aquella letra les dijo lo que ya sabían... ¡que de aquella habitación partía un pasadizo secreto!

—Bien..., es un mapa interesantísimo, muy antiguo, muy bien dibujado..., pero no nos dice lo que queremos saber —dijo Roger desilusionado—. ¿Supongo, Diana, que no habrá nada más en el interior de ese bolsillo de la cubierta?

Diana introdujo sus dedos con sumo cuidado, y lanzó una ligera exclamación:

—¡Sí..., creo que sí!

Y muy despacito y con grandes precauciones extrajo otro fragmento de pergamino mucho más pequeño que el otro y que estaba doblado por la mitad. Todos se apresuraron a examinarlo.

Al principio no comprendían lo que significaba, y les pareció solamente el plano de una zona campestre. Al fin Chatín señaló el papel con un dedo poco limpio.

—¡P! —exclamó—. Otra vez la letra P. P, que significa Pasadizo. Mirad, empieza en esta casa, o lo que sea esto.

—Yo diría que quiere ser el Antiguo Ayuntamiento —dijo la niña—. Tiene la misma forma, aunque toscamente trazada... ya sabéis cómo sobresale por la parte posterior, por así decir. Bueno, de acuerdo... digamos que esta P significa Pasadizo..., el pasadizo secreto. ¿De qué nos sirve todo eso?

—¿Es que no lo ves? —replicó Chatín impaciente volviendo a señalar el mapa—. Hay. una línea roja descolorida que parte de esa P... mirad, sigue por aquí... por la derecha del ayuntamiento, sobre el arroyo, atraviesa el bosque... y termina en otra P.

—¡Diantre, tienes razón, Chatín! —dijo Roger—. Esto es el pasadizo... tiene que serlo. Pero no pasa por encima del arroyo, naturalmente... sino por debajo... y por debajo del bosque... y parece terminar en cierto edificio pequeñito, si es eso lo que quiere indicar este cuadrado.

—¿Qué puede ser? —preguntó Diana reflexionando—. ¿Podría ser la casita del bosque?

—Podría ser... ¡y lo es! —exclamó Roger—. Claro, claro. ¿No recordáis lo que no cesaba de repetir el abuelo cuando le preguntamos a dónde conducía el pasadizo? «Preguntad a Mamá Barlow, preguntad a Mamá Barlow». Iba hasta su casita, claro, por eso debíamos preguntárselo a ella... aunque haga años que ha muerto, él lo ha olvidado.

—Y ahora es Noemí Barlow quien vive allí —dijo la niña—. Me pregunto si sabrá algo de esto... pero yo digo... ¿cómo diantre termina en su casa? ¿No recordáis el suelo de piedra de todas sus habitaciones? No me pareció que hubiese ningún lugar por donde se abriera la entrada de un pasadizo.

—Ni lo había —replicó Chatín—. Apuesto lo que queráis a que no hay ningún

pasadizo secreto bajo el suelo de la casita del bosque.

—No obstante, este viejo mapa indica que el pasadizo termina ahí —comentó Roger extrañado—. Tal vez termine por algún lugar próximo... en el bosque, bajo una trampa, o algo por el estilo.

—Sí..., es posible —dijo Nabé—. De todas formas ahora ya sabemos a dónde lleva el pasadizo... parte de la habitación que conocemos, rodea la casa, pasa por debajo del jardín, va hasta el arroyo, lo atraviesa... aquí debe ser muy profundo, o de otro modo el agua se filtraría... luego sigue por debajo del bosque hasta la casita, o sus alrededores.

—¡Troncho..., es estupendo! —exclamó Chatín muy excitado—. ¿Qué hacemos ahora?

—Yo te diré lo que vamos a hacer —replicó Diana a quien se le acababa de ocurrir una idea maravillosa—: iremos a la casita del bosque y preguntaremos a Noemí Barlow si tiene la amabilidad de dejar dormir a Nabé en su despensa con «Miranda»... ya que no encontramos otro alojamiento para él en el pueblo.

—¡Y podremos inspeccionar, hacer preguntas y ver si descubrimos el pasadizo! —dijo Chatín—. ¡Qué buena idea!

—Le gustó «Miranda»... y estoy segura de que dirá que sí —dijo Diana—. Iremos a preguntárselo inmediatamente después de comer.

Muy entusiasmados fueron a su casa para disfrutar de una buena comida. Nabé comió en el jardín con «Miranda», que estuvo divirtiéndose media hora mientras quitaba la piel a un tomate y se lo comía.

Después de comer emprendieron la marcha hacia la casita del bosque, y ya estaban llegando cuando vieron que Noemí Barlow iba hacia ellos como Caperucita Roja, ya que llevaba puesta su capa encarnada. Les saludó afectuosamente.

—Supongo que no vendrías a verme, pequeños. Voy a limpiar la iglesia y no regresaré hasta las seis.

—Sí que veníamos a verla —repuso Diana decepcionada—, para decirle que no encontramos hospedaje en ningún sitio para el pobre Nabé y su mono... y la señorita Ana no quiere tenerle en casa porque le dan miedo los monos. Así que nos preguntamos... nos preguntamos si...

—Si yo le dejaría dormir en mi vieja casita... —terminó Noemí con una sonrisa—. Claro que sí... puede ocupar la habitación donde yo solía dormir cuando niña. ¿Recordáis la despensa que os enseñé? Puede dormir allí... y yo tendré un monito con quien jugar otra vez.

—Gracias, señora, muchísimas gracias —dijo Nabé, agradecido.

—Ahora id a mi casa y preparad la despensa —les dijo Noemí—. Aseadla, y estirad el colchón que veréis en un rincón. Así me evitaréis el tener que hacerlo yo cuando regrese cansada de mi trabajo.

—Es usted muy buena —dijo Diana—. Lo haremos con mucho gusto... y si hay alguna otra cosa que podamos hacer... limpiar los cristales de las ventanas, o cualquier otra cosa...

—Oh, no... lo único que podéis hacer es comeros mis galletas de canela —dijo la anciana riendo—. Están en una lata grande que hay encima de la repisa de la chimenea. Ahora debo darme prisa. Id a mi casa... la puerta no está cerrada.

Se marchó apresuradamente pareciéndose más que nunca a Caperucita Roja. Los niños se miraron unos a otros encantados. ¡No habría podido salirles mejor! Una cama y un refugio para Nabé y «Miranda» en el mismo sitio donde comenzaba el otro extremo del pasadizo.

—Tenemos la suerte de frente —dijo la niña echando a andar por el sendero de la casita de Noemí.

—Sí..., podremos examinar el suelo de cada habitación y asegurarnos de que no hay ningún pasadizo debajo —dijo Roger—. Ojalá pudiéramos hacer algo por corresponder a la amabilidad de la anciana.

—Cogeré campanillas azules y con ellas adornaré la casa —dijo Diana yendo a cortar un ramo. Los niños siguieron adelante con los perros, y «Miranda» se montó sobre el hombro de Chatín para variar.

Llegaron a la casita, y como la puerta no estaba cerrada, la abrieron y entraron.

—Primero echemos un vistazo —dijo Roger, y estaban examinando el suelo de la cocina, cuando entró Diana con las campanillas azules.

—¿Habéis encontrado algo? —les preguntó colocando las flores en un jarro y buscando un poco de agua que al fin encontró en un cubo. No habían grifos en la casa, desde luego, y Noemí tenía que sacarla del pozo del jardín.

—Mirad este suelo —dijo Roger que estaba examinándolo de rodillas—. ¡Apostaría cualquier cosa que estas losas de piedra no han sido movidas durante cientos de años! No se mueve ninguna, y además están demasiado juntas. Si existe un pasadizo aquí debajo, es seguro que no lo descubriremos nosotros.

Todos los suelos de las habitaciones eran iguales, sólidos y firmes, sin ninguna losa suelta.

—Eso demuestra lo antiguas que son —exclamó Roger maravillado.

Entraron en la despensa que arreglaron para que durmiera Nabé.

—Huele bien —dijo el niño olfateando los tarros de encurtidos y mermelada—. Me gustará dormir aquí. ¡Soñaré con platos de escabeche y té con mermelada!

Encontraron un colchón viejo que tendieron sobre el suelo y que en realidad casi lo ocupaba todo. Aquello parecía más bien un armario que una habitación, pero Nabé no era exigente.

—Bien, ya está hecho —dijo la niña—. Y ahora, ¿qué os parece si echamos un vistazo al jardín y el bosque para ver si encontramos algo... una vieja trampa de

piedra, por ejemplo... tal vez escondida bajo la hierba?

Salieron a la luz del sol, y primero registraron el jardincito sin encontrar nada. Luego atravesaron la cerca y separándose fueron a examinar el terreno que rodeaba el jardín, centímetro a centímetro, mas... allí tampoco había nada que descubrir.

—Es enloquecedor —dijo Diana—. La entrada tiene que estar en alguna parte. Nabé tiene que hablar con Noemí Barlow esta noche y ver si ella sabe algo. Al parecer hace tantísimo tiempo que no se usa ese pasadizo que la gente debe haberlo olvidado, pero tal vez ella recuerde alguna cosa que le contara Mamá Barlow.

—Bien. Haré lo que pueda —repuso Nabé—. ¿Y si comiéramos las galletas de canela?

—Oh, sí —respondió Chatín alcanzando la lata. Cogieron una cada uno y volvieron a ponerla en su sitio, a pesar de que «Ciclón» y «Tirabuzón» reclamaban con fuertes ladridos su parte.

—Vosotros no —les dijo Chatín con firmeza—. No estáis incluidos en la invitación. De todas maneras, lo habéis pasado estupendamente correteando por el bosque.

—Volvamos a casa para merendar —dijo la niña—. Tengo apetito.

De manera que regresaron a casa de la señorita Ana para disfrutar de sus espléndidas meriendas. ¡Ojalá Nabé consiguiera averiguar algo hablando con la anciana Noemí!



Capítulo XXII - Nabé tiene una idea

Los cuatro se encontraron a la mañana siguiente en el jardín de la señorita Ana. Chatín había preparado ya el desayuno de Nabé en una bandeja y se lo llevó mientras Roger y Diana corrían delante para saludar a Nabé y «Miranda».

—¿Has averiguado algo? —le preguntó la niña ansiosamente—. ¿Te dijo Noemí dónde empezaba el pasadizo?

—No, no quiso —repuso Nabé—. Al principio dijo que no sabía nada... que el pasadizo era conocido únicamente por muy pocos, y que esos pocos eran los propios Dourley. Y luego, que ahora ya no existe.

—¡Diantre! —exclamó Roger—. Eso no nos ayuda nada. ¿Tú crees que realmente sabe algo?

—Pues, fue muy extraño —dijo Nabé despacio—, ya que cuando yo la presioné un poco, porque no pude por menos de presentir que sabía más de lo que me había

dicho, se puso muy nerviosa y alterada y dijo algo bastante curioso.

—¿Qué? —preguntaron todos a una.

—Dijo: «Hace años que había olvidado al ahogado, y ahora me has hecho recordarlo. Volveré a tener pesadillas. Te aseguro que ese pasadizo no ha vuelto a utilizarse desde entonces. ¡Ha desaparecido, ha desaparecido!».

Los niños le escucharon en silencio y llenos de asombro. ¿Qué significaba aquello?

—¿Qué ahogado? —preguntó Diana—. ¿Y por qué no ha vuelto a utilizarse el pasadizo desde entonces? ¿Qué tendrá que ver con que alguien se ahogase? No es posible ahogarse en un pasadizo.

—Existe sólo una explicación —continuó Nabé bajando la voz—. Puede que me equivoque, pero es lo único que se me ocurre. ¿Dónde se ahoga uno? En el agua. ¿Y dónde hay agua cerca de a casita de Noemí? Sólo en el pozo.

Hubo una pausa.

—Sigo sin ver la explicación —dijo Roger—. ¿Qué quieres decir?

—Pues esto —replicó Nabé— tal vez resulte descabellado, pero creo que vale la pena considerarlo. Supongamos que ese pasadizo secreto tuviera una de sus entradas en el pozo de la anciana Noemí... y alguien, que era perseguido, utilizara el pasadizo, y en vez de conseguir salir del pozo, se cayera y ahogara... Si eso hubiera ocurrido cuando Noemí era muy joven, y ella lo supo, jamás debió olvidarlo. Tendría pesadillas e incluso aunque la historia se la hubieran contado siendo niña, sería suficiente para hacerla soñar.

—Creo que tienes razón —dijo Roger—. Todo concuerda. Pero Dios santo..., ¿cómo es posible que un pasadizo secreto termine en un pozo?

—No lo sé —replicó Nabé—. Pero eso hemos de averiguarlo nosotros. Si hay una entrada en el fondo del pozo... y todos sabemos lo profundo que es... tiene que haber algún medio de subir y bajar por su interior... algunos peldaños... tal vez una escalerilla de hierro... Pronto lo descubriremos.

—Eso es... es emocionante —dijo Chatín frotándose las manos—. Pero tendremos que andar con mucho cuidado para que no se nos escape un pie... ¡o nos daremos un baño muy desagradable!

—No digas esas cosas —dijo la niña estremeciéndose.

Una voz impaciente llamó desde la casa:

—¡Niños! ¿Qué estáis haciendo? ¿Es que no vais a desayunar nunca?

—Cielos... nos habíamos olvidado —dijo Roger sorprendido—. Y tú también, Chatín. ¡Es increíble!

—Saldremos en cuanto podamos, Nabé —dijo Diana y los tres entraron en la casa con los perros pegados a sus talones.

Aquella mañana tuvieron que montar a caballo porque así lo habían dispuesto

desde el día anterior. Nabé fue también con unos pantalones viejos de montar que habían pertenecido a un sobrino de la señorita Ana, que ahora era ya mayor y no habitaba en la aldea. Era un jinete perfecto pues estaba acostumbrado a la silla desde que era casi un bebé. Los niños le admiraron. ¡El buen Nabé era una maravilla!

Durante el paseo les fue contado lo ocurrido la noche anterior en la casita del bosque.

—He dormido en esa habitación diminuta, y toda la noche la pasé soñando con comida... los aromas son tan apetitosos... Chatín, debieras llevar unos cuantos tarros de encurtidos y compotas a tu dormitorio. Tendrías visiones maravillosas, y pasarías toda la noche comiendo en sueños.

Todos se echaron a reír mientras Chatín consideraba la idea seriamente y sintió la tentación de apoderarse de algunas botellas y tarros de la despensa de la señorita Ana y hacer la prueba.

Ninguno se fijó mucho en el paisaje aquella mañana porque estaban obsesionados con la idea de inspeccionar el pozo.

Estuvieron hablando y hablando de ello, y a la hora de comer Diana apenas pudo probar bocado, tanta era su impaciencia. Sin embargo, ni Roger ni Chatín perdieron el apetito, así que la comida no se desperdició.

Aquella tarde fueron todos a la casita del bosque con Nabé.

—La anciana Noemí va a ir a terminar de limpiar la iglesia —les dijo—. Será una buena ocasión para examinar el pozo.

Cuando llegaron la casa estaba vacía y Noemí se había marchado. Cuando los niños se hubieron asegurado bien, fueron directamente al pozo y se asomaron al brocal.

Desde luego era muy profundo. Roger arrojó una piedra y escucharon hasta oír el chapoteo del agua que tardó mucho en dejarse escuchar.

—Ahí está —dijo Nabé al fin—. Ahora busquemos por donde bajar.

Los helechos crecían tan espesos en las paredes del pozo que resultaba difícil distinguir siquiera los ladrillos. Nabé las fue tanteando inclinado sobre el brocal, mientras Diana le sujetaba con fuerza temerosa de que se cayera.

—¡He descubierto algo! —dijo Nabé al fin—. Aquí hay una especie de abrazadera de hierro. Esperad... arrancaré esos helechos.

Los quitó y los otros pudieron ver a qué se refería: una abrazadera de hierro incrustada en la pared. Parecía muy fuertemente sujeta, y Nabé tiró de ella para comprobarlo.

—Bueno... si es un peldaño para bajar, habrán otros más abajo de la pared y escalonados. Voy a ver si los encuentro.

—Oh, Nabé... no lo hagas —exclamó Diana.

—Traeré una cuerda de la despensa y con ella te ataremos por la cintura —dijo

Roger a quien tampoco le atraía la idea de que Nabé se introdujera en el pozo—. Luego ataremos la cuerda al poste del pozo y la sujetaremos dejando bajar a Nabé poco a poco mientras busca donde agarrarse.

Trajeron la cuerda y Nabé dejó que le ataran. En su interior lo consideraba una tontería porque era un acróbata y trepador de primera..., pero supo comprender que Diana estaba asustada.

Se montó sobre el brocal apoyando el pie en la abrazadera de hierro que había descubierto, y con el otro fue tanteando entre los demás helechos con grandes precauciones. ¡Y encontró otra abrazadera!

—¡Lo encontré! —anunció alegremente a sus compañeros—. Éste debe ser el camino para descender. No es de extrañar que nadie lo supiera, está bien escondido por los helechos.

Sin embargo, más abajo ya no crecían hierbas y le fue más sencillo encontrar los escalones. Un par de abrazaderas se desprendieron al apoyar en ellas el pie, dándole un buen susto. Los otros las oyeron chocar contra el agua y sujetaron con más fuerza la cuerda que sostenía a Nabé. A Diana le latía el corazón. ¡Dios mío, aquello era peligroso! Tal vez no debieran hacerlo. ¡Pero, tenían que descubrirlo!

Nabé fue descendiendo un buen trecho.

—¿Todavía no ves el agua? —le gritó Roger y su voz encontró un eco extraño en el interior del pozo.

—Sí... ahora lo veo —respondió Nabé—. Oíd... no encuentro más peldaños. ¡Troncho... sólo faltaría que el resto se hubieran desprendido y caído al agua!

Volvió a tantear el muro temblando, puesto que hacía frío en el interior de aquel pozo húmedo y oscuro. No... ya no habían más peldaños bajo sus pies y Nabé gritó a Roger:

—¡Roger! No tengo linterna. Ata la tuya a una cuerda y hazla bajar. Quiero ver si la entrada del pasadizo está por aquí, puesto que se acabaron los escalones.

La linterna fue descendiendo girando en el extremo de la cuerda. Al fin llegó hasta Nabé, que la encendió. ¡Ah... ahora podría ver!

Lanzó un grito tal que los otros casi sueltan la cuerda, y «Miranda», que no había bajado al pozo con su amo, miró hacia el oscuro interior con ansiedad.

—¿Qué ocurre? —gritó Roger haciendo resonar el eco del pozo.

—¡A nadie se le hubiera ocurrido buscarlo aquí! ¡Voy a entrar!

—Pero ¿por dónde? —preguntó Roger.

—Aquí hay un agujero, en la misma pared del pozo —chilló Nabé—. ¡Apuesto a que es la entrada del pasadizo secreto! Vaya... qué idea más maravillosa tener un medio de escape que vaya a salir a un pozo.

—¡No, no! —se desgañitó Chatín—. Espera. ¡Nosotros también queremos bajar!

—Diana, no —replicó la voz de Nabé.

—¡Yo no quiero ir! —dijo la niña—. De todas maneras alguien tiene que sujetar la cuerda en tanto bajáis. Yo lo haré.

Nabé se introdujo en el interior del pozo encendiendo su linterna, no podía ver otra cosa que un túnel oscuro bajo sus pies... ¡Cielos... aquello era emocionante! ¡Ahora sí que habían descubierto realmente el otro extremo del pasadizo secreto! ¿Conduciría hasta el Antiguo Ayuntamiento como señala el mapa?

Roger bajó después apoyando los pies en las abrazaderas, y luego fue seguido por Chatín que dejó a su perro hecho un manojo de nervios. Diana tuvo que impedir que «Ciclón» y «Tirabuzón» saltaran dentro del pozo.

Pronto los tres niños estuvieron en el interior del estrecho agujero, que era tan sólo una abertura circular en la pared del pozo. ¿Acaso el agua habría llegado alguna vez hasta aquella altura? Probablemente no. El manantial de donde provenía el agua del pozo debía estar muy hondo.

—Ahora comprendo lo que quiso decir la vieja Noemí al hablar de un ahogado —dijo Nabé—. Alguien vendría corriendo por este túnel oscuro, y sin darse cuenta de que se terminaba, debió salir por el agujero y caer al pozo.

—¡Qué horror! —exclamó Roger estremeciéndose de frío y espanto—. Adelante. Vamos a explorar el túnel. Pero ¿no es mejor no hacer ruido, por si hay alguien más por aquí? ¡Puede que haya alguien por el otro extremo!

—Sí. No hagamos ruido —susurró Nabé—. Vamos. Encenderé mi linterna para que podáis seguirme.

Y echaron a andar por el fantástico túnel, uno tras otro, en aquella oscuridad. ¡Qué extraña aventura!



Capítulo XXIII - Bajo tierra

Durante algún trecho el túnel continuaba recto e igual. El techo era bajo en algunos sitios y los niños se dieron varios coscorrónes hasta que se acostumbraron a vigilar sus inesperados altibajos. Siguieron adelante iluminando el camino únicamente con la linterna de Nabé. Se oía a humedad y polvo, y Roger deseó que el aire fuera más respirable. ¡Qué desgracia si se desmayaran!

«Menos mal que hemos dejado a Diana para que dé la alarma si no regresamos», pensó.

El túnel torcía bruscamente y continuaba en sentido descendente. Los niños siguieron avanzando sin desfallecer. ¡Ojalá hubieran llevado ropa de abrigo, pues hacía mucho frío! De pronto Nabé se detuvo y señaló algo con su linterna.

La raíz de un árbol había penetrado a través del trecho del túnel y colgaba ante ellos, produciendo un efecto muy extraño.

—Ahora estamos debajo de los árboles —susurró Nabé—. Pronto dejaremos el

bosque y llegaremos al arroyo. Apuesto a que allí el túnel es muy profundo para evitar la humedad del lecho del río.

Así era en efecto. De pronto comenzó a descender considerablemente; por todas partes veíase musgo y humedad, y el techo goteaba. Nabé lo iluminó con su linterna.

—Mirad —dijo—. Alguien ha reforzado el techo con grandes piedras formando una especie de arco. Buena idea, o se hubiera hundido rápidamente.

Reanudaron la marcha hasta llegar a un punto donde les fue imposible seguir adelante.

—¡Diantre! —exclamó Nabé iluminando ante él con su linterna—. ¡Aquí también se ha derrumbado el techo!

Una gran masa de cascotes caídos del techo se alzaba ante ellos.

—Puede que no sea tan importante como parece —dijo Roger—. Escarbemos un poco y vamos a ver si podemos pasar.

Era difícil «escabar» sólo con las manos, pero no tardaron en descubrir que Roger estaba en lo cierto... el desprendimiento era de poca importancia, y consiguieron abrirse camino por un lado, amontonando la tierra y piedras en mitad del túnel.

Echaron a andar de nuevo y entonces Nabé habló en voz muy baja y casi al oído de Roger.

—Ahora debemos estar ya cerca del Antiguo Ayuntamiento... será mejor que tengamos mucho cuidado.

El pasadizo se elevaba un poco antes de torcer hacia la derecha. Luego les cortó el paso otro desprendimiento de tierras. Esta vez era mayor y los tres se miraron sorprendidos en silencio.

Entonces oyeron un ruido procedente del otro lado del montón de cascotes... un ruido espasmódico y rápido, a intervalos regulares, que hacía sufrir... el mismo que oyera Nabé desfigurado por la distancia y porque llegaba hasta la pequeña habitación recubierta de paneles de madera, a través del pasadizo secreto. No era de extrañar que no supiera reconocerlo.

En cambio, ahora que estaban cerca, era bien sencillo... sonaba precisamente al otro lado del montón de tierra. Era un hombre que tosía dolorosamente... tres golpes de tos... pausa... tres golpes de tos... pausa...

Luego oyeron un gemido terrible y el hombre del otro lado del obstáculo murmuró algo con voz quebrada.

—Yo diría que está muy enfermo —susurró Nabé—. Debiera verle un médico. ¿Qué creéis vosotros que estará haciendo aquí?

—Probablemente lo habrán secuestrado —replicó Roger también en voz baja—. Y en cuanto a un médico... eso sería probablemente el hombre que vimos la otra noche cuando nos escondimos en el arcón... ¿te acuerdas de aquel hombre que

llevaba un maletín? Seguramente sería un médico llamado por la guardiana.

—Pero ¿acaso no le sorprendería tener que asistir a un paciente en este extraño lugar? —preguntó Chatín.

—Tal vez sea el médico que atiende a la banda, o quienquiera que sea, que secuestra a la gente y la esconde aquí —dijo Nabé.

—Mirad —exclamó Roger enderezándose, puesto que se había arrodillado para inspeccionarlo todo—. Mirad... aquí hay un espacio abierto y se puede ver a través de él.

Nabé se agachó para mirar por el agujero y pudo ver parte del cuerpo de un hombre cubierto por una manta, que tosía y daba vueltas, pero no su rostro.

—¿Queréis que le hable y le pregunte quién es? —susurró Nabé. Los otros asintieron, convencidos de que era un prisionero secuestrado por alguna razón.

Nabé le habló a través del agujero.

—¡Eh...! ¡Oiga! ¿Quién es usted?

El hombre del otro lado dejó de moverse en el acto y al parecer se incorporó.

—¿Quién habla? —susurró con voz ronca y asustada—. ¿Quién es?

—No importa —replicó Nabé—. Díganos quién es usted, y qué está haciendo aquí.

—He sido secuestrado —gimió—. Soy detective y estaba espiando a una banda de raptos. Ahora me tienen en su poder... y quieren arrancarme todo cuanto sé... para matarme más tarde. Por eso no hablo.

Volvió a echarse y a reanudar las toses... aquella tos escalofriante.

Los niños comprendieron que estaba muy grave y no dudaron de su palabra.

—¿Quiere que intentemos llegar hasta usted, y sacarle de aquí? —preguntó Nabé comprendiendo, a pesar de sus palabras, que sería imposible sacar a un hombre tan enfermo de aquel túnel y subirle por el pozo.

—No, no, no podría resistirlo —repuso el hombre volviendo a toser—. Escuchad... me matarían si supieran que he estado hablando con alguien, de manera que tener cuidado. Escuchad lo que yo os diga.

—Le escuchamos —replicó Nabé.

—Esta noche van a venir tres de la banda para intentar hacerme hablar por última vez, y sacarme todo lo que sé de ellos y de otros —dijo el hombre con voz ronca—. Vendrán a las once. ¿No podríais esconderos hasta que vengan y entonces avisar a la policía? Decidles que es el detective inspector Rawlings quien envía el mensaje.

—De acuerdo... y entonces si los tres están aquí, en el pasadizo será fácil atraparlos —dijo Nabé comprendiendo el plan—. Buena idea, señor.

—¿Es la guardiana quien le trae la comida? —preguntó Roger por el agujero—. ¿Está también complicada?

—¡Todos están complicados! —contestó el hombre—. Yo sabía que utilizaban

este lugar como cuartel general, pero desconocía la existencia del pasadizo secreto. ¡Más de un pobre incauto ha perdido aquí la vida!

Y le dio un acceso de tos tal, que no pudo reprimirla. Nabé y Roger estaban muy contrariados.

—Si por lo menos pudiéramos llegar hasta él para ayudarle..., pero este maldito desprendimiento es demasiado importante para podernos abrir paso sin herramientas —dijo Nabé, y acto seguido gritó a través del agujero cuando cesaron las toses—: Ahora nos vamos, señor, pero haremos exactamente lo que usted ha dicho. ¡Adiós!

Emprendieron el regreso con sumas precauciones, volviendo a pasar por el hueco abierto en el otro obstáculo. Al fin se hallaron de nuevo junto al pozo y oyeron la voz de Diana que les gritaba preocupada:

—¡Nabé! ¡Roger! ¡Chatín! ¡Oh, volved! Roger, ¿qué ha ocurrido?

—¡Pobrecita Diana! —exclamó Roger comprendiendo de pronto el largo tiempo transcurrido y lo asustada que debía estar su hermanita.

—¡Hola, Diana! —le gritó—. ¡Ya estamos de vuelta sanos y salvos y con noticias que contarte!

—¡Gracias a Dios! —exclamó la niña casi llorando.

Nabé asió el extremo de la cuerda que colgaba en el interior del pozo y la ató alrededor de su cintura por si se caía.

—¡Ahora subo, Diana! —le gritó.

No tardó en llegar arriba donde se montó sobre el brocal del pozo como un gato. «Miranda» fue a subirse sobre su hombro parlotando y acariciándole afectuosamente, y «Ciclón» y «Tirabuzón» saltaron sobre él ladrando.

—Me estaba arrepintiéndome de no haber ido con vosotros —dijo Diana con lágrimas en los ojos—. ¡Habéis tardado mucho!

—Ayudemos a subir a Roger y Chatín y luego te contaremos las noticias —dijo Nabé volviéndose a asomar al pozo. Chatín ya estaba subiendo y Roger no tardó en seguirle. Los tres temblaban de frío y se alegraron de sentir el fuerte sol de mayo sobre sus espaldas.

Contaron a la asombrada Diana todo cuanto les había ocurrido, y la niña apenas podía dar crédito a sus oídos.

—¡Vaya! ¡Pensar que una banda de secuestradores utiliza el Antiguo Ayuntamiento para eso! Supongo que ello fue motivo de que esa mujer buscara el empleo y lo consiguiera... así sería más sencillo para la banda el entrar y salir, utilizar el pasadizo secreto, para esconder cosas y personas, teniendo a uno de los suyos allí al cuidado de los prisioneros, y siempre a punto para facilitarles la entrada y la salida —Diana se detuvo para tomar un poco más de aliento.

—Sí... nadie habría adivinado nunca que un sitio semejante... el museo antiguo de una pequeña aldea... fuese un cuartel general tan ingenioso —dijo Roger—. Claro

que uno de la banda debió enterarse de la existencia de este pasadizo y vislumbrar sus posibilidades. ¡Y pensar que nadie podía entrar aquí porque esa mujer siempre estaba de guardia!

—Hay una cosa que no comprendo —dijo Nabé—. Cuando entramos en ese pasadizo llegamos ante una pared de ladrillos que interceptaba el paso, y entonces no había nadie allí, aunque la noche anterior había oído toser a ese hombre. ¿Dónde estaba?

Todos reflexionaron intensamente.

—Lo único que se me ocurre es que algunos ladrillos de esa pared deben poder quitarse con facilidad —dijo Roger al fin—. Realmente no examinamos el muro con gran atención, Es seguro que se quitan algunos ladrillos para poder pasar. Estoy cierto de que no me equivoco. Todo ha sido planeado con sumo cuidado y gran inteligencia.

—Ese detective va a pasar un mal rato esta noche —dijo Chatín—. No dirá lo que sabe, eso es seguro... así que le matarán o le dejarán morir allí. Yo creo que está tan enfermo que puede morir de un momento a otro.

—Yo también me moriría en un lugar tan oscuro, frío y húmedo encerrado día y noche sin aire que respirar —dijo Nabé meditando unos minutos.

—Ahora comprendo muchas cosas —dijo—. Ya sabéis que cuando subí a ese camión que me trajo a Lillinghame, y que luego vi más tarde ante el Antiguo Ayuntamiento, había en él algo que aterrorizó a «Miranda». Todo lo que yo pude ver fue una cosa blanca que parecía correr por el suelo del camión..., pero que probablemente sería una de las manos del detective que asomaba por debajo de la lona que lo cubría. Supongo que estaba escondido debajo de los sacos y otras cosas, sin duda dormido a causa de alguna droga.

—Sí... parece como si aquella noche hubieran traído al prisionero —replicó Chatín—. ¡Pobrecillo! ¡Cuánto tiempo ha pasado ahí abajo!

—Ahora hemos de trazar nuestros planes —dijo Nabé—. Y trazarlos... con mucho, muchísimo cuidado, con suma prudencia.



Capítulo XXIV - Aquella noche

Trazaron sus planes cuidadosamente. Discutieron todos los detalles uno por uno, y lo que era más conveniente.

—¿Para qué decírselo a la señorita Pimienta? —dijo Roger—. Se asustaría, avisaría a la policía y eso es precisamente lo que no quiere el detective... que vayan a rescatarle inmediatamente, porque así esa mujer avisaría a la banda y entonces no irían esta noche y después, ¿cómo capturarles?

—Por la misma razón creo que lo mejor es ajustamos a lo que nos dijo el hombre, y no avisar a la policía hasta que los de la banda estén en el pasadizo-dijo Nabé. —De otro modo podrían actuar demasiado pronto y frustrarse la operación.

—De todas formas sigo pensando que a ese hombre enfermo habría que sacarle inmediatamente —dijo la niña que tenía muy buen corazón—. Se puede morir.

—No creo que unas horas más le hagan daño... y se pondría furioso si no hiciéramos lo que nos ha dicho —replicó Roger—. No..., creo que debemos hacer

exactamente lo que dijo... esperar a que la banda esté allí, y entonces correr a la comisaría.

—¿Dónde vamos a esperar la llegada de la banda? —preguntó Chatín—. ¿En el Antiguo Ayuntamiento?

—Sí —repuso Nabé—. Si aguardamos fuera podrían descubrirnos. Nunca se sabe. Dentro hay muchos escondites. Los arcones, por ejemplo.

—No me gustan —replicó Chatín—. Dentro de ellos me parece como si me ahogase.

—Bien. Entonces ya encontraremos otro sitio —dijo Nabé—. Pero escucha... no llevaremos a «Ciclón». Si gruñe seguro que nos descubrirá.

«Ciclón» al oír su nombre corrió hacia él moviendo la cola, y Chatín acarició su cabeza negra y sedosa.

—Está bien —dijo de mala gana—. No le llevaremos pero aullará como un loco.

—Bueno, que aülle —replicó Nabé—. Éste es un asunto demasiado serio para estropearlo por culpa de «Ciclón».

—¿Y «Miranda»? —preguntó Diana—. La otra noche estuvo parloteando mucho.

—Esta noche se portará bien —dijo Nabé—. Le pondré el collar y la correa para que no pueda alejarse de mi hombro. Yo cuidaré de que no haga el menor ruido.

—De acuerdo. Nos esconderemos y esperaremos hasta asegurarnos de que la banda está en el pasadizo secreto —dijo Roger—. Y entonces correremos a avisar a la policía..., ¿no es así? ¿Y si no quieren creernos?

—Nos creerán al oír el nombre del detective repuso Nabé. —Detective inspector Rawlings... conocen su existencia y estarán informados de su desaparición. Y de todas maneras, te aseguro que haremos que nos crean.

—Esas campanas sabían lo que hacían cuando tocaron la otra noche por sí solas —exclamó Chatín de pronto—. ¡Claro que eran enemigos! Y la verdad es que no me hace mucha gracia tener que aguardar en el Antiguo Ayuntamiento esta noche, no me importa confesarlo. Esas campanas me asustan.

—Bueno, entonces no vengas —replicó Nabé—. Quédate con Diana. No consentiré que nos acompañe.

Diana sintióse aliviada, pensaba que no tendría más remedio que ir, pero no lo deseaba en absoluto, y ya que Nabé decía que no fuera, asunto arreglado. Se quedaría en casa con «Ciclón»... y también quizás con Chatín.

No... Chatín también iría aunque le dieran miedo las campanas.

—No podéis dejarme en casa —les dijo poniendo más coraje en su voz—. Puede que no me atraiga la perspectiva, pero iré de todos modos.

—Bien por Chatín —dijo Nabé—. ¿Dónde está la comisaría de policía? Será mejor que conozcamos todos esos detalles... y el camino más corto para llegar hasta ella desde el Antiguo Ayuntamiento. Es una lástima que no podamos telefonarles...

ya que probablemente creerían que se trataba de una broma. De todas formas, no recuerdo haber visto cables telefónicos cerca del Ayuntamiento.

—¿Qué hora debe ser? —preguntó Roger—. El detective dijo que la banda llegaría a las once. Será mejor que vayamos allí a los diez y les esperemos. Así tendremos mucho tiempo para buscar nuestros escondites.

—Sí... a las diez —convino Nabé—. Troncho... esto es muy emocionante, ¿no os parece? Nunca imaginé que pudiera suceder nada parecido cuando vine a veros.

—La emoción debe ser muy buena para la gripe —dijo Diana—, porque ahora me encuentro perfectamente bien. ¡Aunque apuesto a que Chatín sigue pensando que sus piernas son de gelatina!

—¡No! —replicó el niño indignado—. Aparte de los ataques de apetito que siento durante todo el día, estoy exactamente igual que antes.

—Yo creí que siempre tenías ataques de apetito —empezó a decir Diana, siendo interrumpida por Roger que acababa de mirar su reloj.

—¡Caramba! ¡Son las cinco y media! ¿Querréis creerlo? Ahora nos hemos perdido la merienda de la señorita Ana. Cuando llegemos a casa lo habrá recogido todo. ¿Qué haremos?

—No es extraño que Chatín hablase de ataque de apetito —dijo Nabé—. Yo también tengo hambre.

—Vayamos a esa tienda del pueblo para ver si nos dan algo de comer —dijo la niña—. Por lo menos tienen helados. Espero que la señorita Ana no se enfade demasiado con nosotros.

Entraron a la tienda abierta y pudieron comprar helados, chocolate y naranjas, de manera que no les fue del todo mal. Los perros tomaron a su vez un helado cada uno por haberse portado bien toda la tarde. «Miranda» tomó tan sólo la mitad, porque Nabé dijo que a veces le daba dolor de estómago y no quería que aquella noche se quejara.

Regresaron a casa de la señorita Ana, y Nabé fue con ellos. Estaba dispuesto a esperar en el cobertizo hasta que llegase la hora de reunirse con sus compañeros para ir al Antiguo Ayuntamiento. Pero antes tenía que cenar.

—Hace una noche tan espléndida que tal vez nos dejen cenar al aire libre —sugirió Diana—. Me parece que no tendremos frío.

Y así fue... de manera que les permitieron sacar sus platos al jardín y sentarse sobre la hierba con «Ciclón», «Tirabuzón» y «Miranda», que aceptaban agradecidos los bocados que les daban. «Miranda» cogía con destreza la mayor parte y Nabé tuvo que hablarle severamente, mientras la monita escondía la cara entre los manos lanzando grititos parecidos a sollozos. Diana quiso consolarla, pero Nabé no se lo permitió.

—No, Diana. Se está estropeando con todos los mimos que le prodiga la gente,

una reprimenda le hará bien. ¿No sabes? Anoche en casa de Noemí se apoderó de un tarro de grosellas, le quitó la tapa... sin morderla... y empezó a sacar la fruta con la pata. ¡Y Noemí la dejaba hacer! No es de extrañar que se esté malcriando.

—Es tan simpática. La quiero mucho —repuso Diana, y «Ciclón» al oírla se puso celoso y fue a apoyar la cabeza encima de sus rodillas mirándola con sus melancólicos ojos.

—¡Vaya con «Ciclón»! —dijo Diana golpeándole el hocico con su cuchara—. ¡Éste es un amor interesado! Lo que quieres es un poco de mi plato.

«Ciclón» se la quedó mirando y luego entró en la casa volviendo a salir al poco rato con la mejor toalla de baño de la señorita Ana que colocó a los pies de Diana como si dijera:

—Tú no quieres ser amable conmigo, pero mira lo que yo hago por ti.

—Eres muy travieso —le dijo la niña—. Ahora tendré que volver a llevarla a su sitio. No, «Tirabuzón», no..., no vayas tú ahora a hacer lo mismo. ¡Si te atreves a entrar en la casa y sacar las alfombras del recibidor, te «pegaré»!

Con aquella alegre cena al aire libre, jugando con los perros y «Miranda», casi se olvidaron de lo que iba a ocurrir aquella noche.

La señorita Ana y la señorita Pimienta les observaban desde la ventana, ya que ellas prefirieron cenar en el interior con toda tranquilidad.

—¡Qué felicidad ser joven y no tener preocupaciones! —exclamó la señorita Ana—. Sin inquietudes, ni temores... poder acostarse, cerrar los ojos y dormir hasta la mañana sin la menor preocupación.

¡Lo que le hubiera sorprendido conocer las preocupaciones y temores que tenían los niños aquella noche, que desde luego no iban a dormir de un tirón hasta la mañana! ¡A decir verdad, Chatín pensaba que su vida estaba llena de problemas a medida que transcurría la noche!

—Chatín, pareces cansado —le dijo la señorita Pimienta viendo su entrecejo fruncido—. Será mejor que vayas a acostarte en seguida.

—Está bien —replicó el niño, pensando que así podría dormir un par de horas antes de enfrentarse con la oscuridad y el silencio del Antiguo Ayuntamiento. Subió a su habitación con tal docilidad que la señorita Pimienta quedó muy sorprendida y alarmada. ¿Acaso estaría enfermo?

Nadie se retrasó aquella noche. Nabé les dio las buenas noches simulando marcharse a casa de la anciana Noemí, pero una vez hubo atravesado la cerca saltó al seto del extremo del jardín yendo a refugiarse en el cobertizo con «Miranda», e instalándose encima de unos sacos, en espera de que el reloj de la iglesia diera las horas. Tenían que salir a las diez.

Chatín se quedó dormido en el acto, pero ni Roger ni Diana pudieron pegar ojo. Estaban demasiado nerviosos. Diana deseaba a medias ir con ellos, pero en seguida

cambiaba de opinión al pensar que podía ver a la «banda», fueran los que fuesen.

—Son casi las diez —susurró Roger al fin yendo a ver a su hermana—. Voy a despertar a Chatín. Espero que «Ciclón» no alborote sin nosotros.

Chatín se levantó de un brinco, y despidiéndose del asombrado «Ciclón», que dejó en manos de Diana, se marchó con los otros mientras la niña distraía al perro. Salieron al jardín en el preciso instante en que Nabé salía del cobertizo y el reloj daba las diez campanadas.

—Buen trabajo —les dijo Nabé en voz baja—. ¿Trajisteis vuestras linternas? No las encendáis ahora... podemos ver muy bien a la luz de la luna.

Echaron a andar hacia el Antiguo Ayuntamiento, y esperaron a que Nabé trepase por la hiedra para entrar en la habitación de la cama con dosel, donde durmiera la primera vez. Luego bajó corriendo al vestíbulo y les abrió la puerta principal para que entrasen.

—Metámonos en esa habitación de ahí y esperemos —dijo Nabé—. Recuerdo que hay un gran armario. Podríamos dejar la puerta de la habitación entreabierta y mirar a través de la cerradura para ver cuando llegan los de la banda... entonces nos colamos en el dormitorio, esperamos a que se hayan ido por el pasadizo secreto, y luego salimos corriendo hacia la comisaría.

Se dirigieron hacia la habitación indicada, y abrieron la puerta. ¡Vaya susto que se llevaron! ¡Allí, sentados alrededor de una mesa sobre la que ardía una vela, hallábanse tres hombres y una mujer!

¡La banda había llegado temprano! Corred, Nabé, Roger y Chatín. ¡Poned a salvo vuestras vidas!



Capítulo XXV - En la boca del lobo

Nabé y Roger estaban ya dentro antes de darse cuenta de que allí había alguien. Chatín se detuvo repentinamente al ver la luz, y trató de detener a sus compañeros, pero éstos ya habían penetrado en la estancia, siendo vistos.

Los hombres se pusieron en pie en el acto contemplándoles con asombro y enojo. Roger quedó como petrificado, pero Nabé, comprendiendo en un instante el peligro en que se hallaban, dando media vuelta echó a correr en seguida.

—¡Detente! —gritó uno de los hombres—. «Detente», te digo. ¿Quién eres tú? ¡«Ven aquí»!

Los niños, presa de verdadero pavor, salieron corriendo de la habitación. ¡Qué susto! ¡Todos sus maravillosos planes por tierra! Sería una suerte si lograban escapar.

—¡Separaos... esconderos... de prisa! —jadeó Nabé dirigiéndose a la cocina. Chatín se introdujo en una estancia próxima, y Roger salió disparado hacia la pequeña habitación recubierta de paneles de madera, donde se encontraba la entrada del pasadizo secreto. ¡El arcén! Allí podría esconderse.

Lo buscó en la oscuridad una vez llegó a su destino. ¡Ah... allí estaba! Alzó la tapa y se introdujo en su interior. La tapa cayó haciendo tal ruido que se puso a temblar. Sin duda le habrían oído.

Al principio Chatín no reconoció la estancia donde se hallaba..., pero luego, al contemplarla a la luz de la luna, que penetraba por una ventana, vio que era lo que contenía la chimenea con el escondite.

Inmediatamente se introdujo por el hueco de la chimenea, mientras oía a los hombres gritar fuera de la habitación, y una vez en su interior buscó frenéticamente los peldaños para subir a la cámara secreta. ¡Gracias a Dios que no se había equivocado de chimenea! Trepó por ellos introduciéndose en la sucia y húmeda oquedad secreta.

¡Justo a tiempo! Los tres hombres irrumpieron en la habitación portando linternas de gran potencia que apagaban la luz plateada de la luna.

—¡Ha entrado en esta habitación! —exclamó uno de ellos—. Yo le he visto.

—Entonces todavía estará aquí —replicó el otro—. Sólo hay una puerta... de modo que... ¡le encontraremos!... seguidme.

Chatín temblaba tanto que se preguntó si sus piernas continuarían sosteniéndole, pero ¡no fue así! ¡Se le fueron doblando hasta quedar en cuclillas! Los hombres oyeron el ruido que hizo al cambiar de posición.

—¡Escuchad... está muy cerca! —dijo uno abriendo la puerta de un armario, que naturalmente, estaba vacío.

—Yo creo que el ruido ha venido de allí —dijo el otro hombre acercándose a la chimenea e iluminándola con su linterna. Chatín casi lanza un gemido de angustia esperando de un momento a otro que le tiraran de los pies obligándola a bajar.

Pero la cámara secreta había sido construida precisamente para esconder y cumplió su misión. Ni el menor rastro de su persona quedó al descubierto cuando el hombre introdujo la cabeza dentro de la chimenea e iluminó su interior. Sólo de haber conocido la existencia del escondite hubiera visto a Chatín, subiendo él también por los escalones, pero la desconocía por completo.

La mujer sí conocía aquel escondite... ¡pero había ido en pos de Roger! Los hombres recorrieron toda la habitación abriendo arcones, mirando detrás de las cortinas... y al fin tuvieron que darse por vencidos.

—¡No es posible que haya entrado aquí! —dijeron.

—¡Lizzie! —gritó uno de ellos—. ¿Dónde estás? ¿Has encontrado a esos niños?

—¡He encontrado a uno! —respondió ella—. ¡Está dentro de este arcón!

Había oído el ruido de la tapa y había entrado en la habitación de los paneles de madera, comprendiendo en seguida que el único lugar donde podía haberse escondido era en uno de los arcones. Levantó la tapa del más pequeño... estaba vacío.

El pobre Roger estaba acurrucado dentro del otro, sin atreverse apenas a respirar.

Oyó que levantaban la tapa de su arcón y la luz de una linterna le iluminó de pleno. Inmediatamente la tapa volvió a bajarse... ¡y oyó cómo hacían girar la llave en la cerradura!

Roger apretó los puños. Ahora ya nada podía hacer... estaba encerrado en la trampa. ¡Qué imprudente había sido al dejar caer la tapa! Incluso podía haberse causado daño.

Los hombres penetraron en aquella estancia y la mujer golpeó el arcón con su linterna.

—Aquí hay uno, sano y salvo de momento. ¿Y el otro? Roger exhaló un suspiro de alivio. De manera que pensaban que sólo eran dos... ¡No debían haber visto a Chatín! ¿Dónde diantre se habría ido? Si por lo menos él avisara a la policía, aún podrían salir todos bien. ¿Pero sería lo bastante valiente como para eso?

Los tres hombres y la mujer empezaron a buscar a Nabé.

—¿Quiénes son esos niños? —preguntó uno de los hombres—. ¿Y qué estaban haciendo aquí de noche?

—Probablemente un par de arrapiezos que han conseguido entrar por algún sitio con el propósito de robar lo que pudiesen —replicó la mujer.

—Bien..., pues han tenido mala suerte, porque esta noche tendremos que llevarles con nosotros y dejarles donde no puedan delatarnos durante mucho, mucho tiempo —dijo uno de ellos en tono siniestro.

—Tenemos que encontrar al otro —dijo su compañero—. Escuchad... ¿Qué es eso?

¡Era «Miranda»! Había estado escondida con Nabé no lejos del pie de la torre cuadrada, detrás de una espesa cortina. Al niño le latía el corazón descompasadamente, y la monita, al comprender que estaba asustado, se asustó también mucho.

No le gustaba verse atada cuando tenía miedo, y comenzó a tirar de la correa moviendo la cortina. Nabé no se atrevió siquiera a hablarle en susurros, y ella empezó a cuchichear.

Nabé decidió soltarla, tal vez así se estuviera quieta. Y así lo hizo, pero «Miranda» se alejó inmediatamente subiéndose a un armario enseñando los dientes como hacía siempre que estaba asustada y furiosa, y aquel era el ruido que oyeron los hombres.

Uno de los hombres dirigió su linterna a donde estaba «Miranda», quedando muy sorprendido al ver a un mono.

—¡Un mono! —exclamó—. Entonces su dueño debe encontrarse en esta habitación. ¡De prisa, registradlo todo!

Nabé sintióse acorralado. Más pronto o más tarde llegarían a donde él estaba. No se hacía ilusiones con respecto a aquellos individuos... eran déspotas y crueles. Y los

niños iban a pasarlo muy mal si los capturaban.

Decidió alejarse de la cortina y alcanzar el pie de la torre. Si consiguiera llegar hasta la plataforma, tal vez encontrase un rincón donde esconderse... o alguna caja donde los hombres no le vieran. Era una esperanza remota, pero de momento era lo mejor que se le ocurría.

Los hombres se encontraban en el otro extremo de la estancia, examinando todos los armarios, y «Miranda» les gritaba furiosa, manteniéndose fuera de su alcance.

Nabé al llegar al extremo del cortinaje echó a correr hacia la torre; atravesó felizmente la puerta que estaba abierta y comenzó a subir la escalera de piedra, que daba vueltas y más vueltas.

«Miranda», al oírle, corrió tras él apoyándose en sus cuatro patas.

Nabé al verla lanzó un gemido. No importaba donde se escondiera, «Miranda» le descubriría siempre.

Entonces se le ocurrió una idea luminosa... ¡El pequeño recinto que había encima de las campanas! Si conseguía llegar hasta allí, estaría completamente a salvo. Y podría echar abajo de un empujón o cualquiera que subiera tras él. Y nadie conseguiría sacarle de allí.

Comenzó a trepar por la pared de la torre con bastante facilidad asiéndose a los huecos que hacían las veces de escalones y que utilizara en otra ocasión. «Miranda», sentada sobre su hombro, parloteaba indignada, sin comprender aquellos extraños sucesos.

Los hombres corrieron a su vez hacia la escalera seguidos de la mujer.

—Le cogeréis... sólo hay una plataforma encima... ¡y no hay apenas sitio donde esconderse! —jadeó la guardiana.

Pero cuando el primer hombre alcanzó la plataforma iluminándola con su linterna, no había nadie a la vista. Dirigió el haz de luz a sus cuatro oscuros rincones... ¡pero allí no había nadie!

Al oír un ruido encima de su cabeza alzó la linterna sorprendido, con el tiempo justo para ver las piernas de Nabé desapareciendo por el agujero del techo del que pendían las campanas.

—¡Mirad ahí! —gritó extrañado—. Ese chico ha trepado por la pared y se halla encima de las campanas. ¿Podrá escapar?

—No, a menos que salte por la ventana, y de hacerlo se matará —dijo la mujer—. ¡Ahora ya no necesitamos preocuparnos por él! Podemos cerrar la gran puerta de la torre, y quedará encerrado como el otro que está en el arcón. ¡Así nos lo quitamos de en medio!

Uno de los hombres miró receloso hacia el agujero del techo.

—Tiene que haber peldaños en la pared —dijo—. No me importa subir y darle un golpe en la cabeza para asegurarme de que no va a molestarnos durante buen rato.

Nabé le oyó, naturalmente, y procuró apartarse cuanto le fue posible del agujero, por si alguno de aquellos hombres llevaba revólver. No confiaba lo más mínimo en aquellas individuos; se habían alterado sus planes tan cuidadosamente trazados, y cualquiera atinaba en lo que harían con él si llegaban a cogerle.

Y les gritó con osadía:

—Les oigo... y les advierto una cosa... si alguno intenta subir hasta aquí, le arrojaré de un empujón sobre la plataforma de piedra. ¡Desde aquí arriba tengo ventana!

Se hizo el silencio.

—Tiene razón —dijo uno de ellos en voz baja—. En cuanto lleguemos arriba, él puede tirarnos. Bueno, haremos lo que tú dices, Lizzie... ¡cerrar la puerta del pie de la torre y dejarle que se muera de hambre!

—Bien, entonces quedan liquidados los dos... y el mono —dijo otro de los hombres—. Ahora volvamos a nuestro asunto. Será mejor que bajemos a ver nuestro amigo. Lizzie dice que está bastante mal esta noche, de manera que tal vez esté dispuesto a escucharnos.

Nabé les oyó bajar la escalera de caracol y cerrar la gran puerta, así como el ruido de la llave al girar en la cerradura, y sentóse en el pequeño recinto encima de las campanas con los dientes apretados. ¡Todos sus planes por tierra! ¡En vez de libertar a otro habían sido hechos prisioneros!

—¿Bajamos o no, «Miranda»? —le dijo—. Tal vez sea mejor que bajemos para ver si han cerrado la puerta de verdad.

Y asomó la cabeza por el agujero. Las campanas que resplandecían a la luz de la linterna, colgaban a sus pies quietas y silenciosas, y Nabé encendió su pila junto a ellas, tratando de iluminar la plataforma inferior.

De pronto «Miranda» se estremeció de miedo y yendo a refugiarse a su lado, y con toda la fuerza de que era capaz trató de hacerle retroceder tirándole del brazo. Nabé estaba muy sorprendido. ¿Qué es lo que ocurría?



Capítulo XXVI - La alarma de las campanas

—¿Por qué te has asustado tanto, «Miranda»? —preguntó Nabé sorprendido—. No voy a caerme.

Mas la monita continuaba tirando de su brazo hasta que Nabé se volvió a mirarla.

—¿Qué es lo que te pasa? —le dijo—. ¿Por qué te asustas tanto si sólo he asomado la linterna por el agujero?

Y volvió a hacerlo, rozando sin querer una de las campanas que lanzó un apagado sonido... ¡Din!

«Miranda» se puso como loca. Saltó hasta el alféizar de la ventana como si fuera a saltar por ella, y luego volvió junto a Nabé gimiendo lastimeramente y tirándole de la manga. ¿Qué podía ocurrirle?

—¿Te dan miedo las campanas, «Miranda»? —le preguntó Nabé al fin—. ¿Te asustaron cuando tocaron solas aquella vez? Mira... las tocaré... para que veas que no muerden.

Y alargando un brazo golpeó una de las campanas que hizo «din», un poco más fuerte que antes. «Miranda» se acurrucó en un rincón tapándose la cara con las manos y simulando llorar como un ser humano.

Nabé estaba verdaderamente perplejo. Nunca había visto a «Miranda» de aquella manera, e iluminó con su linterna a la asustada monita preguntándose: ¿Por qué? ¿Por qué?

¡Y pronto lo comprendió! ¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

—«Miranda», ven aquí —le dijo en tono amable—. Sé por qué estás tan asustada... te dan miedo las campanas, ¿verdad? «Miranda»... tú las hiciste sonar... ¿no es cierto?... cuando todos pensábamos que habían tocado solas. Tú habías subido aquí... de exploración... y no sabías lo que eran las campanas... ni que hacían ruido... y como eres tan curiosa, saltaste sobre ellas... balanceándolas, ¡y se pusieron a tañer! ¡Y tocaron y tocaron sin que pudieras detenerlas!

«Miranda» continuaba sollozando, y Nabé tuvo compasión de la pobre monita y continuó habiéndole con cariño, para tranquilizarla.

—Presa de pánico saltabas de una a otra, ¿verdad, «Miranda»?... haciéndolas repicar locamente y tuviste tal susto que casi te mueres. ¡Por eso ahora no puedes soportar que las roce siquiera! Pobrecita... ven aquí, «Miranda».

Y «Miranda» se le acercó lanzando grititos extraños, para refugiarse en sus brazos confortada por su tono afectuoso, ya que no podía entender sus palabras.

—No tienes por qué asustarte, «Miranda» —le dijo Nabé—. Sólo son campanas... Bien, bien, bien... de manera que no tocaron solas la otra noche... fuiste tú, aunque no sabías qué ruido producirían.

Sentóse con «Miranda» entre los brazos, recordando la noche en que las campanas habían sonado asustándoles tanto. Luego sus pensamientos volvieron a aquella noche aciaga. ¡Con tales esperanzas... y ahora allí estaban prisioneros bajo llave! Creía estar seguro de que habían capturado a Roger, y supuso que Chatín no continuaría libre por mucho tiempo.

Nabé pensó en el hombre enfermo que estaba en el pasadizo secreto... en aquellos tres individuos y la mujer... la «banda», como les llama el detective. Ahora podrían sonsacarle toda la información que deseaban... y luego probablemente dejarle morir... y huir con toda tranquilidad. ¿Cuánto tiempo llevarían utilizando aquel lugar como cuartel general? ¿Cuántos complots habrían tramado allí?... ¿A cuántas personas habrían encerrado en el pasadizo secreto tras la pared de ladrillos?

Nabé no sabía qué partido tomar. ¿Cómo avisar que ocurría algo anormal en el Antiguo Ayuntamiento? ¿Sería posible salir por la ventana y descolgarse por la hiedra, si allí era lo bastante espesa como para sostener su peso?

Y entonces, mientras permanecía sentado, precisamente encima de las campanas, se le ocurrió una idea. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡Era lo único que podía

hacer!

¡Tocar las campanas! No como «Miranda»... que sanó de uno a otra presa de pánico... sino con fuerza y sin parar. ¡Así despertaría a todo el pueblo, y la policía acudiría al Antiguo Ayuntamiento a todo correr! ¡Les aterrorizaría de tal manera que «algo» tendrían que hacer!

Entonces le detuvo otro pensamiento. Las campanas avisarían también a los hombres que tal vez lograsen escapar si tenían automóvil. Nabé reflexionó intensamente. Ahora debían estar en el pasadizo secreto, más allá de los sótanos del edificio... al otro lado de la pared de ladrillos que debían atravesar de algún modo. ¡Allí era del todo imposible que oyeran las campanas!

—Las campanas avisarán a todo el pueblo..., pero no a esos hombres —decidió al fin exaltado—. Es una buena idea... una magnífica idea. «Miranda», cariño, voy a darte el mayor susto de tu vida..., pero no puedo evitarlo. ¡Voy a tocar las campanas!

Nabé se había tendido sobre el suelo del pequeño recinto de la torre, y asomándose por el agujero, alargó los brazos para alcanzar las cuerdas cortas que sujetaban las campanas.

Y comenzó a tirar de ellas. ¡Cómo las hizo sonar! Aquellas campanas jamás tocaron con tanta fuerza, bravura e insistencia.

«Tilin, tilin-tilán, din, dan, dan, din, dan, dan, dan, tilán, din, din, dan, din, dan, din, dan...».

El ruido en la pequeña torre era terrible, y «Miranda», lanzando un fuerte grito saltó hacia la ventana, saliendo por ella en un abrir y cerrar de ojos. Nabé no lo notó. Tenía la cabeza metida dentro del agujero, y tiraba de las cuerdas con todas sus fuerzas.

Roger, metido dentro del arcén, las oyó, y quedó aterrorizado. ¡Las campanas! ¡Volvían a tocar solas! Debían saber que los enemigos estaban en aquel mismo edificio. Se acurrucó en el fondo del arcén temblando y preguntándose si también ellos las oirían.

Chatín las oyó, semisentado en la cámara secreta de la antigua chimenea. Estaba en una posición muy incómoda, y cuando oyó el terrible estrépito de las campanas que rompieron el silencio tan de improviso, casi se cae de su escondite, pero sólo fue resbalando hasta quedar sentado del todo. Temblaba tonto que hasta le castañeteaban los dientes.

«¡Las campanas! —pensó para sí—. ¡Otra vez las campanas! ¿Cómo se enteran? ¿Cómo saben que aquí hoy enemigos?».

Ni él ni Roger imaginaron que fuera Nabé quien las tocara. Ni siquiera sabían que estuviera escondido dentro de la torre.

Chatín estaba demasiado asustado para salir de su escondite, porque aquellos hombres podían estar esperando a que saliera. Estaba firmemente resuelto a no

abandonar la cámara secreta. Con el susto que se llevó al oírles aproximarse a su escondrijo. ¡Y ahora que había oído las campanas no saldría de allí por nada del mundo!

Los hombres y la mujer que se encontraban en el interior del pasadizo secreto apenas oyeron las campanas. Como se encontraban al otro lado de la pared de ladrillos, y en un recinto a prueba de ruidos, no les alcanzó su tañido. Tan sólo un ligero eco, apenas perceptible, que no despertó sus sospechas.

Pero el repique de las campanas se expandió por el campo, penetrando por las ventanas de las casas, en las perreras y en los graneros. ¡Aquello no era un toque pasajero como otras veces... sino una urgente y apremiante señal de peligro!

Los perros empezaron a ladrar, las vacas a mugir, y los gatos corrieron a esconderse por los rincones. Los hombres saltaron de sus lechos, las mujeres gritaban, y la señorita Ana y el aya se despertaron en el acto.

Diana consoló al asustado «Ciclón», mientras «Tirabuzón» se refugiaba en el interior de un armario.

La niña estaba asustada. ¡Otra vez las campanas! ¿Qué estaría ocurriendo en el Ayuntamiento? ¿Qué sería de los niños?

Los dos policías de la comisaría que dormitaban en sus sillas se levantaron de un salto al oír las campanas, y uno cogió en seguida su casco.

—¡Algo ocurre! —dijo—. ¿Dónde está Joe? Dile que telefonee a Lillinghame por si necesitamos ayuda. ¡Algo sucede! ¡Escucha esas campanas!

Y hacia el Antiguo Ayuntamiento dirigióse una multitud de asustados aldeanos. Algunos hombres llevaban horquillas y otros palos. ¿Para qué? ¡No lo sabían! Algo estaba ocurriendo en el Ayuntamiento... y hasta que supieran lo que era, no querían correr ningún riesgo.

La policía fue a reunirse con ellos montados en sus bicicletas.

—¿Qué hemos de hacer? —gritaba la gente—. ¿Quién toca las campanas?

Pero los policías sabían tanto como ellos.

Llegaron al Ayuntamiento que estaba en la más completa oscuridad. No se veía luz en ninguna habitación, pero las campanas seguían tocando con insistencia.

—¡Alguien tiene que haber en la torre! —exclamó un hombre.

—Las campanas tocan solas —replicó un anciano en tono sombrío—. ¡Siempre lo hicieron!

—¡Aquí hay un automóvil! —gritó una mujer iluminando con su antorcha un gran coche parado Junto al seto no lejos del Antiguo Ayuntamiento.

—¡Ajá! —dijo uno de los policías—. ¡Eh...! ¿Dónde está Joe? Joe, hazte cargo de ese automóvil. Para empezar, quítale la llave. Y ahora, ¿dónde está Bill? ¡Oh..., estás ahí! ¡Vamos a entrar en el Ayuntamiento, aunque tengamos que echar la puerta abajo!

Los policías golpearon la puerta principal. Nabé, arriba, en la torre, no pudo oír el ruido, pero sí lo oyó Roger escondido en el arcón, y Chatín que seguía temblando en el interior de la chimenea. Sintióse desfallecer. ¿Qué ocurriría ahora?

Oyó una voz estentórea que gritaba:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

Pero naturalmente, la puerta no se abrió. Temblaba bajo los embates de los policías, pero permaneció firme. Volvieron a insistir.

—¡Abrid, en nombre de la ley!

—Es la policía —pensó Chatín con un suspiro de alivio—. ¡La policía! ¡Han oído las campanas y han venido! Yo les abriré la puerta. ¡Oh, qué alivio!



Capítulo XXVII - Grandes emociones

Chatín olvidó sus temores y abandonando la cámara secreta tan rápidamente que casi se cae dentro de la chimenea corrió hacia el vestíbulo. Apenas entraba en él la luz de la luna y todo estaba muy oscuro, pero ahora sentíase muy valiente.

Llegó junto a la puerta, después de tropezar dos veces con las alfombras, y haciendo girar el enorme pomo, tiró de ella con fuerza.

Los policías llevaban linternas muy potentes y en el acto iluminaron a Chatín, sin saber qué era lo que esperaban ver, quedando estupefactos al ver a un niño de unos doce años con la cara manchada de hollín que le sonreía satisfecho.

—¡Vaya! ¿Qué significa esto? —dijo el primer policía—. ¿Que haces aquí? ¿Y quién toca las campanas?

—No lo sé —repuso Chatín—. ¡Cielos, cuánto me alegro de que hayan venido! Las campanas tocan para indicar que aquí hay enemigos. ¡Estén alerta, cuidado!

Los aldeanos habían empezado a entrar en tropel y los policías se volvieron.

—¿Dónde está Joe? Joe, contén a esa gente. Tal vez haya peligro.

Las palabras seguían tocando alocadamente. ¡Nabé hacía las cosas a conciencia! Descansaba de cuando en cuando, pero se había propuesto continuar tocándolas hasta que ocurriera algo.

Los dos policías se dirigieron al pie de la torre cuadrada resueltos a descubrir al que las tocaba, y Chatín les siguió a cierta distancia convencido de que tocaban por sí solas, y sin que le agradase la perspectiva de acercarse a ellas, cuando se comportaban de un modo tan extraño.

Los policías abrieron la puerta del pie de la torre y subieron la escalera de caracol con sumas precauciones e iluminándola con sus linternas hasta llegar a la plataforma. Nabé vio las luces en el acto y retiró las manos de las cuerdas contemplándoles con recelo. ¿Serían... amigos o enemigos?

Y al fin, con gran alivio, pudo distinguir el uniforme azul de un policía, y casi se cae por el agujero, loco de alegría. Las campanas fueron cesando en sus tañidos y el primer agente gritó con voz severa y autoritaria:

—¡Eh! ¿Qué es lo que está haciendo ahí arriba? ¿Y por qué toca las campanas o estas horas de la noche? ¿Quién es usted?

—Espere un momento y bajaré a decírselo —replicó Nabé y deslizándose por el agujero con la ayuda de la cuerda, encontró los primeros peldaños y bajó hasta la torre como un gato. Los policías le contemplaron asombrados.

—¡Otro niño! —dijo el primer policía—. Haz el favor de explicarme en seguida qué significa todo esto, jovencito.

—Es muy serio —dijo Nabé—. Muy serio. ¿Han oído hablar alguna vez del detective inspector Rawlings?

Aquella pregunta inesperada produjo gran sorpresa en los policías.

—¿Qué sabes de él? —le preguntó el primero.

—Se lo explicaré —repuso Nabé, intentando a continuación relatar su extraordinaria historia lo más brevemente posible, aunque a los policías les costó algún tiempo comprender lo que trataba de explicarles.

—Pasadizos secretos... Rawlings prisionero detrás de una pared de ladrillos... enfermo, tal vez moribundo... y la banda que ha de venir esta noche... ¿y quiénes son? ¿Y dónde están? ¡Dénoslo, muchacho, de prisa!

—Estoy tratando de decírselo —replicó Nabé impaciente—. ¿Pero no comprenden que es muy urgente? Esos hombres están ahora con Rawlings. ¡Pueden capturarles y rescatarle si se dan prisa! Eso es lo que él había planeado con nuestra ayuda, pero las cosas salieron mal, así que tuve que tocar las campanas para atraerles.

Al fin los policías comprendieron que la situación era realmente apremiante y bajaron la escalera de caracol tan de prisa que casi tiran al suelo a Chatín que estaba escuchando con interés lo que decía Nabé. ¡De manera que era el bueno de Nabé

quien había armado todo aquel repiqueteo! ¡Troncho!

—¡Hola, Chatín...! ¿Dónde está Roger? —gritó Nabé al ver a su amiguito.

—No tengo la menor idea —repuso Chatín.

—¿Quién es Roger? ¿Otro amigo vuestro? —preguntó el policía maravillado al ver a tantos niños en plena noche.

—Es mi primo —replicó Chatín—. Cuando nos persiguieron nos separamos para escondernos, y no sé dónde se ha metido.

—Yo os llevaré hasta la entrada del pasadizo secreto —dijo Nabé guiando a los dos policías hasta la pequeña habitación de los paneles de madera—. El pasadizo empieza aquí —dijo Nabé—. Sólo hay que...

Pero fue interrumpido por un terrible estrépito procedente de un arcón cercano. Roger había oído la voz de Nabé y estaba golpeando la tapa para que le abrieran. Golpeaba el fondo del arca con sus tacones y la tapa con sus puños, y gritaba con toda su voz:

—¡Sacadme de aquí! Estoy encerrado. ¡Sacadme de aquí!

—¡Dios nos asista! —exclamó un policía sorprendido—. ¿Qué ocurre ahora? ¿Quién está ahí? ¿Es una comedia o qué?

—Es Roger —exclamó Nabé abriendo el arcón del que salió el niño de un brinco como un muñeco de resorte.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al salir—. ¡He oído las campanas!

—Te lo contaré más tarde, Roger —replicó Nabé—. Escucha, ¿oíste entrar en el pasadizo a la banda?

—Sí —replicó Roger—, los tres hombres y la mujer.

—¿No han regresado todavía?

—No —replicó Roger—. Pensé que lo harían al oír las campanas, pero cerraron el panel secreto, y supongo que el tañido de las campanas no pudo llegar hasta ellos y asustarles. La torre está bastante lejos de aquí. Yo sí que las oí, por supuesto.

—¿Dónde está el panel secreto? —preguntó el primer policía, y Nabé le enseñó cómo se descorría, cosa que le dejó perplejo.

—¡Quién lo hubiera dicho! —musitó, y estaba a punto de introducir la cabeza en el agujero cuando Nabé tiró de él.

—Espere... ya vuelven. Les oigo. Será mejor que ande con cuidado, son terribles.

Y efectivamente se oían pasos y rumor de voces. Nabé sin hacer ruido volvió el panel a su lugar y todos quedaron a la expectativa. ¿Conseguirían capturar a toda la banda... o el primero en llegar avisaría a los otros para que escaparan?

Ocurrió una desgracia inesperada. El segundo policía tuvo ganas de estornudar, y buscó su pañuelo comprendiendo que se trataba de un estornudo incontenible... Cuando estalló fue tan colosal, que casi tira a Chatín, que se apartó lo más de prisa que pudo.

El primer policía lanzó una exclamación ahogada, una vez se hizo de nuevo el silencio. Ahora ya no se oía ruido en el pasadizo. La «banda» había oído seguramente el estornudo y se había detenido a considerar la posición en que se hallaban.

Y al parecer los hombres decidieron que lo mejor era que la mujer fuera a investigar. Se aproximaron unas suaves pisadas hasta la entrada del pasadizo, que se abrió a los pocos momentos, y la mujer introdujo por ella su linterna.

Al ver al silencioso grupo que ocupaba la habitación cerró el panel con un grito y volvió junto a los hombres diciéndoles:

—¡Es la policía! ¡Están aquí!

Y echó a correr presa de pánico. El primer policía volvió a abrir el panel y gritó por el pasadizo:

—Vengan aquí y entréguense. Están acorralados. Si no vienen ahora será peor para ustedes.

Una risa sarcástica resonó en el pasadizo.

—¿Ah, sí? ¡Pues vengan a cogernos! ¡Todo el que entre en el pasadizo será hombre muerto!

Aquellas palabras hicieron vacilar unos instantes al policía, quien tras reflexionar unos instantes volvió a gritar:

—Traigan aquí en seguida al detective inspector Rawlings.

—¡Que se cree usted eso! —replicó la misma voz burlona—. Ahora es un valioso rehén, ¿no le parece? Está enfermo y necesita un médico con urgencia. Se lo entregaremos si nos deja marchar. De lo contrario... dudamos que resista hasta la mañana.

Y como para subrayar la veracidad de sus palabras, llegó hasta ellos el sonido de una tos desgarradora, amortiguado por la distancia, pero perfectamente audible.

—Está muy enfermo —susurró Nabé.

—Bien... ¿qué vamos a hacer? —dijo el policía exasperado—. Nadie puede entrar ahí sin peligro de muerte, eso es seguro; si por lo menos conociéramos otro camino para cortarles el paso.

—Yo conozco otro camino —susurró Nabé—. Este pasadizo secreto es muy largo... va hasta la casita de la anciana... donde termina en mitad de su pozo.

—¿Dónde está Joe? —dijo volviéndose el policía—. Joe, quédate aquí y vigila que nadie salga por esta entrada. Trajiste tu cachiporra, ¿verdad? Ya sabes lo que has de hacer. Yo me voy con este muchacho.

Y dejando a Joe de guardia, los dos policías siguieron a Nabé, Chatín y Roger hasta al puerta principal, donde aún seguía aguardando un tropel de gente excitada.

—Pueden volverse a sus casas —les dijo el primer policía—. Mañana lo sabrán todo. No es posible contarlos ahora. Oye, Jim..., ve a telefonar a Lillinghame y diles que vengan lo más rápidamente posible, que les necesitamos.

—Creo que será mejor esperar a que lleguen —dijo Nabé—. Esta banda es terrible, según dijo el detective inspector Rawlings. Yo tengo un plan. ¿Quiere usted oírlo?

—Volvamos a entrar y te escucharemos —replicó el policía, que acompañado del otro agente y los tres niños fue a acomodarse en una habitación cercana. Una vez hubo tomado asiento se volvió para decir a Nabé:

—Habla, te escuchamos.

—Pues bien —repuso Nabé—. Conocemos la otra salida del pasadizo que conduce al lugar donde se halla el inspector. Está interceptado por dos desprendimientos de tierras que tendremos que superar. Él se encuentra detrás del mayor de los dos. Ahora lo que propongo es lo siguiente... escuchen.

Hizo una pausa para poder ordenar sus ideas.

—Habla de una vez —le apremió el policía, y Chatín y Roger se inclinaron hacia delante preguntándose cuál sería el plan de Nabé.

—Esos hombres no saben que podemos entrar por el otro lado —dijo el muchacho—. No nos esperarán allí y sólo montarán guardia en este extremo del pasadizo... de manera, que si los sorprendemos por el otro lado, los cogeremos a todos.



Capítulo XXVIII - ¡Buen trabajo!

—¡Bah! —dijo el policía—. Nos oirán llegar.

—Ya he pensado en eso —repuso Nabé—. ¿No podría disponer que Joe, o cualquier otro armara alboroto en este extremo, para que la banda crea que vamos a entrar y concentre toda su atención en esta parte del pasadizo secreto?

—¡Y no vigilan por el otro lado! —exclamó Roger—. Así podríamos sorprenderles por la retaguardia. ¡Buena idea, Nabé!

—Ah, ya comprendo—dijo el policía—. Sí... muy buena idea. Pero ¿cómo asegurarnos de que el alboroto tiene lugar en el mismo momento en que nosotros nos disponemos a atacar?

—Es bien fácil —replicó Nabé—. Fije una hora para que organice el alboroto... y así sabremos cuándo la banda estará vigilando esta parte del pasadizo y podremos atacar con toda tranquilidad por atrás.

—Sí..., me parece muy bien —dijo el policía—. ¿A qué hora fijamos?

—A ver... se tarda bastante en llegar a la casita del bosque —repuso Nabé calculando—. Y luego hay que bajar al pozo, seguir el túnel... y quitar los escombros; no nos será difícil pasar... Yo creo que si usted dice dentro de un par de horas todo irá bien.

—Bien... entonces a los tres —dijo el policía consultando su reloj—. ¡Y que todo tenga que suceder en plena noche! ¿Dónde está Joe? Será mejor que le pongamos al corriente de todo lo que pasa, y que sincronice su reloj con el nuestro.

—Yo iré a decírselo —replicó Roger yendo en busca del servicial y corpulento Joe, quien prometió organizar un alboroto terrible, exactamente a las tres en punto.

—¿A base de gritos, golpes y demás? —preguntó—. Sí, lo haré muy bien. Entonces que se queden conmigo un par de agentes de Lillinghame.

Los policías de Lillinghame llegaron al cabo de dos minutos. Eran cuatro.

—¿Dónde está Joe? —preguntó el policía de la Aldea de las Campanas—. Quiero que le acompañen un par de agentes de Lillinghame. Él les contará lo que ocurre. Y los otros dos que vengan conmigo. Por el camino les irá poniendo al corriente de todo. No debemos detenernos más tiempo.

Y emprendieron la marcha acompañados de los tres niños. Nabé había insinuado la conveniencia de llevar un par de azadas, y las pidieron prestadas a los aldeanos.

Mientras caminaban por la carretera, una pequeña figura negra saltó desde un árbol sobre el hombro de Nabé.

—«Miranda» —exclamó muy contento—. De manera que has vuelto. Estaba muy preocupado por ti. Sabía que te habías asustado mucho.

—¿Quién es «Miranda»? —preguntó el primer policía sin saber ya qué esperar, y al iluminarla con su linterna pegó un respingo—. ¡Un mono! ¿Qué más queda todavía? ¿Es que va a venir con nosotros?

—Sí —replicó Nabé en tono alegre—. ¡Esta noche no pienso volver a perderla! ¡Casi se vuelve loca al oír las campanas!

Caminaron en silencio por el bosque en dirección a la casita de Noemí. No se veía luz en sus ventanas, ya que estaba en la cama profundamente dormida.

—Al pozo —susurró Nabé, y una vez en él, subióse sobre el brocal comenzando a descender rápidamente con la ayuda de las abrazaderas de hierro incrustadas en el muro de ladrillo.

—Oye..., ¿pero qué es esto? ¿Es que hemos de bajar por ahí? ¡Vaya, pero si es un pozo profundo!

—No hay peligro —replicó Roger que también se dispuso a bajar seguido de Chatín que apenas podía hablar, tanta era su excitación. ¿Qué dirían sus compañeros de colegio al saber aquello?

Los policías les siguieron de mala gana, y las dos azadas fueron bajadas al interior del pozo por medio de una cuerda. Al fin todos estuvieron a salvo en el interior del

túnel dispuestos a emprender la marcha.

A ninguno les hacía mucha gracia, aunque los tres niños no lo encontraron tan extraño como los policías, pues ya habían estado antes allí.

Las azadas les fueron muy útiles para apartar los escombros del primer desprendimiento de tierras y no tardaron en poder pasar con facilidad. Cuando se aproximaban al segundo, Nabé se quedó muy quieto advirtiendo a los policías que avanzaran tras él.

—Estamos casi llegando. ¿Qué hora es? ¿Todavía no son las tres, verdad?

—Faltan cinco minutos —repuso el policía.

—Bien, será mejor que nos aproximemos todo lo posible al otro desprendimiento de tierras... el inspector está precisamente detrás... y allí esperaremos a que sean las tres. Es posible que notemos parte del tumulto o quizá no, pero por lo menos oiremos las exclamaciones de los hombres cuando abandonen el lugar donde se halla el inspector, atravesando la pared de ladrillos.

—¿Cómo conseguirán atravesarla? —preguntó el policía, que estaba bastante aturdido.

—No lo sé..., me figuro que deben poder quitar los ladrillos suficientes para pasar por ella —dijo Nabé—. Ahora será mejor que avancemos. Deben ser casi las tres.

Caminaron en silencio hasta el segundo montón de escombros. La rendija por donde Nabé había visto al enfermo había desaparecido. Los escombros habían aumentado algo cubriéndola.

Aquella tos terrible hirió los tímpanos de los que aguardaban.

—Parece muy enfermo —susurró el nervioso policía—. Pobrecillo. Debemos llevarle al hospital sin perder tiempo.

Detrás de los escombros se oía un rumor de voces apagadas, y luego, desde la distancia, llegaron los ecos de un gran ruido. Los hombres que estaban detrás del desprendimiento se sobresaltaron.

—¡Eso es que vienen! —exclamó uno de ellos en voz alta—. ¡De prisa! ¡Al pasadizo! ¿Tienes tú revólver, Charlie? ¡Pronto les enseñaremos de lo que somos capaces!

Luego hubo un silencio, aparte de los ruidos distantes que llegaba, resonando, hasta los que esperaban el momento de intervenir. ¡Era el «alboroto» preparado por el valiente Joe y sus ayudantes!

—De prisa..., ¿dónde están las azadas? —dijo Nabé en tono apremiante—. Hemos de pasar ahora.

Se pusieron a trabajar y al momento quedó el camino expedito, y llegaron a la pequeña y escondida cámara del túnel, en la que había una cama rústica, un banco, velas y un jarro de agua. Y sobre el lecho un hombre que respiraba trabajosamente.

—¡Rawlings! —exclamó el primer policía—. ¡Estamos aquí!

El enfermo volvió sus ojos inyectados en sangre hacia el grupo reunido ante la entrada del pequeño recinto, y sonrió débilmente.

—Bravo —dijo—. Cójalos, Brown. Son temibles, tengan cuidado, y no dejen que se acerquen los niños.

Empezó a toser de nuevo y los policías atravesaron la pared de ladrillos por una abertura que había en su centro, suficiente para dar paso a un hombre.

Nabé la examinó. Sí... era lo que había supuesto. Algunos ladrillos podían quitarse con facilidad. Estaba a punto de seguir al último policía con Roger y Chatín, pero se lo impidieron.

—Los niños no pueden intervenir en esto —dijo el policía en tono resuelto, aunque cortés.

—No soy un niño —replicó Nabé indignado.

—No os metáis en esto —dijo el policía—. Nosotros lo arreglaremos a nuestra manera. Haced lo que os digo, jovencitos.

Nabé sabía comprender cuando es preciso acatar una orden, y sentándose junto al hombre que yacía en el lecho, observó que ahora se hallaba sumido en un sueño intranquilo. Respiraba tan ruidosamente y con tanta dificultad que era un dolor oírle.

—No nos dejan participar de la parte más emocionante de todo —dijo Chatín en tono de lamentación.

—No te gustaría nada intervenir —replicó Roger—. Quisiera saber lo que está ocurriendo. ¡Eh!

De pronto se oyó un gran alboroto en el pasadizo... voces, chillidos, y las exclamaciones de la guardiana, que continuaron durante algún tiempo hasta que al fin un policía entró en la cámara secreta con rostro sonriente.

—¡Todo ha terminado! —les dijo—. Estaban esperando a que Joe y los otros les atacaran desde arriba... y nosotros les sorprendimos por detrás antes de que tuvieran tiempo de volverse siquiera. No nos oyeron... Y no me extraña, ¡con el jaleo que estaba armando el bueno de Joe!

—¿Los han cogido ustedes a todos? —preguntó Nabé encantado.

—Sí... y también a esa mujer... Lizzie, que les servía de enlace —dijo el policía—. Hace tiempo que íbamos tras ellos... y ella estaba en el Antiguo Ayuntamiento ante nuestras propias narices. Salgamos. Enviaremos un médico en seguida al pobre Rawlings y podrá ser sacado de aquí y llevado a un hospital. Está muy mal.

—Estoy bien —replicó una voz débil al mismo tiempo que el enfermo abría los ojos—. Me encuentro mucho mejor ahora que sé que la banda ha sido arrestada. Sé muchas cosas de ellos y de sus amigos. Yo...

Empezó a toser.

—No diga ni una palabra más, inspector —le dijo el policía en tono amable—. El

doctor vendrá al instante.

Y haciendo una seña a los niños, salieron por el agujero de la pared de ladrillos, dejando a un agente en la pequeña cámara escondida, para que hiciera compañía al inspector en tanto llegaba la ayuda.

Los niños avanzaron por el pasadizo hasta la habitación de los paneles de madera, donde una cabeza tocada con un casco se asomó para ver qué ocurría.

—Oh, son los niños —dijo la cabeza de aquel policía—. Salid de ahí.

Los niños obedecieron, viendo una gran multitud reunida en aquella reducida estancia... muchos policías, la guardiana, los tres hombres pertenecientes a la banda y un hombre que desapareció por el pasadizo secreto llevando un maletín negro. Era el médico.

Los tres hombres y la mujer estaban esposados; ellos tenían una expresión sombría y la mujer parecía asustada. Al ver a los niños se quedó atónita, pues los reconoció en seguida.

—¡Vosotros! —les dijo—. De manera que fuisteis vosotros espiando y...

—Cállate —le dijo uno de la banda en tono crispado, y la mujer se sometió, pero estuvo mirando a los niños como si fuera a comérselos.

—Buen trabajo —exclamó uno de los policías de Lillinghame, que al parecer era un inspector que se había hecho cargo de los prisioneros—. Buena redada... y tenemos en perspectiva otras, una vez hayamos recibido ciertas informaciones del inspector Rawlings.

—Ahora iros a casa, pequeños —les dijo el policía que había dirigido las operaciones en el túnel—. Nos veremos mañana. Lo habéis hecho muy bien. Ahora marchad a casa a dormir... ¡si podéis!



Capítulo XXIX - ¡Todo lo bueno se acaba!

Era muy fácil decir: «Id a casa a dormir». En primer lugar ya no quedaba gran cosa de la noche, y en segundo, ¿cómo acostarse y dormir en paz después de semejante aventura?

Sintiéndose completamente despabilados, los tres niños abandonaron el Ayuntamiento y echaron a andar por la carretera una vez más. «Miranda» iba sobre el hombro de Nabé, bastante abatido después de todos los extraños acontecimientos de aquella noche.

—No volverán a gustarle las campanas —dijo Nabé acariciándola—. ¿Verdad, «Miranda»? Debió saltar por la ventana de la torre cuando desapareció.

—Diana debe estar preguntando qué ha ocurrido —dijo Roger—. Es extraño que la señorita Pimienta y la señorita Ana no hayan venido a ver qué ocurría.

Vieron luz en la habitación delantera al aproximarse a la casa, y a Diana esperándoles en la puerta con expresión preocupada. A su lado estaba «Ciclón» hecho

una fiera. En cuanto Chatín entró en el recibidor se abalanzó sobre él como una bala de cañón, y «Tirabuzón» lo mismo. Durante unos minutos nadie fue capaz de hacerse entender a causa de sus ladridos.

—¡Niños! ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo habéis salido a estas horas sin decírnoslo? —exclamó la señorita Pimienta—. Diana me ha contado una historia tan extraña que apenas puedo creerla. ¿Qué significa lo de ese pasadizo secreto, las campanas, un hombre enfermo y...?

—Ahora podemos explicárselo todo, señorita Pimienta —repuso Roger, pálida y cansado, pero muy contento. Nabé tenía el mismo aspecto de siempre, y Chatín estaba sucísimo después de su larga permanencia en la oquedad de la chimenea. «Miranda» no se dejaba ver. Acurrucada en el interior de la camisa de Nabé, no dejaba asomar ni una pata. ¡Estaba demasiado agotada para hacer ruido!

Poco a poco fueron contando la historia, y a la señorita Ana casi se le salieron los ojos de sus órbitas.

—¡Qué cosas suceden! —exclamó—. Nunca oí nada semejante.

Nabé le explicó lo de las campanas, cómo tuvo que tocarlas para despertar al pueblo y avisar a la policía, y lo bien que había resultado su plan.

—Las campanas también nos despertaron a nosotras —dijo la señorita Pimienta—. Y me asusté muy de veras. No pude por menos que recordar la antigua leyenda. No imaginé que hubiera nadie en la torre tocándolas a esas horas de la noche y menos que fueras tú, Nabé.

—¡Cielos, y que las toqué con todas mis fuerzas! —replicó Nabé—. Casi me quedo sordo. Tenía que moverlas tirando de sus cuerdas, que son muy cortas, ¿comprende? Estoy seguro de que fue «Miranda» quien las hizo sonar la primera vez... supongo que por pura casualidad. Probablemente saltaría sobre ellas sin saber que harían ruido, y luego, al asustarse, continuó saltando a más y mejor.

—Pobre «Miranda» —exclamó Chatín introduciendo su mano en la camisa de Nabé para acariciar a la monita, que ni siquiera se movió.

La señorita Ana preparó leche y trozos de pastel para que comieran mientras hablaban.

—Es curioso el apetito que dan las aventuras —dijo Chatín—. Hace años que no tenía tanta hambre como hoy.

—Tonterías —replicó Diana—. Siempre estás diciendo lo mismo. Chatín, he pasado muy mal rato aquí sola preguntándome una y mil veces qué os estaría ocurriendo. No podía soportarlo... y «Ciclón» era un verdadero estorbo. Tuve que apretarle el hocico contra la almohada cuando empezaba a aullar... por miedo a que le oyera la señora Pimienta.

—Guau —ladró «Ciclón» con aire triste, y mirando a su amo con reproche.

—Está amaneciendo —dijo la niña asomándose a la ventana—. El sol no tardará

en salir. No creo que valga la pena acostarse ya, ¿verdad, señorita Pimienta?

—Claro que sí —dijo el aya, que estaba bastante aturdida con todo lo que acababa de oír. ¡Aquellos niños! Era verdaderamente peligroso cuidar de ellos. Nunca se sabía lo que harían a continuación. Se puso en pie.

—Vamos —les dijo—. Acostaros tal como estáis... sin lavaros. Meteos en la cama y dormid hasta las doce si queréis.

—Cielo santo... ¡estaremos despiertos mucho antes! —exclamó Chatín levantándose y bostezando ruidosamente. Pero no se despertaron hasta pasadas las once y media, y hubieran continuado durmiendo a no ser por los ladridos de «Tirabuzón». Chatín corrió a la ventana para ver cuál era el motivo de aquella algazara.

—¡Es la policía! —exclamó excitado—. Tres agentes... y tienen un aire muy importante. Vistámonos... y bajemos ahora mismo.

—Será mejor que antes te laves la cara, Chatín —le dijo Roger—. ¡Eh, Nabé, levántate de una vez!

A Nabé le habían permitido dormir en un sofá en la habitación de Roger, con «Miranda» en los brazos. La señorita Ana no tuvo valor para enviarle al cobertizo, y con gran heroicidad dijo que la mona también podía dormir en el diván por una vez.

Pronto bajaron todos y los policías les recibieron con una amplia sonrisa.

—¿A qué han venido? —preguntó Chatín con ansiedad.

—Oh, sólo para ver si podíamos persuadiros para que ingresarais en el cuerpo de policía —dijo el inspector sonriendo—. Creo que seríais una gran ayuda.

Chatín creyó que hablaba en serio y contempló al inspector estupefacto.

—Troncho... ¿Quiere decir que no volveríamos al colegio?

—No seas tonto —replicó el inspector dándole un golpe cariñoso en un costado—. ¿Es que no sabes distinguir una broma?

—¡Oh! —exclamó Chatín con tal desilusión que los tres policías soltaron la carcajada.

—Hemos venido para aclarar ciertos puntos —replicó el inspector—. ¿Cómo sospechasteis que ocurría algo extraño en el Ayuntamiento?

Nabé les contó que un hombre le había llevado en su camión hasta Lillinghame... y que luego, ante su sorpresa, volvió a verle en el Ayuntamiento aquella misma noche a poco de dejarle.

—Sé que era el mismo... porque llevaba en su camión un letrero que decía «Piggott, electricista» —continuó Nabé, y los policías se miraron intercambiando un gesto de asentimiento.

—Es lo que queríamos saber —replicó el inspector escribiendo en su cuaderno de notas—. Hace tiempo que vigilamos a ese Piggott. Siempre realiza extraños viajes al Canal de Bristol y por estos alrededores. Ahora sabemos por qué. Cuando sus

compinches arribaban al canal con uno o dos hombres a bordo que deseaban entrar en el país y esconderse hasta tener algún documento, Piggott les echaba una mano. Y cuando se realizaba algún secuestro, también Piggott ayudaba con su camión. Probablemente tiene un doble fondo. Tendremos que examinarlo minuciosamente.

—¡Pensar que por aquí estaban ocurriendo estas cosas! —exclamó la pobre señorita Ana, que estaba realmente trastornada por todos aquellos acontecimientos.

—También queremos aclarar quién tocó las campanas la otra vez —dijo el inspector.

—Creo que fue «Miranda», mi mona —replicó Nabé.

—¿Estabas tú en el Ayuntamiento con ella? —preguntó el policía—. Tengo entendido que era de noche.

—Sí, inspector —replicó Nabé pareciendo muy violento—. No tenía dónde dormir, así que trepé por la hiedra y dormí en la cama con dosel. Supongo que hice mal.

—Hiciste mal —replicó el inspector—. Pero tengo entendido que trabajas en los circos, que no tienes casa... y que duermes donde puedes.

—Eso es cierto, inspector —dijo Nabé—. Espero que no me acusen por ello. No hice nada malo.

—No daremos parte —repuso el policía—. Eres un buen chico y has demostrado ser muy valiente. ¿Y ahora ya tienes dónde dormir?

—Sí —replicó la señorita Ana, sorprendiéndoles a todos—. Se quedará aquí conmigo, hasta dentro de una semana en que se irán los niños. Yo cuidaré de él.

Nabé la miró agradablemente sorprendido y Diana abrazó a la señorita Ana mientras Chatín gritaba: «¡Hurra!», y Roger se frotaba las manos de gusto. Ahora podrían estar juntos continuamente. ¡Bien por la señorita Ana!

—Si queda bajo su cuidado, estará perfectamente —dijo el inspector guiñando un ojo—. Así no tendrá que dormir en camas con dosel... ni taparse con los tapetes. Nos dimos cuenta de lo arrugados que estaban cuando descubrimos que alguien había dormido en aquella cama... y en el diván de la planta baja.

—Nabé es muy bueno —dijo Chatín con gran lealtad—. Puede usted confiar en él, inspector.

—Creo que estoy de acuerdo contigo —repuso el policía. Luego hizo algunas preguntas más y al fin cerró su cuaderno—. Esto es todo —dijo—. Y os deseo una semana muy feliz... ¡sin la menor sombra de aventura que la estropee en lo más mínimo!

—Oh, inspector —protestó Chatín—. Las aventuras no estropean nada. Oiga..., ¿podremos ir al Ayuntamiento y volver al pasadizo secreto? No examinamos a fondo el armario que hay en la pared, ni la cámara secreta. ¿Vio usted aquel pequeño armario con velas y otras cosas?

—Oh, sí —replicó el inspector—. Probablemente vimos tanto como vosotros, aunque no tan pronto. Supongo que esas velas las guardaban allí para alumbrar el pasadizo secreto cuando estaba ocupado. Podéis ir al Ayuntamiento si lo deseáis y explorarlo todo... con una sola condición.

—¿Cuál? —preguntó Roger.

—Que toquéis las campanas si encontráis algún prisionero, maleante o sospechoso escondido en cualquier cámara secreta, en el pasadizo o en las habitaciones —dijo el inspector con aire solemne.

—Dios Santo —exclamó la señorita Ana alarmada, y los niños rieron.

—¡Lo prometemos! —dijeron los niños, acompañando a los policías hasta la puerta de la cerca, y luego de verles marchar por la calle, estuvieron un rato charlando. «Ciclón» y «Tirabuzón» se aburrían y salieron corriendo.

De pronto la señorita Ana les llamó.

—¿Queréis tomar un pisolabis?

Los niños se volvieron sorprendidos.

—¿Un pisolabis? —exclamó Diana extrañada—. ¿Qué es eso?

—Pues una mezcla de desayuno y comida —replicó la señorita en tono alegre—. Son cerca de las doce... demasiado tarde para desayunar y demasiado pronto para comer... de manera que tendréis que arreglaros con el pisolabis.

Y éste resultó ser una comida maravillosa, que empezó con huevos y jamón, continuando con lengua y ensalada, para terminar con pina americana en conserva y crema.

Chatín la aprobó con grandes elogios.

—¿Por qué no tomamos siempre pisolabis? —dijo—. Oye, Nabé... «Miranda» ha cogido un puñado de trocitos de pina. Es una glotona... ¡ahora que iba a servirme por segunda vez!

«Miranda» iba mordisqueando los pedacitos de pina y sus ojillos negros no cesaban de mirar a Chatín, como si temiera que fuera a quitárselos. «Ciclón» apoyó su cabeza en la rodilla de su amo, y «Tirabuzón» inmediatamente hizo lo propio en la otra.

El niño suspiró feliz.

—Troncho... otra semana entera de excursiones, juegos y paseos a caballo con «Ciclón», «Tirabuzón» y «Miranda»... y Nabé viviendo aquí con nosotros... es demasiado bueno para ser verdad.

—Guau —convino «Ciclón», lamiendo la rodilla desnuda de su amo. «Tirabuzón» en el acto lamió la otra.

—Bueno —dijo Nabé alzando su vaso de limonada—. Brindo por todos nosotros... y ¡por nuestra próxima aventura!



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban

tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.